



**Elifio  
Feliz  
de  
Vargas**

**EL VIAJE  
DEL ANARQUISTA**

En esta novela, Francesc Casals, joven anarquista colaborador de la Escuela Moderna de Barcelona se declara prófugo en 1909, tras la Semana Trágica, al ser movilizado por el ejército para intervenir en la Guerra del Rif.

En su huida llegará a Villarluengo, un pueblo del Maestrazgo, escenario de las últimas guerras carlistas, donde se establecerá como mozo de botica. Allí descubrirá una España campesina, inculta, beata y tan sumisa como violenta. La Chica Natividad, nieta de su casera, supone un destello de normalidad y coherencia entre personajes extremos y grotescos. Su inusitada curiosidad intelectual despertará el interés del pedagogo, llegando a plantearse la posibilidad de abrir una escuela racionalista.

Por desgracia, la fatalidad persigue al protagonista y tratando de esquivar a la muerte en la guerra, se topará con ella en un punto inesperado, configurando una nueva versión del cuento «La muerte en Samarra».



**El viaje del anarquista**  
**Elifio Feliz de Vargas**

  
Rasmia  
EDICIONES

Elifio Feliz de Vargas

**EL VIAJE DEL ANARQUISTA**

Título: El viaje del anarquista

Autor: Elifio Feliz de Vargas

2018.

Imagen de cubierta original: Dioptrías 9, 1992. (Detalle)  
Acuarela/papel, 55x75 cm. Manuel Sáez.

*Colección Surco n.º 5*

Rasmia SURCO

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrera.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

## ÍNDICE DECONTENIDO

- I. Una aparición
- II. Barcelona, 18 de julio de 1909
- III. Último aliento
- IV. Villarluengo, 1 de agosto de 1909
- V. Los negocios del Tuerto
- VI. La botica
- VII. Agonía
- VIII. Barcelona, 12 de agosto de 1909
- IX. Un romance
- X. Despojos
- XI. Primera lección
- XII. Cincojos
- XIII. Boticario y escribiente
- XIV. Villarluengo, 19 de agosto de 1909
- XV. Registro
- XVI. Confidencias
- XVII. Barcelona, 21 de agosto de 1909
- XVIII. Villarluengo, 16 de octubre de 1909
- XIX. Calle de las Cabras, n°2
- XX. La nieve
- XXI. La Chica Natividad
- XXII. Deshielo
- XXIII. Interrogatorio
- XXIV. Raidera
- XXV. La carta
- XXVI. Epílogo
- Acerca del autor

Al Señor Gutenberg –al que no tuve el gusto de conocer personalmente– por haber inventado la primera arma de destrucción masiva contra la ignorancia.

A Camillo Olivetti –al que tampoco conocí– por fabricar la peligrosa Olivetti Lettera 32, y a mis padres por regalarme ese percutor de palabras con el que empecé a vaciar el cargador de mi imaginación.

A mi madre, Lolín, y a mi abuela, Lola, por transmitirme su peculiar forma de contar historias.

*Se dirá que nuestra intelectualidad es inferior a la del hombre. Aunque hay pretendidos sabios que lo afirman, hombres de estudios lo niegan. Yo creo que no se puede afirmar nuestra inferioridad siempre que se nos tenga a las mujeres sujetas en reducido círculo, dándonos por única instrucción un conjunto de necedades, sofismas y supersticiones que más bien atrofian nuestra inteligencia que la despiertan.*

–Teresa Claramunt

## I. UNA APARICIÓN

ABRO LA PUERTA de la sala y ahí me lo encuentro, de pie en la entrada del zaguán, con la boca retorcida y el bujero de las tripas resoplando humo en medio de un *jaspeao* de sangre y perdigones que le va del pecho hasta sus partes, perdiéndose por los costaos del gabán *to chamuscao*.

*Aivá d'ahí*, voceo agitando las manos *pa* espantarlo, pero tanto me da, que no se mueve ni una miaja. Por detrás de las gafas rotas me clava unos ojos en blanco, grandes y pulidos como *güevos* de oca, tratando de provocarme remordimientos, angustia o qué sé yo, porque lo que es el miedo ya *me se* ha ido quitando a fuerza de verlo. Y eso que la primera vez que *me se* plantó delante a pocas me hace manchar los calzones del susto, que es una impresión *muchismo* gorda toparse de morros con un *matao*, pero a ver qué cosa, que yo por la puerta un día u otro tendría que

pasar, *asín* que después de los aspavientos y el zape zape, tratando de ahuyentarlo como si fuese un gato *recostao* en la entrada, en vista de que no hacía mención de desaparecer ni de hacerse a un *lao*, tuve que armarme de valor y pasar con mucho tiento, llevando *cuidao* de no rozarlo, no por miedo a que pudiese hacerme alguna *maldá* sino *pa* evitar pringarme con la sangre y la porquería de las tripas, que aún ahora, después de días y días del disparo, siguen correteando como culebras, tal que si tuvieran vida propia, y se van abriendo paso entre la piel amoratada *pa* desbordarle por encima de la camisa, como queriendo sobrecogerme. Pero en eso se equivoca, que a mí lo de la casquería, sea de *presonas* o de animales, me deja tal cual. Sólo faltaba que a estas horas me dieran ascos tales cosas, cuando *espeletar* corderos y *sacales* las correas es, como quien dice, el pan nuestro de cada día, y más que más cuando toca aviar algún puerco, que entre la *deshechura* de las postas y los *bocaos* de los perros no hay por ande meterle mano y no por eso me vienen las ansias al *estomago*, ni me suben arcadas, ni *me se va* la color de la cara o *me se nubla* la vista. Lo único es que el espantajo éste, ahí *plantao* como está, me estorba a la hora de entrar y salir de la casa, lo mismo que un cacharro viejo que no sabes ande ponerlo.

Se ve que lo suyo era estorbar desde el día en que llegó a Villarluengo hasta la misma mañana en que se presentó por las buenas en la masada, sin esperarlo, justamente cuando me había puesto a limpiar la escopeta. ¡Rediós, el susto que

me arreó al abrir la puerta de sopetón! Así, a la brava, sin echar una voz desde la calle, ni tocar con los nudillos, *ni na de na*.

La escandalera del disparo retumbando entre las paredes no bastó *pa* sofocar mis gritos de espanto y los aullidos que echaba él mientras se retorció en el suelo *empuercando* de sangre las losas del patio. Y a mí en aquel momento, *pa* ser sincero, ni *me se* pasó por la cabeza acercarme a socorrerlo o salir a buscar ayuda, que lo único que me dio por pensar fue que con su llegada me había *arruinado* la cacera y esa mañana ya no podría seguir por la nieve las huellas de los marranos que vienen a hurgar en la basura, ni el rastro de la zorra que ronda el gallinero, ni salir a buscar a la liebre encamada en los tomillos, ni a los bandos de perdices despistaos en la blancura del monte, o a los torcazos, o a cualquier bicho que se ponga a tiro.

Eso fue lo primero que pensé. Lo segundo, *q'ostias* hacer con el cuerpo del Cincojos.

## **II. BARCELONA, 18 DE JULIO DE 1909**

LA TARDE DEL 18 de julio de 1909, a pesar de ser domingo, la farmacia del licenciado don Remigi Casals era un continuo trasiego de clientes.

En la Casa de Socorro y en los hospitales no daban abasto para atender a los heridos, de modo que los menos graves buscaban alivio a sus contusiones y magulladuras donde buenamente podían. Don Remigi Casals tuvo la mala ocurrencia de ceder a la premura de su esposa, Neus Espona, cuando le pidió que dejase entrar a su amiga Dolors Bellpuig, célibe y casta por convicción, bien conocida en la ciudad por toda suerte de gentes dada su entrega al ejercicio de la caridad con los enfermos del hospital de la Santa Cruz y de las cárceles, como partícipe de la Congregación Seglar de la Natividad de Nuestra Señora. Fue abrir la puerta a la piadosa señora y ya no hubo forma de vedar el paso al continuo

goteo de personas que acudían al reclamo de una botica abierta, en busca de árnica y linimento para calmar los dolores de músculos y huesos, o de tisana y valeriana para sosegar sus nervios desbaratados.

–Como locos –sollozaba doña Dolors Bellpuig, recordando la angustia del momento–, como auténticas fieras endemoniadas, esos rufianes se han arrancado del cuello los escapularios que les habíamos entregado para su protección y han comenzado a arrojarlos al mar entre blasfemias, mientras sus mujeres, madres, hijos y amigos los jaleaban vociferando y lanzando mueras al Rey y al Gobierno.

–¡Los ricos a la guerra! Gritaba la turbamulta –apuntó un recién llegado de aspecto venerable, con la camisa desgarrada y la barba alborotada, mancillada la blancura de ambas con escandalosas gotas de sangre que resbalan de su nariz. Con voz engolada imitaba las voces de los insurrectos–. ¡O todos o ninguno! ¡Que vaya el Rey en cabeza! Increpaban los muy necios, como si las gentes de bien no hubiésemos pasado nuestra correspondiente ración de calamidades en Cuba y en Filipinas.

–Con la llegada de la policía la cosa ha ido a peor –continuó doña Dolors pasando por alto la aportación del anciano herido, dispuesta a conservar su protagonismo–. Los gritos han mudado en empujones, puñetazos y patadas, algunos arrancaban tablas de las cajas apiladas en los muelles para enfrentarse a los guardias, o desprendían los adoquines del

suelo y los lanzaban al aire, sin pararse a pensar a quién podían alcanzar ni el daño que ocasionarían, hasta que han sonado unos disparos y todo el mundo ha salido de estampida, arrollándose unos a otros, sucumbiendo los más débiles a los empujones y pisotones de la muchedumbre.

–Como era previsible –insistía en entrometerse el anciano–. En estas situaciones el pánico se convierte en el enemigo más peligroso.

–Así me he visto arrastrada y pisoteada por la multitud. ¿Qué te parece, Neus? Si esos maleantes no respetan lo más sagrado, cómo van a mostrar la mínima consideración por las personas honradas.

–¡Una calamidad! –volvió a interponerse la voz ofendida del hombre ensangrentado–. ¡Esto va a traer cola! Se lo digo yo, señoras.

Despachadas las medicinas, la esposa del farmacéutico reforzaba el tratamiento de su amiga prescribiéndole unas dosis de hospitalidad:

–Sube a casa a tomar una limonada o un vaso de agua fresquita, Dolors, y siéntate un rato a contarme con detalle lo ocurrido. Seguro que un poquito de reposo te servirá de alivio, tanto o más que las cataplasmas.

Las dos mujeres subieron las escaleras que llevaban a la vivienda, seguidas por la mirada reprobatoria del licenciado

Casals que se quedaba solo, tras el mostrador, para atender a la nutrida clientela que iba en aumento:

–Si te vas, dile a Herminia que deje lo que esté haciendo y baje a echar una mano –ordenó, esforzándose por disimular su disgusto.

Quiso la fortuna que la marcha de su esposa y la llegada de Herminia, su asistenta, se anticipasen a la entrada en la botica de una joven de incuestionable belleza, evidente a pesar del cabello alborotado, la inflamación del pómulo derecho y el incipiente edema del mismo párpado. Un caballero apoyado en la puerta de entrada se descubrió dejándole paso y ofreciéndole gentilmente su brazo como apoyo. El resto de varones lo imitaron y también se aprestaron a ayudarla, convencidos de que sus propias dolencias podían esperar. Las mujeres no aceptaron de buen grado las exageradas muestras de caballerosidad, no obstante, en ninguna de ellas quedaban tan manifiestos los estragos de la revuelta y optaron por callar y hacerse a un lado mientras la joven avanzaba tambaleándose hacia el mostrador, sin aferrarse a ninguna de las manos dispuestas a socorrerla:

–Señor Casals... por favor... –dejó escapar un sollozo antes de desvanecerse.

El anciano de barba alborotada demostró una inesperada agilidad y reflejos templados, apresurándose a detener la

caída de la joven herida antes de que su cuerpo llegase a chocar contra la madera del suelo.

–¡Dejen paso! ¡Háganse a un lado! ¡Deprisa! –ordenaba el farmacéutico, abriéndose camino entre la clientela curiosa hasta llegar a sujetar a la joven–. ¡Ayúdeme, Herminia! No se quede ahí como una pánfila y vamos a llevarla a la rebotica.

La asistenta recién llegada, paralizada en las escaleras, bajó corriendo a la llamada del licenciado Casals y ambos, junto al anciano excombatiente de Cuba o de Filipinas, si es que realmente lo fue alguna vez, abrieron la breve procesión que discurrió del mostrador al cuarto en el que se elaboraban las fórmulas magistrales, seguidos por la cofradía de la indiscreción que entonaba su letanía de preguntas, presentimientos y consejos:

–¿Quién es?

–No sé, pero esa herida tiene mala pinta.

–Y en mal sitio, porque siendo tan guapa...

–¡Hombres, por Dios! ¡Mira que fijarse en esas cosas en este momento!

–¡Deberían tumbarla en el suelo!

–¡Y levántenle las piernas!

–Sería mejor sacarla a la calle, que le diera el aire.

El boticario alzó la voz para silenciar los rumores que le importunaban:

–¡Vamos a dejarla en ese sillón! –señaló un asiento al lado de una ventana–. Usted, Herminia, abra la ventana que entre algo de aire y luego tráigame ese frasquito de color ámbar de la estantería, el de arriba, donde dice ácido acético.

La asistenta obedeció y le acercó el frasquito con pulso tembloroso, como si llevase entre sus manos una peligrosa ponzoña.

–Ábralo, mujer. Ábralo, que no muerde –se impacientaba Remigi Casals.

El farmacéutico dio un par de pases rápidos del frasquito bajo las fosas nasales de la mujer herida recostada en el sillón y ella respondió con una profunda inspiración, una mueca de desagrado y un rápido parpadeo.

–Ya vuelve en sí –anunció Casals–. Salgan fuera, por favor, tengo que examinar el ojo de la señorita, podría tener la córnea dañada.

Las palabras del licenciado tuvieron el efecto contrario y los más próximos respondieron dando un paso adelante, al tiempo que los más alejados alzaban el cuello o se ponían de puntillas para dar su opinión sobre la córnea o lo que quiera

que fuese aquello que se disponía a examinar el boticario.

–¡A ver, Herminia, saque a esta gente de aquí! –se le agotó la paciencia–. Pero no se quede aquí como una pánfila. ¡Fuera, vamos! ¡Fuera todo el mundo!

Los clientes regresaron reticentes al despacho de la farmacia, guiados por las tímidas indicaciones y los dubitativos aspavientos de la asistente. Un murmullo de comentarios acompañaba sus pasos perezosos.

–Usted también –resopló el farmacéutico al levantar la vista y descubrir al anciano excombatiente asiendo la muñeca de la joven, al tiempo que con la otra mano sujetaba su reloj de bolsillo, atento al recorrido del segundero.

–El pulso va recuperando la normalidad –aseveró.

–¿Es usted médico?

–No, pero en el ejército...

–Entonces, salga de aquí.

El hombre guardó el reloj en el bolsillo de su chaleco, se atusó la barba en un gesto que probablemente consideraba muy digno y dilató todo lo posible la separación de su mano de la piel blanca y suave de la joven.

–¿A qué espera? ¡Vamos, salga! Y cierre la puerta al salir.

–Le advierto que hay otras farmacias –amenazó antes de cerrar.

El portazo terminó de despejar a la muchacha.

–¿Señor Casals...?

–¡Angelina, criatura! ¿Qué te han hecho? –los dedos del farmacéutico se deslizaban con suavidad por el contorno del pómulo inflamado.

La puerta volvió a abrirse y Herminia asomó la cabeza sin atreverse a entrar, mostrando una expresión de auténtico apuro:

–¿Señor?

–¿Qué? –gritó el farmacéutico sin esforzarse en ocultar su disgusto.

–Es que no sé qué darles a los clientes...

–Si sangran alcohol del setenta o aceite fénico. Si no sangran árnica, linimento o alcohol de romero. Lo que se pondría usted. ¿Ve que fácil?

–Y si tienen...

–Si tienen otra cosa que se esperen. ¿No ve que estoy ocupado?

-Disculpe.

La asistente cerró la puerta y la muchacha herida se cubrió el rostro con las manos para ocultar su llanto.

-Tranquila Angelina, tranquila. Ya pasó -los labios siguieron el recorrido de los dedos, con un suave besuqueo imperceptible.

-¡Ay, Remigi! Creí que no iba a salir viva de allí -la joven abrazó al farmacéutico, buscando refugio entre los pliegues de la bata blanca que destilaba aromas de eucalipto y lavanda.

-¿Salir de dónde? ¿Cómo ha sido? ¿Quién te ha hecho esto? -la voz temblorosa parecía preludio del llanto.

Al licenciado Casals le incomodaba exponer atisbos de debilidad frente a cualquier mujer, especialmente en el caso de Angelina Forné, que parecía tener un don especial para despertar en él, con sus gestos y palabras, un carácter pusilánime de adolescente enamorado, impropio del instruido científico, audaz hombre de negocios, agitador cultural y analista político, que hacía patentes sus variadas inquietudes en sus colaboraciones para el semanario *La Catalunya*. Por ello trató de enmendar su desliz repitiendo la pregunta con tono amenazante:

-¿Quién ha sido? ¡Dímelo, que lo mato!

–Cualquiera, pudo ser cualquiera... –Angelina tomó aire antes de continuar con su relato–. Piedras y palos volaban por encima de nuestras cabezas, los caballos corrían desbocados arrastrando los carruajes, vi filos de navajas manchados de sangre, oí disparos y balas perdidas silbando en el aire... ¡Una locura!

–¿Has estado en el puerto? –con un gesto brusco el cuerpo del farmacéutico dejó de dar cobijo al rostro de la muchacha– ¿Estás loca? ¿Puede saberse qué demonios se te había perdido allí?

–Mi primo Blas. Ya te lo dije –zanjó los reproches alzando la voz.

El boticario bajó el tono, al tiempo que sus manos reclamaban calma para que su conversación no trascendiese al otro lado del tabique.

–¿Qué le pasa a tu primo?

–Si me escuchases cuando te hablo... –remarcó con mohines de enojo–. Blas embarcaba esta tarde en uno de los buques del marqués de Comillas, camino del matadero.

–Pero cielo... Bien sabrá el Gobierno lo que hace. A nosotros, como españoles, nos queda la obligación de defender nuestras regiones en África.

–¿Nosotros? ¿Precisamente nosotros? ¿Por qué no va el

Conde de Romanones, que tiene más que perder? ¿Por qué no van el Rey, Maura y sus ministros Linares y de la Cierva, si tanto les gusta jugar a la guerra? ¿Por qué no vas tú, si tan buena idea te parece? Siempre es igual, los pobres al auxilio de los intereses de los ricos.

–De los intereses de España, que son los de todos. ¡No sé quién te mete esas ideas en la cabeza! En mala hora os dio a las mujeres por hablar de política, con lo que os gusta complicar las cosas... Esto es tan sencillo como que unos están para mandar y otros para obedecer, así es la vida y cada uno tiene que jugar con las cartas que le tocan en suerte.

–Más justo sería si se tratase de un juego, donde al final de cada partida se baraja, se corta y se vuelve a repartir, pero aquí unos pocos se apropiaron del mazo de cartas al empezar la partida y ponen las reglas. Si no eres de esos, ya sabes lo que te toca, que naces pobre, vives desgraciado y mueres miserable.

–No siempre. Recuerda cómo llegaste a Barcelona y mírate ahora... –sujetó su cabeza entre las manos y le clavó la mirada en las pupilas, escudriñándola como si a través de ellas pudiera verle hasta el fondo del alma–. No te quejes, criatura. Estás trabajando duro y pronto conseguirás tu recompensa. ¡Cuántas como tú se han hundido en la miseria o embarrancaron en burdeles de mala muerte!

Ella rehuyó su mirada susurrando:

–¿Qué diferencia hay entre despertar el deseo de los hombres bailando en un escenario o entregarse en un catre?

–Toda. La misma que hay entre la bella musa Erato y cualquier hetaria.

–No te rías de mi incultura, que sabes que no te entiendo cuando hablas así –sollozó con un mohín infantil.

El farmacéutico abrazó con fuerza a la corista y besó tiernamente su melena azabache. Sucumbía fácilmente a los gestos desvalidos de la joven, ella lo sabía y los manejaba con destreza:

–A nadie le importa si canto bien o mal...

–A mí me importa y con eso tendría que bastarte. Ya te lo dije el primer día que te vi actuar. ¡Vas a ser grande, Angelina! No lo dudes. ¿Acaso no se llena la sala cada noche que actúas? Y así seguirá siendo hasta que llegues al Liceo, pero antes tendremos que recomponer ese ojo.

Las manos regresaron a la herida para examinarla con más deleite que profesionalidad, pero su trayectoria fue súbitamente interrumpida al abrirse la puerta de la rebotica sin previo aviso:

–¡Francesc! ¿Qué haces aquí? –se sobresaltó el boticario.

El sobrino de Remigi Casals titubeó antes de responder. La joven herida ocultándose el rostro, la mirada entre iracunda y sobresaltada de su tío, el movimiento nervioso de sus manos sin saber dónde posarse y un inusitado rubor tiñendo sus orejas, todo resultaba tan evidente que tardó en encontrar una respuesta.

–Ayer no pudo salir la carga. Faltaba alguna entrega para completar la expedición y decidieron retrasarla hasta el lunes... El Tuerto me ha recomendado esperar en otro sitio.

–No has hecho bien en venir aquí. Este lugar no es seguro  
–resopló el boticario sin mirarle a los ojos.

–La estación del ferrocarril tampoco, había policías por todas partes. Y a mi casa, como comprenderá, no puedo volver...

–¿Te ha visto alguien?

–Creo que no.

–Está bien... Luego pensaremos qué hacer. Ahora ya no tiene remedio, así que ponte la bata y sal a echar una mano.

### III. ÚLTIMO ALIENTO

POCAS VECES ABORDÉ un tema tan trascendente con mi tío Remigi, pero si en alguna ocasión surgió en nuestras conversaciones el asunto de la muerte, él lo trató sin excesivo dramatismo y llevándolo al terreno profesional. Como boticario le interesaban más los aspectos físicos y psicológicos del óbito que sus derivas morales o espirituales, por lo que el dolor del cuerpo y la angustia de la mente se anteponían a la atrición del alma.

La fuerza de la razón le obligaba a poner en duda creencias tan arraigadas en nuestra sociedad como la existencia de otra vida más allá de este mundo, pero a pesar de ello, cierta curiosidad entre morbosa y científica, le había empujado a participar en alguna sesión espiritista, en las que supuestamente un intermediario entra en contacto con seres difuntos. Su diagnóstico fue rotundo: una moda

importada del extranjero que define como ciencia lo que simplemente es una manipulación del poder de sugestión de las personas, provocando como resultado alucinaciones colectivas.

Más acorde con su formación y, por tanto, más veraz le resultó el testimonio dado por un afortunado cliente de su farmacia que se vio en el trance de enfrentarse a la muerte y, sorpresivamente, retornó a la vida. Este sujeto describía el momento de su agonía inconclusa asociándolo a la visión de una sucesión de escenas trascendentales de su existencia, abriéndose paso en la oscuridad como relámpagos en mitad de la tormenta, sin una sola mención a seres alados o espíritus con túnicas blancas reclamándole. Con acuerdo al criterio de mi tío, esa singular actividad cerebral postrera sería el resultado de algún proceso fisiológico que, tarde o temprano, la ciencia lograría explicar.

Si esta situación en la que me encuentro tuviese retorno y me diera la oportunidad de volver a hablar con él, le agradecería conocer mi propia versión de los instantes que preceden a la muerte, mucho más concreta y simple en su contenido, ya que las imágenes invocadas por mi memoria mientras el cuerpo recibía el disparo, se desmoronaba contra el suelo y se iba paralizando entre estertores, han dejado a un lado la mayor parte de mi vida para concentrarse exclusivamente en los últimos meses. Claro que, mirando el boquete abierto en las entrañas, presumo que yo no voy a tener la fortuna de volver a la vida, así que tal vez esto sea lo

normal al fallecer, rememorar los motivos que te han llevado a salir de este mundo, o quizá ya sea más apropiado decir «de ese mundo». La cuestión es que lo que me ha estado rondando la cabeza en la agonía, al tiempo que se borraba de mi vista el bostezo humeante de la escopeta, han sido los estantes de la botica y sus frascos de medicamentos, el olor a fritanga de doña Purificación, los ojos de la Chica Natividad, el rostro del Raidera encendido por los celos, la cartilla de lectura de la Escuela Moderna, los recortes de prensa informando de la ejecución de Francisco Ferrar y mi tío Remigi hablándome de Villarluengo como un lugar seguro.

En este preciso instante podía estar paseando tranquilamente por las calles de Barcelona, en lugar de convulsionar sobre las desgastadas losas de piedra de la entrada de una masía miserable, si nuestros gobernantes no hubiesen tenido la desafortunada ocurrencia de sofocar las revueltas en Marruecos con reservistas catalanes, la mayoría de ellos obreros de cierta edad con familias a su cargo, en lugar de movilizar a las unidades que tenían disponibles en Andalucía. Fuese un error o una cabezonada, algún día tendrá que pagar bien cara su resolución el déspota de Maura. A mí, de momento, ya me obligó a poner tierra de por medio.

No estaba dispuesto a sacrificarme una vez más por una patria injusta en la que no creo, mucho tiempo después de haber recuperado la libertad, tras haber cumplido a regañadientes el decreto gubernamental que obliga a todos

los varones a servir al ejército durante tres años. Ya pagué mi tributo en su momento, cuando me negué, por convicción y por solidaridad con los más desfavorecidos, a acogerme a alguna de las trampas y los privilegios ideados por aristócratas y burgueses para eximirse de sus responsabilidades, como pagar el canon abusivo que pide el Gobierno por una redención de la incorporación a filas o aprovecharse de la necesidad de los pobres, que se prestan como sustitutos y ponen su vida en juego a cambio de la miserable paga que les ofrecen las familias pudientes por librar a sus hijos del servicio militar.

Nadie iba a embarcarme camino del matadero para terminar convertido en víctima de la puntería de un rifeño o para sucumbir a las fiebres, como le ocurrió a mi padre, que junto al grado de teniente se trajo de Camagüey una disentería recidivante, responsable de mi orfandad siendo todavía un niño de pecho. Y eso que en su compañía tuvieron como médico al famoso Cajal, el del Nobel de medicina, pero se ve que una cosa era mirar bacterias y miasmas por el microscopio y otra bien distinta vérselas cara a cara con las enfermedades que provocan.

Si alguien tiene la obligación de defender los intereses españoles en Melilla ya pueden dar un paso al frente el Conde de Romanones y la familia Güell, que son los únicos que se están lucrando con los negocios de la minería, y no el pueblo llano que va a seguir pasando el mismo hambre con plomo que sin plomo extraído del Rif.

Mi tío Remigi, al conocer mi intención de desertar y los motivos que me animaban a hacerlo, se prestó a colaborar trazando un plan para salir de Barcelona y enviarme a un lugar alejado, donde no llegasen las pesquisas de los militares. Así fue como terminé en este pueblo perdido entre las montañas del Maestrazgo.

Por desgracia el destino es una alimaña rencorosa y cruel y, aunque conseguí librarme del acecho de sables y galones, también aquí me estaban aguardando la disentería y la pólvora.

#### **IV. VILLARLUENGO, 1 DE AGOSTO DE 1909**

QUERIDO TÍO:

Tal y como usted me anunció, Villarluengo parece reunir las condiciones necesarias para convertirse en un refugio seguro y tranquilo. Resulta difícil imaginar que cualquier oficial en sus cabales se tome la molestia de movilizar algún destacamento hasta este rincón del mundo en busca de un simple desertor, pues no en vano me llevó más de cinco días llegar desde Barcelona hasta aquí, si bien en mi caso a la distancia y el mal estado de los caminos se añadieron otros imprevistos que paso a relatarle.

Con dos días de retraso según lo planeado conseguí salir de Barcelona, oculto entre fardos de lana en un vagón de mercancías del ferrocarril, como si fuese un polizón a pesar de haber pagado el importe equivalente a una plaza de

primera clase hasta Madrid. Hicimos una primera parada en la estación de Reus, donde pude estirar las piernas y comer algo mientras el cargamento era distribuido en dos grandes carros tirados por mulas, al tiempo que el Tuerto hablaba con los arrieros para informarles de que yo formaría parte de la carga hasta las fábricas de hilaturas de Villarluengo. En contra de lo que nos había asegurado ese siniestro personaje cuando acordamos aceptar sus condiciones para la fuga, allí nadie parecía estar informado del suplemento en la carga y se resistieron a aceptarme en la expedición alegando que ellos no eran cómplices de criminales. Él trató de convencerles de que yo no era ningún delincuente, pero los arrieros no se fiaban, a ver si no por qué motivo iba a prestarme a viajar escondido entre fardos de lana sucia, le preguntaban, y él les cortaba sin otro argumento mejor que recordarles que eso no era asunto suyo. Mi mediador intentó tranquilizarme, se sentía engañado pero sabía cómo tratar con esos truhanes. Volvió a encararse con ellos y tras acusarles de mentirosos, hombres de poca palabra, estafadores y otras lindezas, amenazó con no volver a contratarlos y buscar a otros carreteros más fiables. Los dos energúmenos respondieron con tales gritos y aspavientos que no tuve más remedio que acallarlos y hacerlos entrar en razón ajustando nuevamente el precio en un duro por barba, en prevención de que el jefe de estación se acercase a indagar el porqué de aquella algarada.

Acomodado nuevamente en una inmensa nube de vellón

polvoriento pude oír las carcajadas y los ruidosos apretones de manos y palmadas en la espalda entre los mozos de mulas y el Tuerto, como si no hubiese existido discusión alguna, lo que me hizo sospechar que aquellos hombres traían bien pensado desde un principio cómo sacarme los cuartos, pero al no estar en posición de andar con exigencias tuve que quedarme con la duda.

Ignoro cuántas horas llevaríamos de viaje cuando la carreta se detuvo, porque hundido bajo el agobio de las vedijas, asfixiado por el calor del mediodía y mecido por el traqueteo de las herraduras chocando contra las piedras del camino, terminé rindiéndome a las embestidas de un sopor pesado y enfermizo, del que sólo conseguí librarme al cesar la cantinela de los cascos, inesperadamente sustituida por una sarta de juramentos que se alternaban de una a otra boca de los arrieros, como si compitiesen por ver quién pronunciaba la palabra más áspera o la blasfemia más osada. Discretamente me abrí paso entre los grumos de vellón hasta descubrir un cielo plumizo y tormentoso sobre mi cabeza, los montes pelados a ambos lados de la carretera y en ella, frente a la reata de mulas, una barricada de troncos y rocas cortando la vía.

Mientras los carreteros maniobraban tratando de dar marcha atrás a las caballerías, media docena de hombres armados, unos con escopetas de caza y otros con simples mangos de azada, fueron apareciendo entre los arbustos y las rocas para rodearnos, esforzándose por resaltar sus

malas intenciones con desmesurados gestos agresivos y muecas amenazantes. La situación resultaba tan fingida y desmedida que desde mi discreto escondite tuve la sensación de estar asistiendo como espectador a una de las películas que proyectan en los cinematógrafos de la ciudad, como aquella que vimos en la Sala Mercé la víspera del día de Reyes, *L'assassinat del Duc de Guisa*, en la que los enemigos del Duque, ocultos tras las cortinas del palacio, iban saliendo para asestarle las mortales puñaladas.

En este espectáculo no había música de piano como acompañamiento, sino la voz ronca de uno de los asaltantes que daba instrucciones en un confuso dialecto del catalán y aunque no pude entender todo lo que decía, me quedó claro que formaban parte de una célula anarquista y estaban requisando caballerías y carretas para dotar de medios a un supuesto ejército popular que pretendía marchar a Barcelona para participar en una revuelta.

La escasa resistencia ofrecida por los arrieros fue sofocada con un disparo al aire que espantó a las mulas, encabritando a unas y espoleando a otras, de forma que los carros fueron trastabillando de un lado a otro del camino hasta volcar en la cuneta, esparciendo su blanco contenido por un barranco, como una nevada intempestiva.

Fueran simpatizantes anarquistas o simples salteadores de caminos, me vi de regreso a casa en una tesitura todavía más complicada que aquella que me empujaba a huir de la

capital, de modo que mientras trataban de calmar y desembridar a las mulas, fui escabulléndome de los fardos de lana que desprendían el calor y el olor propio de un rebaño vivo.

Cuando creí estar a salvo aceleré el paso en mi descenso por la empinada ladera que terminaba en el meandro de un río y, ya fuera por lo irregular del terreno o por tener las piernas adormecidas tras las muchas horas que pasé tumbado en el carro, tropecé con los guijarros y caí rodando por una cuesta alfombrada de aliagas y espinos. Alguno de los numerosos golpes que se sucedieron en mi aparatoso descenso debió impactar en el cristal derecho de mis lentes partiéndolo en multitud de trozos, de modo que al cerrar el ojo izquierdo veo las imágenes fragmentadas y simétricas, como si mirase por un rudimentario e incómodo caleidoscopio, por lo que le agradecería que junto con su próxima carta me mande una lente graduada para reponer la rota.

Al final de la caída quiso apiadarse de mí la providencia –me refiero al destino, o la suerte, nada de intervenciones divinas por más que siglos de educación cristiana hayan sembrado nuestro idioma de este tipo de expresiones–, de modo que a pocos metros de la orilla del río, apoyada en el tronco de un chopo, encontré una bicicleta sin el menor rastro de su propietario. Podía pertenecer a un campesino ocupado en trabajar alguno de los huertos cercanos, o a un pescador en busca de truchas para la cena, pero dadas las

circunstancias, no me detuve a pensar en qué situación quedaría su dueño. Pedaleé sin detenerme hasta que un trueno, resonando interminable entre las montañas, anunció la lluvia. Encontré refugio en una choza de pastores y allí pretendía esperar hasta que cesase la tormenta, sin sospechar que dentro aguardaba, al primer incauto que se acercase, una hueste de pulgas voraces que se apresuraron a indicarme la puerta de salida. Despedí al chaparrón desnudo, en mitad del campo, tratando de ahogar en los charcos a los incómodos inquilinos de mi ropa.

Al salir el sol, mientras tendía las prendas en las ramas de los árboles para que se secasen, descubrí en el horizonte la imponente fortaleza que coronaba una loma cercada por las casas de una villa a la que me acerqué para que alguien me orientase sobre mi paradero. El pueblo resultó ser Alcañiz, en la provincia de Teruel, y en la primera venta que encontré abierta traté de informarme del mejor camino para llegar a Villarluego.

Los escasos parroquianos que allí había debían estar cansados de contar chascarrillos y jugar a las cartas, porque todos, sin excepción, pasando por alto mi aspecto lamentable y el desagradable olor a lana húmeda que desprendía, se aprestaron a indicarme la ruta más adecuada a su juicio, a pesar de que ninguno de ellos había pisado jamás el mencionado pueblo ni tenían intención de hacerlo en un futuro.

Finalmente opté por atender a las recomendaciones de un comerciante de aceite de oliva que parecía saber de qué hablaba. Me fié de él y de sus conocimientos del terreno cuando, sacándome de mi error, me informó de que el término en el que fuimos asaltados ya no pertenecía a Cataluña, sino que probablemente la barricada estaba colocada en las proximidades de un pueblo llamado Valjunquera, donde al igual que en otros municipios próximos al río Matarraña se chapurrea una lengua parecida al catalán. Hay mucho proletario cabrón por allí, sentenció, y todos los presentes rieron la gracia dejando al descubierto sus inclinaciones políticas, a las que por ganarme su favor tuve que sumarme esbozando una sonrisa.

Advertido de la ideología de aquellos hombres era lógico que, cuando insistieron en saber qué me llevaba hasta un pueblo tan alejado de Barcelona, extremase mi prudencia y les respondiera sin darles muchos detalles, limitándome a decirles que iba allí por motivos de trabajo, a cubrir un puesto como mozo de farmacia.

Siguiendo las indicaciones del comerciante marché en dirección a un pueblo llamado Ejulve, pues si bien me advirtió que tal vez no fuese el camino más corto, al menos resultaba menos confuso y más transitado.

Una vez allí, cualquiera sabría darme referencia del Barrio de las Fábricas, situado a pocos kilómetros de mi destino definitivo y donde, de no haberse complicado nuestros

planes, el cargamento de lana salido de Barcelona habría finalizado su itinerario, engrosando los almacenes de una pequeña industria textil.

Así, dos días después de salir de Alcañiz, envuelto en una mezcla de sudor y polvo del camino, con las piernas duras como piedras de tanto darle a los pedales de la bicicleta entre agrestes riscos y cortados por donde sólo las cabras se aventuran, llegué a un paso conocido como puente del Vao, que marca el acceso al barrio de las Fábricas de Abajo.

Realmente en este paraje aislado, sin militares ni guardias civiles en los alrededores, he ido recuperando la calma, a pesar de que nada más llegar, tras los días de viaje en solitario, los doscientos vecinos que se concentraban en las barriadas de los obreros se me antojaran una multitud de fisgones pendientes de cada uno de mis movimientos. Dejando a un lado tan incómoda sensación creí oportuno pasar allí la noche, para tomar fuerzas antes de emprender la última etapa de mi viaje, la interminable cuesta que separa el barrio de las Fábricas de Abajo del pueblo.

La impresión que me produjo Villarluengo en un primer vistazo no pudo ser más decepcionante. El núcleo urbano se compone de un puñado de casas empedregadas por el porte majestuoso de una iglesia desproporcionada para tan escasa población, que se yergue arrogante en el centro del municipio. Los campanarios de sus dos torres simétricas asemejan gigantescos ojos de una divinidad entregada a

escrutar los quehaceres de todos sus vecinos, con lo que esto supone para un hombre de ideas liberales y anticlericales, como es mi caso. Un pensamiento me asaltó de inmediato, haciéndome creer que había escapado de las garras de los militares para caer en una red de sotanas y hábitos de monjas, pero tras una semana aquí sin que fraile, ni sor, ni mosén alguno hayan pisado la botica, he llegado a pensar que en la diócesis debió haber algún intercambio de planos y mandaron construir en este humilde pueblo el templo proyectado para alguna gran ciudad. Aunque también pudiera tratarse del vestigio más visible del caciquismo carlista y clerical que todavía prevalece en estas tierras.

Si tengo certeza de la existencia del cura es porque cada cierto tiempo doña Purificación, la dueña de la casa en la que me hospedo y en cuya planta baja se encuentra la botica, descarga en el patio un fardo de periódicos incompletos, con noticias recortadas o tachadas, obsequio del párroco, para que ella y sus inquilinos estén parcialmente al corriente de lo que ocurre en el resto de España. Si quiero ampliar la información ya me ha advertido la locuaz casera de que pase antes por la tasca, porque es más fácil dar con el cura en alguna de las mesas donde los hombres juegan al dominó y a las cartas que en los alrededores de la sacristía.

Dejando el clero a un lado, mi primer destino en este pueblo fue la farmacia donde, contra lo que usted supuso, no me estaba esperando su amigo el boticario, don Román Pitarch. Yo atribuí su ausencia a mi retraso en la fecha de

llegada, pero doña Purificación me advirtió de que el señor Pitarch faltaba del pueblo desde una semana antes, y éste es el día que seguimos sin tener noticias suyas.

Su amigo de usted no debió demorarse en los detalles al mencionarle a doña Purificación mi próxima llegada y, probablemente por un malentendido, pues esta mujer todo lo confunde y tergiversa, empezando por el nombre de su pueblo al que llama *Villalruenglo* en lugar de Villarluengo, igual que dice *drento* por dentro y *presonas* por personas, también cambió mi condición, tomándome desde el primer momento por sustituto del señor Pitarch. Con tal cargo y bajo el nombre de Pere Munar, como fui registrado en la cédula de identificación que nos facilitó el Tuerto para ocultar mi verdadera identidad, me presenté al alcalde, al secretario y al resto de los vecinos, de modo que, como en su momento por timidez, por vanidad, o por una mezcla de ambos sentimientos no me atreví a desmentirla, diciéndole que a lo sumo podría considerarme mozo de botica, me veo ejerciendo de farmacéutico sin más formación que la que me otorga haberle ayudado de forma esporádica y sin demasiado celo en su negocio, cogiendo una de aquí y otra de allí, pero sin saber el porqué ni el para qué de las cuatro fórmulas magistrales que manejo y que tan pronto administro para bajar la fiebre como para aliviar el dolor de muelas.

Espero que comprenda mis razones y, en lugar de reprenderme, se preste a ayudarme cuando recurra a usted

para solventar las muchas dudas que me van surgiendo, ya que nunca fue mi intención practicar el intrusismo profesional y le prometo que esta situación sólo se mantendrá hasta mi regreso a Barcelona. Al fin y al cabo he podido comprobar cómo la gente del pueblo se siente más segura creyendo que cuenta con un boticario al cargo de la farmacia y a mí, ocupar su puesto, me facilita entablar relaciones con mis nuevos vecinos que, en general, son gentes cordiales y amables con los forasteros. Todos aquellos con los que he tenido la oportunidad de hablar me han asegurado que en Villarluengo reina la paz y se vive de una forma sosegada, sin las estridencias de las grandes ciudades, por lo que los recién llegados no tardan en adaptarse a su forma de vida. A todo menos al clima, sobre todo al frío y la nieve, puntualizan, pero de momento es verano y quién sabe dónde estaremos cuando llegue el invierno.

Por hoy no tengo nada más que contarle. Dele un abrazo muy fuerte de mi parte a tía Neus. Atentamente, su sobrino que le aprecia y le admira,

Francesc Casals.

P.D.: Le adjunto unas cuartillas con mis dudas más urgentes, pero la primera y principal me afecta personalmente, pues desde que anduve oculto entre los fardos de lana, bien

sea por una tiña, una sarna, el desmedido apetito de las pulgas, o por la suma de todos esos males, convivo con dos zonas enrojecidas, abultadas y descamadas a ambos lados de la nuca, causantes de un intenso prurito que no me deja descansar ni de noche ni de día. Afortunadamente hice caso a su recomendación de afeitarme barba y bigote para que a mis perseguidores les resultase más difícil identificarme; en caso contrario no quiero pensar hasta dónde podría haberse extendido la roña.

En espera de sus indicaciones he iniciado un tratamiento a base de cataplasmas de azufre, zinc y aceite de oliva, pero por el momento no he apreciado mejoría alguna sino que, bien al contrario, la lesión se extiende irremediablemente, tomando la apariencia de humillantes posaderas de babuino, como aquel que tanto nos hizo reír al verlo expuesto en las jaulas de la Casa de Fieras. Disculpe usted la comparación pues, por más que pueda parecerle poco afortunada o incluso desagradable, resulta suficientemente gráfica y explica mis precauciones por mantener la lesión oculta a las miradas de los extraños, de modo que para evitar que los vecinos piensen eso de que en casa del herrero cuchara de palo, voy a todas partes tocado con un trasnochado sombrero de paño que perteneció al difunto marido de la patrona, por más que el calor de la tarde me haga sudar la gota gorda.

Acuérdese también de mis lentes porque, sumando el cristal roto al sombrero cochambroso, sospecho que a estas

gentes estoy más cerca de inspirarles compasión que respeto.

## V. LOS NEGOCIOS DEL TUERTO

CUANDO REMIGI CASALS recibió la carta de su sobrino, lo primero que hizo fue leérsela a su esposa, Neus Espona, para tranquilizarla. A continuación, se encerró en su despacho para redactar la respuesta a todas las dudas profesionales que le había planteado y, una vez que hubo terminado, fue al mostrador de la farmacia, abrió el cajón donde guardaba el dinero y cogiendo un puñado de billetes anunció a los empleados que salía a comprar sellos y a enviar una carta, pero en lugar de ir a la oficina de Correos se encaminó hacia el Mercado de Sant Josep, conocido popularmente como Mercado de la Boquería.

En el primer puesto de verduras y encurtidos encontró a un hombre delgado, de pelo entrecano y piel oscura, sentado en una silla baja, fumando y hablando con los clientes mientras la dependienta despachaba sus pedidos.

Tenía la voz áspera y quebrada, acorde con las cicatrices de su cara que se extendían de los labios a la ceja, cerrándole casi por completo el párpado derecho, dejando asomar por un pequeño surco los retazos del globo ocular opaco y lloroso.

–¿Ya ha tenido noticias? –preguntó el Tuerto, interrumpiendo la conversación al verle llegar.

Remigi Casals se detuvo unos metros antes de llegar al mostrador, en un gesto que reclamaba discreción.

–Así que ya ha tenido noticias –respondió a su propia pregunta levantándose de la silla y echando a andar–. Le dije que podía estar tranquilo, señor Casals.

El Tuerto esbozó una sonrisa al tiempo que alargaba la mano para estrechársela al farmacéutico.

–Yo no estaría tan seguro –respondió secamente rechazando el saludo.

–¿Qué ha ocurrido? ¿No llegó el muchacho a su destino? –se extrañó el Tuerto.

–No es el dónde sino el cómo lo que me preocupa.

El boticario comenzó a andar entre los puestos del mercado para alejarse de los oídos entrometidos de las clientas de la verdulería.

El Tuerto le seguía un paso por detrás.

–Creo que habíamos acordado una gratificación más que generosa por sacarle de la ciudad sin que nadie lo viese, pero no de cualquier manera.

–¿Tiene usted alguna queja?

–Lo cuenta aquí con todo detalle –esgrimió la carta de su sobrino, señalando el párrafo donde Francesc narraba sus vicisitudes desde la salida de la estación de ferrocarril hasta su encuentro con los salteadores de caminos.

El Tuerto leyó despacio, acompañando el movimiento de su único ojo sobre el papel con un perceptible movimiento de los labios.

–¡También es mala suerte! –se limitó a responder devolviéndole la cuartilla–. Ya no hay caminos seguros.

–¿Mala suerte? ¿De verdad cree que pasar dos días envuelto entre vedijas de lana sucia y maloliente para terminar abandonado en mitad del trayecto es una cuestión de suerte? –resopló Casals malhumorado.

–No sé de qué se extraña. Fue por su seguridad. Usted me dijo que tenía que sacar a una persona de Barcelona sin que nadie lo viese y así lo hice. En ningún momento quiso aclararme si se trataba de un ladrón, un estafador, un peligroso homicida o un amante perseguido por un marido

cornudo y despechado, así que, ante la duda, opté por extremar las precauciones al máximo.

–¿Y qué me dice de los dos duros que le estafaron los arrieros?

–¡Acabáramos! –exclamó el Tuerto golpeando con el puño la palma de su otra mano y frotándose el índice con el pulgar en un gesto que asemejaba al de contar billetes–. Así que todo es cuestión de dinero y lo que quiere es descontarme a mí el parné que le levantaron a su amigo...

–No he dicho tal cosa –repuso ofendido el boticario–. Sólo le informo del tipo de gente con la que trata.

–Eso es asunto mío.

–Estuvieron muy vivos para cobrarle más, pero cuando asaltaron las carretas...

–No sé dónde quiere ir a parar –le interrumpió el Tuerto, crecido al haber llevado al farmacéutico al terreno en que mejor se manejaba, negocios turbios y cualquier tipo de trapicheo–, pero dígame. ¿El tipo ha llegado a su destino o no?

–Sí...

–Entonces a pagar y a callar –extendió la palma de la mano abierta, reclamando el segundo plazo del trato.

Remigi Casals sacó unos billetes del bolsillo de su americana, pero no llegó a entregárselos. Levantando su bastón a la altura de los ojos del tuerto inició una amenaza:

–Le advierto que esto...

Una llamada por encima de la confusión de conversaciones que les rodeaban cortó sus palabras.

–¡Tuerto!

–Ambos miraron hacia el origen de la voz. Un agente de la guardia urbana le reclamaba desde el puesto de verduras, señalando con su cachiporra unas cajas de tomates.

–¡Deja de molestar al señor y vente para aquí, pajarito!  
–insistió el guardia.

–¡Otro cabrón! –murmuró el Tuerto, al tiempo que con un hábil movimiento le arrebatava los billetes al boticario.

Antes de llegar al mostrador de las verduras, el Tuerto volvió a dirigirse a Remigi Casals.

–Señor Casals, cuando vea a su amiga, a la corista, díglele que el pájaro ya está en el nido. Parece que estaba preocupada.

El boticario salió del mercado hecho una furia. Seguro que había mil formas más cómodas y honrosas de haber llevado

a Francesc hasta la botica de su colega Román Pitarch sin levantar sospechas de la policía y los militares. Se sentía estafado, burlado por el cantamañanas que le facilitó Angelina cuando le pidió ayuda para sacar a su sobrino de Barcelona. No tenía que haberle dicho nada. ¡A saber de qué conocería a semejante personaje! Y para colmo ese comentario... ¿Por qué sabía el Tuerto lo que preocupaba o dejaba de preocupar a Angelina?

Remigi Casals sintió ascender los celos a cada paso, desde el pecho hasta su garganta, como una náusea ácida.

Cuando entró en la farmacia estaba de un humor de perros.

## VI. LA BOTICA

LA BOTICA DE VILLARLUENGO estaba en la planta baja de una casa solariega de tres pisos, en un cuarto sencillo con apariencia de calabozo, pobremente iluminado en las mañanas claras por el haz de luz que cruzaba un ventanuco enrejado, abierto en el portalón de madera que daba a una calle estrecha y umbría. Las manchas de humedad dibujadas en las paredes quedaban ocultas por recias estanterías pintadas de blanco, donde frascos de cristal conteniendo sal de higuera y citrato de magnesio compartían espacio con antiguos tarros de cerámica que guardaban hierbas secas, sales apelmazadas y brebajes fermentados.

Algún mediodía, tímidos rayos de sol acariciaban los recipientes polvorientos arrancándoles mustios reflejos verdes, tornasolados y ambarinos que se proyectaban sobre el mostrador, como un mal remedo de vidriera gótica, de

modo que los remedios clásicos cedían el protagonismo a las modernas presentaciones de emulsión Scott antirraquítica, elixir Callol que cura la anemia y la neurastenia, Fosfatina Falieres como alimento perfecto del niño, o la milagrosa pomada Herniasol, indudables aportaciones del licenciado Román Pitarch al trasnochado vademécum del local, al igual que el cartel publicitario colocado junto a la entrada, en el que se recogían las virtudes de las pastillas Valda antisépticas para afecciones de garganta, ronqueras, bronquitis y catarros, avaladas en su propaganda por el testimonio de agradecimiento de numerosos pacientes al prestigioso farmacéutico francés H. Canonne.

De las antiguas fórmulas y los novedosos fármacos escapaban intensos aromas que se esforzaban en ambientar la botica para, finalmente, sucumbir sin remedio al olor a cocida que invadía cada rincón de la casa partiendo de la cocina, situada al fondo del pasillo, donde una olla renegrada bullía incansable día y noche sobre un fogón de leña. A veces, el olor del puchero se disipaba por un momento, para dejar paso al genuino tufillo inconfundible, mezcla de fritanga, conserva rancia y ventosidad reciente que precedía a la llegada de la casera.

Doña Purificación tenía el bigote espeso y la cintura elíptica de un brigadier en la reserva. Sus andares de paquidermo desencajaban las baldosas del pasillo provocando un repiqueteo de cerámica rota, una musicalidad de caballería enjaezada, clin clan, clin clan, dispuesta a corear la incesante

letanía de achaques y chismes que nunca la abandonaba, ni en la vigilia ni en el sueño. ¡Ay, don *Pedre*, don *Pedre*, que no he podido pegar ojo en toda la noche! Pere, me llamo Pere, la corregía el boticario. Mire a ver si puede darme alguna *cosíca*, don *Pedre*, pues tal es el dolor que me baja del *baticuello* a la rabadilla que hasta la gana he perdido y anoche me fui a la cama prácticamente en ayunas, con dos *tajadicas* de tocino, un par de huevos fritos y no más de un jeme de la tortera de arroz con leche que con tanta ilusión como apetito me había preparado la tarde anterior. Desayunar como un rey, almorzar como un príncipe y cenar como un mendigo, recetaba su inquilino, supliendo la ciencia por el refranero popular. Pues no sé qué menos quiere, resoplaba doña Purificación, que con el trajín que me traigo en esta casa algo tendré que comer, no se vaya usted a creer que todas las mujeres en *Villalruenglo* tenemos la misma faena que, por ponerle un ejemplo, Aurora, la sacristana, que con barrer mal barrida la iglesia y colocar cuatro flores en la ermita de San Cristóbal ya se ha ganado el jornal. Y mire por dónde, ahí la tiene usted, tragando más que un segador en el mes de agosto, de lo que se puede y de lo que no se puede, que hasta los cirios del altar y los exvotos de los fieles dicen que engulle, y ella como si nada, más seca que la vara de la doctrina, por fuera y por *drento*, que a la legua se nota que hasta el seso se le está consumiendo, no sólo por lo de comer cosas raras, que según me dijo el bueno de don Román es una enfermedad a la que llaman pica y viene de la falta de sal y vitaminas, aunque al final se convierta en vicio,

sino por lo otro, por lo de las visiones y lo de hablar con los santos, que si yo le contara.... Ya lo ve, doña Purificación, cada uno es como es y lo que a uno aprovecha al otro envenena, eludía chismorreos el presunto boticario. La patrona suspiraba hondo, agitaba los brazos y se arreglaba el moño con dos manotazos mal templados, mientras de sus axilas fluía una esencia de aceites rancios. Nada, nada, usted como todos, ya sean doctores, boticarios o curanderos, ni caso a lo que le digo, que como me ven gorda y ufana no me creen una palabra, pero aquí, una servidora, cada día peor y ahora, por si algo me faltaba, a cada bocado que doy me encodillo y anoche mismo hasta la gana se me fue y me tuve que acostar mal cenada, como quien dice en ayunas, con una tajadita de tocino, un huevo frito de pollita que cabía en esta mano y el arroz con leche ni catarlo. Como se lo cuento, que una, mañana al levantarse se encuentra sin el desayuno en la mesa y cuando vengan a buscarme me descubren larga y fría en la cama y aquí paz y después gloria, así de simple y así de triste don *Pedre*.

*Pere*, doña Purificación, me llamo *Pere*, la corregía el boticario, pero si le resulta más fácil puede llamarme *Pedro*. ¡Dios me libre! Ni *Pedro* ni *Pedra*, a cada uno como le puso el cura y si usted se llama *Pedre*, *Pedre* le he de llamar, por difícil que se me haga. ¿No le parece, don *Pedre*?

Pues claro que le tenía que parecer, que a lo largo de su vida, después de servir a la prima hermana de un marqués y a los personajes de la aristocracia que iban a visitarla y de

hospedar en su casa a médicos y practicantes, secretarios y jueces, albéitares y boticarios, bien sabía doña Purificación cómo se debe proceder para agradar y guardar respeto a los señores. Ella misma estaba convencida de que, atendiendo a su forma de hablar y a sus ademanes, podría pasar perfectamente por esposa y madre de licenciados, aunque la maledicencia de sus vecinas hiciera mofa de tales cualidades llamándola a sus espaldas Marquesa de Mierdafrita e Infanta del Quieroyнопuedo. Envidia cochina, que si la Señora al morir en Altafulla, soltera y sin descendencia, la convirtió en propietaria de esa casona fue por el amor y la entrega con que la atendió desde el primer día en que entró a su servicio. «A Purificación Palomo la casa de Villarluengo en la que tan buenos veranos he pasado», dejó escrito en el testamento, «para que puedan vivir ella y su familia digna y holgadamente con los ingresos del alquiler de la botica y el hospedaje de gentes de buena reputación».

Y bien que nos vino, don *Pedre*, que desde que mi marido se alistó con las tropas del general Marco de Bello y cayó defendiendo Cantavieja del ataque de los republicanos, he tenido que sacar yo sola, sin ninguna ayuda, a la Irene y al Cosme. Así que no vaya a pensar usted que únicamente agota el trabajo, que también los disgustos y las preocupaciones la consumen a una, pues parece que estás a lo tuyo, haciendo camas, fregando baldosas, remendando sábanas, planchando camisas o preparando potajes, y mientras tanto la *cabecica* sin parar de dar vueltas, cuando

no es por una cosa por otra, como ahora con lo de don Román, que si juntásemos las horas de sueño que me ha quitado la suerte que haya podido correr el buen hombre no volvía a *plegar* ojo en lo que me resta de vida. Tranquila, doña Purificación, tampoco hay que ponerse en lo peor, sugería sin éxito el sustituto del boticario. Y qué de bueno voy a pensar, don *Pedre*, pues por más que la prisa apremie uno no se va así, sin despedirse y sin recoger ropas, libros, maletas ni dineros. Mucho menos don Román, siendo como era un caballero de los que ya no quedan, tan formal, atento, elegante y considerado, hasta cariñoso me atrevería a decir, sobre todo conmigo que, modestia aparte, fui una madre para él durante todos estos años y él lo mismo, un hijo más, sin secretos ni dobleces, que hasta me escribía al dictado las cartas que le mando a mi Cosme, el mayor, que se fue a Barcelona hace quince años y allí sigue, con su buen trabajo y buen jornal, como me cuenta en sus esquelas que también me leía a vuelta de correo don Román. ¡Pobrecico! Cada vez que me acuerdo de él, de don Román le digo, que mi Cosme también pasó lo suyo cuando el accidente, pero ahora no viene al caso y le estoy hablando de don Román, pues no sé por qué me da por imaginármelo enrunado bajo la tierra, sin caja ni mortaja, y me entra una congoja que me cierra el garganchón, como anoche mismo, que pensando en esto y hasta en cosas peores, no tuve ánimo ni para terminarme una tajada y darle media untada de pan al huevo frito. ¡Pero de dónde se saca esas ideas, doña Purificación! El mozo de botica buscaba argumentos para sofocar el delirio de su

patrona. Piénselo bien, mujer, ¿quién y por qué iba a matarlo? Pues porque sí, así sin más, porque hay gente muy mala en el mundo y en *Villalruenglo* como en todas partes, que ya se encargaron de mover por ahí el infundio de que había dejado encinta a una aprendiz de las fábricas, una que vino de Vistabella decían los unos y los otros que si era una *mocica* de Pitarque, pero a la hora de la verdad ni en un sitio ni en otro saben nada del asunto, ni tampoco los que trabajan en las fábricas han echado en falta a ninguna empleada, ni han visto una tripa gorda sin dueño reconocido, así que, lo más probable, de ser cierto el rumor, es que la chica malpariese a escondidas y del mismo modo le hayan ajustado las cuentas a don Román; y si era falso, como por tal yo lo tengo, los mismos celos de algún mozo fueron la causa del crimen. Deje de pensar cosas raras, insistía el sustituto del boticario, que por lo que a mi me consta don Román nunca fue persona que anduviera deshonorando mujeres. La patrona le miraba con suspicacia antes de responder. No hace falta que lo jure, que bien sé yo que no era de esa clase de personas –decía convirtiendo su voz en un susurro–, que el interés mostrado por las mujeres que aquí conoció fue más bien escaso, ya fueran jóvenes en edad de casar, viudas respetables, o maduras casquivanas, con todas ellas su relación no pasó una pizca más allá de lo profesional. ¡Ay, don *Pedre*, si yo le contara...! Ocúpese de lo suyo, doña Purificación, y no sufra por la vida de los demás. ¡Cuánta razón tiene, don *Pedre*! Si una pudiera... pero yo soy así y ya no me cambian, que de nada hago un mundo y

anoche mismo entre los dolores de huesos, el mal de vientre y las ensoñaciones de esta *cabecica* que no para, me fui a la cama sin probar bocado, y así estoy hoy, que no me tengo, amargada por tantos padecimientos y con un nudo en el estómago que ni la leche del desayuno me pasa. Ande, don *Pedre*, deme una botella de agua del Carmen para reponerme, o lo que usted considere oportuno, que para eso tiene estudios. Clin clan, clin clan, se marchaba doña Purificación dando sorbos al frasquito con la mixtura de plantas medicinales, acompañada de un animado coro de baldosas sueltas, insuficiente para disimular las ventosidades que iban marcando su torpe paso marcial de brigadier en la reserva.

En la botica quedaba un olor a fritanga, a conserva rancia y a intestino flojo, pero a doña Purificación todo se le perdonaba porque, a pesar de sus defectos, era una buena persona y, sobre todo, era la abuela de la Chica Natividad.

Natividad fue la única hembra entre siete hermanos varones vivos y dos más que murieron antes de cumplir el año, sin contar el aborto, que aunque no estaba del todo formado ya le colgaba bien claro el atributo, por eso en su casa nadie la llamaba por su nombre y para todos ellos, incluido el pequeño Nicanor que nació cinco años después, era simplemente la Chica. Para el resto del pueblo, la Chica Natividad.

Cuando Francesc Casals la vio por primera vez, Natividad

tenía diecinueve años recién cumplidos, el pelo negro y las mejillas pálidas, labios apetecibles de sonrisa dulce, cuello largo, talle estrecho, falda volandera y cejas finas, apenas perceptibles sobre los ojos acuosos de azul indefinido como el cielo a la hora del alba, que dibujaban en su rostro una expresión enfermiza o enamorada, de heroína de novela romántica, capaz de turbar a cualquier hombre hasta hacerlo enmudecer.

Esta es mi nieta, la Chica, la presentó doña Purificación en el despacho de la farmacia, un día que fue a buscar las medicinas para las fiebres. El boticario sintió cómo todo su ser se azoraba al cruzar sus miradas. Se quitó las gafas con el cristal quebrado y las manos se le quedaron pegadas al ala del sombrero, dudando entre descubrirse en un gesto educado o mantener oculta la nuca tiñosa. ¡Cómo no le había hablado nunca el ama de su nieta! Aunque tal vez sí lo hiciera y él no la escuchase, habituado a convivir con el inagotable zumbido de moscardón de la mujer. Doña Purificación era como un gramófono que dejaba rodar incansable la aguja de la lengua por los surcos de su memoria y en ese momento, cuando le presentó a la Chica, decidió cambiar el disco de sus achaques por el de la enfermedad de la nieta. En el mes de abril la sorprendió una granizada camino de la masía y desde entonces la Chica sufría unas fiebres recurrentes que subían y bajaban a su antojo, hasta que don Román le dio a probar un extracto de corteza de sauce e infusiones de verbena. Mano de santo, oiga. El boticario preparaba el tratamiento

todas las semanas y se lo llevaba a la masía, incluso después de que hubiesen remitido los síntomas, con el argumento de prevenir una recaída. De paso le proporcionaba jabón de olor para el cuerpo y el cabello, cremas hidratantes para las manos, aceites y fragancias que él mismo fabricaba y que, a partir de su desaparición, pasó a elaborar la abuela, siguiendo con más o menos tino cada uno de los pasos que vio dar a su inquilino entre matraces, crisoles y morteros.

Doña Purificación se sentía orgullosa del cuidado de su nieta, pero lo hubiese estado mucho más si el tratamiento sirviera para curar su verdadera dolencia, porque las fiebres se le antojaban un mal sin importancia y fortuito, demasiado vulgar para la Chica Natividad, que vino a ocultar su auténtico padecimiento, mucho más digno y notable: la epilepsia.

Si doña Purificación consideraba la epilepsia como una enfermedad distinguida, a pesar de lo aparatoso y poco refinado de las convulsiones, los ojos en blanco y el babeo, era porque con cierta frecuencia padeció tales ataques su Señora, la dueña de la casa, emparentada por línea directa con don José de Suelves y de Montagut, noveno Marqués de Tamarit. Antes de caer al suelo entre pataleos, la Señora se quedaba ensimismada, con la mirada perdida y la boca entreabierta, igualita que su nieta las tardes de primavera mientras cosía en el carasol. La Chica restaba importancia a tales síntomas diciendo que se había quedado traspuesta o que estaba absorta en sus pensamientos, pero a su abuela

no la engañaba, esas ausencias eran los pródromos de un brote epiléptico. ¿Tengo o no tengo razón, don *Pedre*? Hágase usted a la idea de que las cosas aquí son así, que nadie reconoce sus dolencias y no se tiene la sana costumbre de enfermar. De enfermar como Dios manda, quiero decir, con fiebres, jaquecas o melancolías, porque aquí tanto los hombres como las mujeres son muy rústicos y aguantan trabajando sin talento y sin reposo, con poca higiene y alimento justo, hasta que no pueden más y entonces ya es para emprender camino al camposanto. Que se lo digo yo, que las personas son como los animales, igual que ocurría con el pura raza andaluz del general Marco de Bello y el macho romo de mi marido, que en paz descansa. El primero a todas horas repasando los cascos en el herrero, comiendo granos de avena y heno de alfalfa, cepilladas crines y cola y a la hora de la verdad, cuando no tenía cólico era una infosura, o la rozadura de las cinchas, o la ranilla podrida, mientras que el burdégano de mi difunto marido andaba descalzo, comía broza y no se lavaba ni cuando llovía y ahí estaba, a todas horas con los serones a cuestras, cargando las piezas de artillería monte arriba y monte abajo sin fallar un día, hasta el día que falló, que fue para decir adiós sin un mal rebuzno de dolor, todo lo contrario al caballo del general que, renqueando y renqueando, sobrevivió a su amo y a sus guerras y no me haga usted jurar que su pellejo aún no lo han catado los buitres. ¿Entiende lo que le quiero decir, don *Pedre*? Que a mi ver estar enfermo es la mejor garantía para prevenir la enfermedad, la otra, la de verdad, la mala, la

definitiva. Por eso le digo a la Chica que se cuide, que si le hace bien el brebaje de las fiebres que lo tome, pero que si al final es epilepsia pues que adelante con ella, que no se la aguante. ¿Es así o no es así, don *Pedre*? Así será, si usted lo dice, se encogió de hombros el boticario, pensando que entre la palabrería de la mujer y el desasosiego que le provocaba la presencia de su nieta y la forma en que le miraba, mezcla de timidez y curiosidad, era él quien estaba a punto de enfermar.

La segunda vez que la Chica Natividad entró en la botica lo hizo sola. ¿Se acuerda usted de mí, don Pere?, preguntó sin atreverse a cruzar el umbral de la puerta. ¡Como para no acordarse de esos ojos! Las palabras escaparon de la boca sin contar con el consentimiento de Francesc Casals y fueron a estrellarse en las mejillas de la joven para teñirlas con un rubor de pétalos de rosa abierta al sol del mediodía.

## VII. AGONÍA

RÁFAGAS DE VIENTO se cuelan en el patio arrastrando copos de nieve helada que se posa sobre mis ojos. El cuerpo todavía conserva el calor suficiente para derretirlos, formando lágrimas falsas que se deslizan lentamente hacia mis sienes.

Hace frío, pero el Raidera no cierra la puerta. Desde el suelo, tumbado boca arriba, no llego a verlo, tan sólo distingo livianas telarañas deshilachadas agitándose entre las vigas del techo, de las que cuelgan espesas colas de raposas, ramilletes de plumas de urraca y pieles secas de diversas alimañas. Lo imagino inmóvil, petrificado con la escopeta entre las manos, balbuceando excusas ininteligibles, hasta que siento cómo sacude mi cuerpo inerte tratando de reanimarme. Primero las piernas, luego los hombros, los brazos, las manos, el costado, el costado, el

costado... ¡No puedo creerlo! El homicida se desahoga dándome patadas a la altura de los riñones al tiempo que maldice su suerte y me insulta, como si fuese culpa mía encontrarme en esta situación.

El ruido ensordecedor del disparo en el zaguán todavía retumba en mis oídos y apenas logro entender lo que dice más allá de los juramentos que escapan con rabia de su boca, acompañados de gruesas gotas de saliva densa y tibia que me salpican la cara. Las babas del Raidera huelen a sirle, a tabaco de picadura y a vino agriado. El asco vence a la indolencia de la agonía y una arcada trae hasta mi boca restos del almuerzo que escapan con fuerza entre estertores. La mezcla de leche de cabra, achicoria y pastas de cabello de ángel horneadas por doña Purificación me embadurna el rostro y las solapas del gabán. La violencia del vómito asusta al asesino, que se aparta de mi lado gritando y dando saltos como un crío enrabiado. Por un momento cesan las patadas, pero es sólo una tregua antes de coger la escopeta y liarse a culatazos contra mi cabeza. ¡Muérete ya, cabrón! ¡Deja de moverte, sarnoso! ¡Que te mueras te digo, hijo de puta! Me golpea hasta caer rendido.

Sentado sobre el suelo lía un cigarro, lo enciende con la mecha del chisquero y lo consume en tres caladas largas y profundas que le hacen toser y escupir sobre sus manos, con ellas limpia la sangre de la culata y la seca con la manga de la chaqueta, se levanta, se suena la nariz entre el índice y el pulgar y estampa los mocos en el pantalón. Habla para sí

mismo. Los remordimientos o el asco le impiden mirarme. ¡Qué harto me tienes Cincojos! ¡Hasta muerto tienes que dar por el culo! ¡Estarás contento, que ya me has jodido la cacera!, dice antes de agarrarme por los pies y arrastrarme hasta la calle.

El petate amarrado a mi espalda se engancha en el escalón de la entrada y atrae la curiosidad del Raidera.

¡Vamos a ver que me has traído, Cincojos! Lo arranca de un tirón y lo vacía volcándolo sobre el suelo. Ropa, útiles de aseo y libros caen a mi lado. Nada de su interés, salvo los tres billetes de cincuenta pesetas que asoman entre las páginas del libro *Memorias de un revolucionario* de Piotr Kropotkin. Se apresura a recogerlos sin prestar la menor atención al contenido de las páginas que los cobijan.

Guardé el dinero en el octavo capítulo de la primera parte de la autobiografía del anarquista ruso, donde el autor recoge un triste episodio de su infancia en el que se mezclan el amor, el dinero y el ejército, tres aspectos comunes a las últimas semanas de mi vida, aunque difiera el orden de los acontecimientos.

Narra la historia del sastre Andrei, siervo de Alekséi Petróvich Kropotkin, príncipe de Smolensk y padre del pensador libertario, que quiso negociar su libertad a cambio del pago de una renta anual a su señor, para así poder contraer matrimonio con la criada de un vecino del príncipe,

ya que según la ley, si aquél autorizaba el casamiento de la sirvienta con otro de sus criados, como tenía planeado, la joven pasaría a ser también de su propiedad. Dado que el noble no aceptó la oferta del sastre, los enamorados acordaron servir de padrinos en un bautismo, compromiso religioso que según la iglesia rusa impedía que ambos pudiesen contraer matrimonio. En represalia por el ardid empleado, el príncipe Kropotkin envió al sastre a la caja de reclutas, en una época en la que el servicio militar no era obligatorio, sino que se reservaba a los siervos escogidos por nobles y comerciantes como contribución a las levadas de los zares. Durante los veinticinco años que debían permanecer los reclutas en el ejército sufrían toda clase de castigos y malos tratos en unas condiciones de vida miserables.

Nada de la terrible historia que guarda la letra impresa despierta el interés del Raidera. Todos sus sentidos están al servicio de la avaricia despertada por los billetes y, venciendo el asco, husmea en el interior de los bolsillos de mis pantalones manchados de sangre y vómito. Mira decepcionado el duro de plata, las nueve pesetas con la efigie de Alfonso XIII niño, y las tres monedas de dos reales recaudadas. ¡Ni *pa* hacer dineros vales, Cincojos!

A pesar del comentario despectivo, el inesperado hallazgo le cambia el humor. Esto *pa* el entierro, murmura con sorna mientras guarda el botín en una caja de cartuchos colocada sobre una repisa de la pared. Silbando vuelve a agarrarme por las piernas y me arrastra hasta la calle.

El resplandor de la nieve me ciega un instante, justo antes de apagarse definitivamente la luz de la vida.

## VIII. BARCELONA, 12 DE AGOSTO DE 1909

QUERIDÍSIMO SOBRINO:

Tanto a tu tía Neus como a mí, nos proporcionó un gran alivio y una alegría indescriptible recibir noticias tuyas. A pesar de la serie de desagradables avatares que se sucedieron en tu viaje y que con tanto detalle y gracia nos relatas, celebramos que finalmente llegases sano y salvo a tu destino, pues sabemos que allí podrás permanecer tranquilo y seguro hasta que se restablezca la normalidad en nuestra ciudad y en nuestras vidas, aunque sea sin el apoyo que a buen seguro te habría proporcionado mi colega y amigo Román Pitarch.

Me resultó extraño no recibir su contestación tras enviarle el telegrama en el que le pedía que te aceptase como

aprendiz en la botica, aunque sin detallarle los motivos por los que recurría a él, pero después de leer tu carta la incertidumbre mudó en desconcierto y he pasado todo este tiempo tratando, sin éxito, de recabar alguna información sobre su paradero.

Curiosamente ni su hermana Rosita, que vive en L'Hospitalet, ni los amigos comunes con los que he podido contactar tienen noticias de él desde hace semanas. Es más, creo que mis pesquisas han tenido el efecto contrario al deseado y tan sólo han servido para despertar la inquietud de sus allegados, por ello te agradecería que me pusieses al corriente de las novedades acontecidas, bien sea notificando la buena nueva de su regreso o, de no ser así, cualquier pista que nos oriente a dilucidar los motivos de su marcha y el destino más probable, pues con los antecedentes de una vida disoluta como la que llevó en Barcelona se podría esperar cualquier cosa y ninguna buena, por más que desde que salió de la ciudad, hace ya más de un año, huyendo de los escándalos en los que se vio implicado, no haya vuelto a dar muestras de su comportamiento libertino. Bien al contrario, los pocos que lo han visitado desde entonces aseguran que parece otro hombre, más ponderado y respetable en sus ademanes y en sus acciones, incluso hablan de una probable curación de su enfermedad asociada a la separación de los ambientes depravados que solía frecuentar.

Te ruego que me mantengas informado, porque desde la distancia, y considerando la situación que se está viviendo

en Barcelona, resulta imposible emprender ninguna búsqueda, máxime en aquellos barrios de dudosa reputación por los que a Román le placía perderse y donde, con algo de suerte, podría dar con alguna de sus antiguas amistades que, probablemente, todavía mantengan una relación con él, aunque sea simplemente de forma epistolar.

Cambiando de tema, imagino que por la prensa o por otros medios ya habrás recibido información de las desastrosas consecuencias que ha tenido la huelga general alentada por tus amigos anarquistas y sus aliados del Partido Republicano Radical, que sacaron a la gente a las calles sin una consigna ni un objetivo definido, por lo que la situación derivó en un caos tan desproporcionado como previsible. Ardieron conventos, colegios de órdenes religiosas y otros edificios públicos. Se sabe que también hubo víctimas mortales, incluso algún diario las ha cifrado en decenas de civiles, avalando con tales datos el apelativo de Semana Trágica con el que empiezan a referirse a este turbulento episodio.

Poco a poco vamos conociendo los efectos de la algarada y la contundente respuesta del Gobierno, que se inició con la toma de la ciudad por diez mil soldados el pasado veintinueve de julio.

Desde ese día se han sumado más de un millar de detenciones, principalmente de líderes y simpatizantes anarquistas, para los que se habla de condenas ejemplares que van del destierro a la cadena perpetua, sin descartar la

aplicación de la pena capital para aquellos en los que quede demostrada su implicación como promotores del motín.

Tu padre, que en paz descanse, al regresar de Cuba, siendo consciente de la gravedad de su enfermedad y de tu inminente orfandad, me encomendó la tarea de cuidarte hasta hacer de ti un hombre de provecho. Él, desde donde quiera que esté, sabe bien que he procurado cumplir sus deseos tratándote como al hijo que nunca tuve, facilitándote la formación académica que tú elegiste, incluso animándote a iniciar los estudios de farmacia una vez que terminases los de magisterio, pues ya sabes lo que dice el refrán sobre el hambre y el maestro de escuela, pero por más que ya seas un hombre adulto, responsable de sus actos, me siento en la obligación de seguir velando por tu seguridad y tu integridad, por ello te ruego encarecidamente que permanezcas en Villarluengo, al menos hasta finales del año, manteniendo la máxima discreción posible en cuanto a tu origen e ideales políticos.

Si todavía no se ha aclarado el malentendido respecto a tu titulación, no lo desmientas. Evita en lo posible tratar asuntos profesionales con el médico del pueblo, y si te pregunta por tu paso por la universidad recurre a mi anecdotario, cuéntale alguno de los episodios jocosos que tantas veces te he repetido mientras preparábamos fórmulas magistrales en la rebotica, háblale de los profesores que te hablé y critica las asignaturas que yo critiqué. Al fin y al cabo, el paso por las aulas difiere bien poco de una

promoción a otra y ni siquiera cambian los apellidos de los titulares de las cátedras, que se perpetúan generación tras generación, como si formasen parte de la herencia familiar.

Confío en que con los conocimientos que adquiriste a mi servicio y con la ayuda del sucinto vademécum manuscrito que adjunto a esta misiva, podrás hacer frente a la mayor parte de las consultas. También encontrarás recetas para elaborar unguentos eficaces contra las enfermedades de la piel y en concreto para tratar el eritema provocado por el contacto con los fardos de lana.

De todos modos, en caso de duda, recuerda los placebos de miga de pan que, atendiendo al poder de la sugestión, podrán serte útiles ante cualquier dolencia mientras me llega tu consulta y te remito una respuesta, ya que nuestra comunicación pudiera demorarse en el tiempo teniendo en cuenta que la ciudad todavía no ha recuperado la normalidad y el correo, entre otros muchos servicios, sigue repartiéndose con retraso y de forma deficiente.

Atentamente, tus tíos.

Remigi Casals

Neus Espona

## IX. UN ROMANCE

DADO QUE DON Román Pitarch estableció la costumbre de llevar personalmente las medicinas de la Chica Natividad hasta la masía donde vivía la joven, junto a sus padres y sus siete hermanos, a nadie extrañaría que su sustituto procediese de un modo semejante. A esta conclusión llegó Francesc Casals, tras largas reflexiones, antes de decidirse a emprender la visita que le permitiría reencontrarse con la principal causa de sus desvelos, por encima de los quebraderos de cabeza que le procuraba cada día la farmacia y su escasa preparación para atenderla, o más allá de la incertidumbre asociada a su condición de prófugo, incluso más apremiante que la curiosidad por conocer la suerte que hubieran podido correr sus compañeros anarquistas tras la represión policial y del ejército al finalizar la huelga general.

Marchó con la remota esperanza de que un nuevo

encuentro bastase para aliviar su turbación, pero en realidad sólo sirvió para confirmar sus sospechas de un inesperado, inoportuno y poco recomendable enamoramiento.

Había supuesto que la imagen sublime del primer encuentro acabaría por desvanecerse al ver a la joven en su propio entorno, desaliñada y sometida a un ambiente campesino, tosco, embrutecido y particularmente viril, pero no fue así.

La compostura elegante de la Chica Natividad cuando salió a recibirle en el zaguán de la masada derribó cualquier prejuicio. Su piel blanca desafiando al ardiente sol de agosto, a la ceniza de los fogones de la cocina y al polvo arremolinado en la era; el orden de sus cabellos y la aceptable pulcritud de su vestido a pesar del trajín de la casa y el corral; la finura de los dedos inmunes a la aspereza del jabón de manteca y al agua hiriente y helada del riachuelo, donde lavaba las mudas de los varones y los pucheros de cocina; la fragancia fresca que exhalaba a cada paso diluyendo los olores de un mundo que apestaba a tomillo, a leña de carrasca y a orín de oveja; todo en ella era atractivo, pero si algo le sedujo definitivamente, fue su interés por la letra impresa, la avidez con la que leyó las cajas y los prospectos de los cosméticos, la soltura y la cuidada entonación al repasar la nota manuscrita por el boticario en la que se detallaban las modificaciones en la pauta de administración para la mixtura que habría de sanarla.

Un detalle nada banal que ponía en evidencia sus inquietudes por cultivar la inteligencia y el espíritu más allá de la zafiedad que la rodeaba.

Indagando sobre su instrucción, la Chica Natividad le informó de que había asistido con regularidad a la Escuela de Niñas de Villarluengo desde los seis a los doce años, donde aprendió lectura, ortografía y las cuatro reglas, más espoleada por la amenaza de la vara de la maestra que por estímulo de la curiosidad. El resto de sus conocimientos sobre historia, geografía, ciencia y religión –nada del otro mundo, según ella misma se apresuró a matizar–, se los debía al empeño de su abuela, no porque ella se los hubiese transmitido directamente, sino porque puso a su disposición todos los libros que la Señora, prima hermana del Marqués de Tamarit, había reunido en su casa de Villarluengo y siempre que iba a visitarla insistía en que le leyese un rato, de modo que con aquella sutil estrategia fue despertándole el interés por la lectura, al tiempo que aumentaba sus conocimientos. Lamentablemente, como don Pere podía comprobar, había pocas personas próximas, por no decir ninguna, con las que compartir esas inquietudes, reconoció la Chica Natividad mostrando una sonrisa resignada y franca que nada tenía de coquetería, a pesar que en el corazón de Francesc Casals produjese el efecto seductor de un guiño lascivo.

Definitivamente aquella muchacha era una joya delicadamente tallada por la determinación y perseverancia de

doña Purificación, decidida a hacer de su nieta una auténtica dama. Un trabajo loable que no debería ser desaprovechado, sino adecuadamente encauzado para lograr unos fines más elevados y fructíferos que un casamiento ventajoso, como pretendía su abuela.

A la atracción física y el apego sentimental que la Chica Natividad despertó en Francesc Casals, se sumó por un instante un fogonazo nacido de sus ideales anarquistas y de su formación pedagógica. Esa muchacha era todo un ejemplo de la eficacia de la educación al margen de los sistemas tradicionales, donde los niños aprenden solos, en contacto con la naturaleza y sin necesidad de lecciones. Como dijera su admirado Ferrer y Guardia, director de la Escuela Moderna abierta en el número 56 de la calle Bailén de Barcelona, hasta su cierre en 1906 por presiones de los jesuitas: lo que el niño ignore en gramática, en historia, en botánica o en álgebra, podrá aprenderlo después, si quiere. La desgracia irreparable para él es perder en clase su entusiasmo juvenil; es conocer el tedio y el temor diario durante años; es ignorar la alegría que se experimenta al sentir que se llega a ser más fuerte, más ágil, más diestro, más inteligente.

El destino había puesto a esa joven en su camino para permitirle completar su formación, para derrumbar con el ariete de la razón los muros del dogma impuesto, para hacer de ella el paradigma de la educación libertaria que despertase las conciencias adormecidas de tantas mujeres

analfabetas por acuerdo tácito de los varones, por la fuerza de la costumbre o incluso por propia convicción. Natividad sería la pionera de una Escuela Moderna encargada de renovar e iluminar los pequeños pueblos, donde se perpetúan las actitudes más conservadoras y oscurantistas de la sociedad española. Con tan altos ideales enmascaraba Francesc el prosaico interés de repetir sus encuentros con una mayor frecuencia que la que le proporcionaría el escaso contenido de los frasquitos de cosméticos y la poción antipirética. Así se lo propuso el aprendiz de boticario a la Chica Natividad, que agradeció de corazón el ofrecimiento, aunque sin comprometerse a asistir a sus clases de una forma regular, dado lo inusual de la propuesta, a pesar de que al responderle evitó tal comentario y sólo se refirió a las muchas obligaciones domésticas que absorbían su tiempo.

Francesc Casals regresó radiante al pueblo, como si su probable participación en la formación cultural de la nieta de doña Purificación representase un compromiso en toda regla. Nada hubiera turbado esa pueril alegría de no haberse topado en el camino con Aurora, la sacristana, que andaba por las cunetas comiendo brotes de enebro a dos carrillos, como si se tratase de una cabra. Su simple presencia, oscura y enjuta, resultaba inquietante, casi aterradora cuando se plantó delante de él de un salto, obligándole a frenar al tiempo que giraba el manillar de la bicicleta para no atropellarla:

–¡Señora!

–¡Ya lo sabe! –dijo la sacristana con tono de advertencia. Hablaba dificultosamente, con la lengua y las encías tapizadas de agujas de enebro.

–¿Cómo? –preguntó él sin comprenderla.

–Él ya lo sabe.

–¿Quién sabe qué?

–¡San Cristóbal! ¿Quién va a ser?

–¡Ah!

–Lo dijo San Lucas: «No hay cosa oculta, que no haya de ser manifestada; ni cosa escondida, que no haya de ser entendida, y de venir a la luz».

Francesc Casals recordó la advertencia de su patrona respecto a la salud mental de Aurora y quiso dar por concluida una conversación de la que nada coherente cabía esperar. Con la puntera del zapato alzó el pedal de la bicicleta para retomar la marcha, pero la voz de la mujer lo retuvo.

–Él ya lo ha visto. Con la Chica Natividad. Hablando. A solas. Porque usted sea sabedor se lo digo.

No le miraba a él, sino a algún punto perdido en el horizonte. Parpadeó, como si recobrase la conciencia tras un

breve éxtasis y regresó a la cuneta a seguir mordisqueando hierbajos.

Al entrar en la botica doña Purificación ya le estaba esperando, fregando a deshora las baldosas del suelo, innecesaria excusa para conocer los pormenores del encuentro entre la Chica y su inquilino.

Francesc Casals redujo la información al buen estado de salud de su nieta y una breve mención a su interés por recibir algunas clases de gramática, álgebra y ciencias, pero no ahorró detalles al describirle la aparición de la sacristana a su regreso y la profunda impresión que le había causado.

–Ni caso, don *Pedre* –rió la mujer–. Como su hermano es tan alcahuete o más que ella y siempre anda contándole chismes, a la pobre Aurora se le ha metido en la cabeza que si sabe tantas cosas sólo puede ser porque está en varios sitios al mismo tiempo, como los santos, por eso se empeña en repetir que es la reencarnación de San Cristóbal. ¡Qué disparate! ¡El Raidera convertido en santo! ¡Si es más malo que el sebo de las ratas!

## X. DESPOJOS

ME HABÍAN DE VOLVER loco los putos mecos, venga a bramar y venga a bramar, ciegucecicos con la *golor* de la sangre, como si ya la hubiesen *catao* antes y no pudieran pasar sin ella, *asín* que volví a la cuadra *pa quitales* las ganas de berrear a bastonazos y de estas que me encuentro al más *chicuto* lamiéndose los ollares y babeando encima el pesebre, venga a bramar y venga a bramar, y al más gordo, que se había *soltao* del ramal, dando saltos y coceando al aire todo *emocionao* mientras removía el montón de estiércol en el que estaba envuelto el Cincojos, hasta dejarlo a la vista *pa disputarse* su *propiedá* con las gallinas, que ya andaban picoteando las tripas y desparramándolas de aquí *pa'llá*.

A mi ver que no fue buena idea guardar al muerto en la cuadra *pa quitámelo* de en medio, por más que pensase que debajo del fiemo no se notaría la *golor* de la podredumbre

mientras se iban consumiendo las carnes y los *güesos*. Espanté a las pitas, até el meco suelto al pesebre, espolsé la paja del Cincojos con un saco y arrastrándolo de los *pieses* volví a subirlo escaleras arriba.

La cabeza le bailaba al buen tuntún, contando los escalones con unos golpes secos que me *regolvían* las tripas y, *pa* darme más mala gana, la boca se le abría y se le cerraba a cada porrazo haciéndole castañetear los dientes como si tuviera miedo o estuviese *helao* de frío.

Colgada de la pared estaba la corbella y me dieron tentaciones de cogerla *pa* separarle de un tajo la sesera del resto del cuerpo, pero bien *pensao* era lo que les faltaba a los mecos que aún seguían con la suya, venga a bramar y venga a bramar reclamando sangre, y a las pitas que venían detrás armando revuelo con su co co cooo, así que *pa* no oír los golpes subí el último tramo cantando una jota con todas mis fuerzas, pero la jodida *cabecica* parecía que se conociese la letra y esperaba al remate de cada estrofa *pa* golpear un nuevo peldaño, marcando el ritmo como un guitarrico *desafinao* pom po pom po pom popom. A poco más acabo pringando la corbella, pero entre que me decidía o no a descolgarla, cuando quise darme cuenta ya estaba en la calle.

El sol ya se había escondido trasponiendo las montañas, pero el blanco de la nieve cubriéndolo todo reflejaba la luz de la luna con tal fuerza que las cosas se veían aparecidas al

pleno día y podían distinguirse con *claridá* las discusiones de los grajos que volaban de un *lao* a otro escogiendo las ramas de los pinos *pa* pasar la noche, las yeguas cerriles del Ayora rebuscando alguna broza que llevarse a la boca entre los montones de hielo, la *zorrica* amagada tras las sabinas esperando a que le dejase el camino despejao *pa* colarse en el gallinero, la galga del Mudico de la Serna revolviéndose en la nieve *pa* calmarse las picores de la lomera y a su dueño cargando con la bicicleta rota del Cincojos que, al darse cuenta de que lo había *calao*, aceleró el paso sin saludar.

Que *ma'avía columbrao* desde *ahí'rriba* era cosa segura, así que soltando los *pieses* del Cincojos me llevé los dedos a la boca y me lie a chiflarle con todas mis fuerzas, sin pararme a pensar que el pobre muchacho, *amás* de mudo, se quedó sordo cuando pasó las paperas. El eco devolvía mis chiflos y mis voces sin que el Mudico se volviese *pa* mirarme. ¡Quiá! *To* lo contrario, que cada vez *encorría* más deprisa loma arriba, buscando refugio entre los pinos y las carrascas, camino de su masico.

Me había de hacer *muchismo* duelo, eso ya lo sabía yo, pero el chaval no me estaba dando otra *oción*, así que entré en el patio y descolgué la escopeta.

Menudo tute llevaba el gatillo *pa* no haber salido de caza.

## XI. PRIMERA LECCIÓN

CERRAR LA FARMACIA aquella tarde estaba perfectamente justificado. Durante el mes de agosto, las calles del pueblo se quedaban vacías durante las horas de siesta, tasca, siega o costura, hasta que cedía la fuerza del sol. Además, no iba a salir de la casa y ante una urgencia cualquiera podría localizarle. Por otra parte, no todos los días iba la Chica Natividad a visitar a su abuela y fue ésta, indudablemente, la principal causa del cambio de horario.

La muchacha había llegado antes de mediodía, con una cesta cargada de sábanas, manteles y camisas para remendar. Doña Purificación, a pesar de los años, todavía conservaba buena vista y mejor pulso para coger los puntos sueltos y hacer unos zurcidos inapreciables.

Mientras las mujeres anduvieron entre hilos, agujas y pucheros, a Francesc Casals se le hizo la jornada interminable. Los escasos clientes y la falta de trabajo en la rebotica le obligaron a mantener una lucha permanente contra sus impulsos por forzar un encuentro anticipado al momento de la comida, con el que hubiese puesto de manifiesto su impaciencia.

Alrededor de la mesa, doña Purificación cargó con el peso de una conversación intrascendente y desordenada sobre triviales preocupaciones domésticas y maliciosos chismes relativos a personajes habituales del pueblo y los alrededores. Con tales asuntos y a pesar de sus mutuos esfuerzos, ni la mujer consiguió que su inquilino pudiera incorporarse a la tertulia, ni él supo cómo desviarla hacia algún tema común en el que pudiesen participar todos los presentes. El aprendiz de boticario daba por perdida la oportunidad de prolongar la sobremesa con la nieta de su casera cuando, en el último momento, después de haber recogido los platos y los cubiertos, la Chica Natividad se le acercó para ofrecerle una copita de licor digestivo y entregarle su inesperado regalo:

–Si le parece bien y dispone de tiempo, podríamos leer juntos un rato para repasar el vocabulario y la gramática.

Un torpe tartamudeo suplió la respuesta de Francesc y doña Purificación tomó la iniciativa:

–Claro que sí, hija. Don *Pedre* siempre lee un rato a la hora de la siesta y seguro que no tiene inconveniente en hacerlo acompañado.

–No, no. Me parece una idea estupenda –se apresuró a confirmar, sin poder evitar que un inoportuno rubor acudiese a sus mejillas.

–He traído un libro que la Señora, que en paz descansa, le regaló a mi madre. Si le parece...

La Chica Natividad buscó en el fondo de la cesta de la ropa recién zurcida y le acercó un libro de gruesas cubiertas de cuero: Vida de San Luis de Gonzaga, patrono de la juventud. Él, asumiendo su papel de maestro, lo cogió entre las manos y pasó las hojas sin saber qué decir. Sus ojos se posaron en la primera página, donde se mencionaba al autor: Virgilio Cepari. S.J... ¡Societas Jesu! ¡Un jesuita! Evidentemente el título no escondía una sátira sobre la formación religiosa de los jóvenes, sonrió para sí.

–¿De qué se ríe? –preguntó inocentemente Natividad.

–No me reía, simplemente pensaba que... –titubeó Francesc Casals, buscando una fórmula para que su rechazo a la obra no resultase demasiado evidente–. Seguro que lo ha leído tantas veces que hasta puede citar algunos párrafos de memoria.

La Chica Natividad asintió halagada.

–En tal caso, creo que ha llegado el momento de variar el repertorio de sus lecturas –se animó el profesor– ¿Qué le parece si empezamos una obra nueva?

–¿De qué trata?

–Sólo le adelantaré que es algo muy distinto a todo lo que ha leído hasta ahora. Si me disculpa un momento...

Casals subió emocionado a su habitación, un cuarto de techos altos y muebles vetustos. Sobre la mesita de noche y la cómoda se amontonaban hornacinas de santos cerradas y cirios apagados, sin apenas espacio para nada más. Los pocos libros que pudo incluir en su exiguo y precipitado equipaje al salir de Barcelona, junto a algún otro que había tomado prestado de la habitación del desaparecido Román Pitarch, se apilaban en un rincón, a los pies de la cama. Cogió la *Cartilla filológica española*. Primer libro de lectura, publicado por la Escuela Moderna en 1903 y buscó el capítulo dedicado a la Humanidad, escrito por Paraf-Javal, seudónimo del francés Georges Mathias, profesor de ciencias, artista gráfico y activista libertario.

Antes de cerrar la puerta miró a la pared. El Cristo anacarado volvía a resplandecer clavado en una cruz de madera oscura sobre el cabecero de la cama. Sonrió imaginando a doña Purificación moviendo los muebles, subiéndose a una silla y colocando una nueva escarpia para sujetar el crucifijo. Pensó que la batalla secreta que habían

iniciado no tendría fin hasta que se deshiciese de la imagen, pero ese gesto podría resultar desproporcionadamente violento y no quería contrariar a la patrona hasta tal punto. Mucho menos si quería conservar alguna posibilidad de avanzar en la relación con su nieta.

Su regreso al comedor interrumpió la conversación que las mujeres mantenían entre susurros. Era evidente que doña Purificación había aprovechado su ausencia para darle algún tipo de indicaciones a su nieta y no le desagradó haber sido el centro de sus pensamientos durante unos minutos.

–Empezaremos por aquí, Natividad, por la primera sesión, donde dice «Las transformaciones del Universo» –le entregó el libro abierto, señalándole con el dedo índice el título del capítulo.

La Chica Natividad miró la portada y dio un rápido repaso a las primeras páginas, dedicadas al abecedario, la caligrafía, los signos ortográficos, nombres, adjetivos, preposiciones... en apariencia una inocente cartilla infantil. Se aclaró la garganta con un ligero carraspeo antes de iniciar la lectura.

En boca de la joven el diálogo entre un mozo de doce años y su tío, acerca del origen del Universo, adquiriría matices de una inocencia enternecedora:

Mi sobrino es un tipo extraordinario. Es ya un mozo, pues tiene doce años. Desea saber todo en un momento y cuando

no se lo explico rápidamente, se enfada.

Ahora llega, escuchad:

–¡Buenos días, tío!

–¡Salud, hijo mío!

–Hay algo que no comprendo. ¿Quieres decírmelo?

–Venga esa consulta.

–Allá va, pues: ¿por qué existe el Universo?

–¡Vaya una pregunta!

–¡Eso digo yo! –exclamó doña Purificación– ¡Demonio de crío, menuda preguntica!

–¡Abuela, por favor!

–Continúe, Natividad –sonrió Francesc Casals disfrutando en su papel de maestro y satisfecho de haber logrado captar la atención de las mujeres con la lectura escogida.

–Te extraña, ¿eh? –continuó la Chica Natividad– Te pregunto: ¿por qué existe el Universo?

–¿Por qué no había de existir?

–¡Bah! Eso no es una respuesta.

–¿Quieres otra?

–¡Claro está!

–Déjame en paz.

–Te creía más instruido. Así puede responder cualquiera.

–¡Tiene razón el chaval! –interrumpió nuevamente doña Purificación– ¡No era tan listo el tío! Que le explique lo que dice el Génesis de cómo creó Dios el mundo en seis días y al séptimo descansó.

–¡Abuela...!

–A ello vamos –adelantó el boticario–. Continúe, Natividad.

La Chica carraspeó nuevamente y prosiguió con la lectura:

–Escucha: te diré la verdad; pero a condición de que *vayas a jugar y me dejes tranquilo*.

–Convenido.

–Pues el Universo existe porque existe; puedes estar seguro de que no existiría si no existiese.

–¡Te basta con hacer constar el hecho!

–Sí, hijito.

–¿No te da cavilaciones el origen del mundo?

–Sería preciso entenderse sobre el significado de la palabra «origen». Hablando con propiedad, el hombre no ha visto jamás comenzar nada. Observa las transformaciones de la sustancia, es decir, de la materia y de la energía, pero no ve salir algo de la nada. Un ser que empieza continúa a sus antepasados.

La muchacha se detuvo, meditando el significado de las palabras que acababa de leer. Materia y energía eran para ella términos novedosos y la rotundidad de la afirmación sobre la ignorancia humana ponía en duda los principios asentados en otras lecturas.

–Continúe, Natividad. –la animó Francesc.

Ella tomó aire:

–Según eso, hay que suponer que la materia y la energía han existido siempre.

–Sí, y además que esa materia y esa energía, aunque transformándose sin cesar, se conservan íntegras sin aumento ni disminución.

–¿Y cómo pueden existir la materia y la energía si no han sido creadas?

–¡Tonto! Si admites que han sido creadas por un creador,

¿quién hubiera creado al creador?

Doña Purificación, que había asistido a la lectura como orgullosa espectadora, acunándose en la mecedora al tiempo que repasaba las sábanas, frenó bruscamente su balanceo y, como si no hubiese entendido la trascendencia del texto ni hubiese escuchado la pregunta blasfema, dio por concluida definitivamente la lectura de su nieta:

–¡Pero hija! ¿Aún no le has dicho a don *Pedre* lo del domingo? Tendrás que invitarlo, para que conozca a los vecinos, ¿no te parece?

–Es verdad, abuela –suspiró la Chica Natividad, aliviada por la oportuna intervención de su abuela–, casi se me olvida. Es que cerca del primer domingo de septiembre los mozos siempre preparan un bureo. Es como una fiesta, se juntan jóvenes de todas las masías y hacen una rondalla para cantar y bailar, ya sabe... Aquí nos entretenemos así. Como no hay teatros ni cines...

Francesc Casals asintió halagado por la invitación, emocionado al saber que pronto tendría ocasión de volver a ver a la muchacha. El maestro debe ser paciente y, de momento, ya había sembrado la semilla de la incertidumbre en el cerebro de su alumna.

## XII. CINCOJOS

LA COCHINADA MÁS gorda es la sangre. El rastro que ha *dejao* el Mudico mientras lo arrastraba monte abajo, hasta la entrada de la masada, se ve a la legua. Ahora me tocará envolverlo con la pala y aun *asín* se ha de notar que alguien ha *estao* removiendo la nieve, porque una *güella* tan *larguisma* y tan *anchuza* no la dejan en el suelo ni los jabalís hozando, ni los perros *juegando*.

*Lo güeno* sería que esta noche cayera otro algarazo como el de antes, *pa* encontrarme a la mañana todo blanco, como si no hubiera *pasao ná*, *asín* que por si es el caso que vuelve a nevar clavaré dos estacas en los hoyos, una *pa'l* Mudico y otra *pa'l* Cincojos, no sea cosa que luego me trompe y me líe a cavar miaja más arriba, miaja más abajo y no dé con el bujero ande están enterraos.

¡Menuda pareja! Es como si los dos, fueran ande fueran, siempre estuviesen de más. Hoy no tenían *q'haber asomao* por aquí ni el uno ni el otro, lo mismo que cuando *me se* presentaron en el bureo. Y eso que el Mudico, del mal de menos, tenía *to* el derecho del mundo a salir *pa* alternar y recrearse, que al fin y al cabo nació y vivió en la masía de la Serna y no era ni más ni menos que cualquiera de los nuestros, aunque no nos acompañase al cantar coplas ni a la hora de contar chascarrillos. Normal, siendo mudo. Lo único es que de un tiempo a esta parte ya *m'andaba* jodiendo, porque desde que se *encorrió* la voz de que lo que le faltaba de lengua le sobraba en la entrepierna ya no te podías fiar. En cuanto que lo perdía de vista ya *me se* ponía un nudo en el pecho y *me se* llevaban los demonios pensando qué andaría haciendo el *desgraciao*. Porque la fama del badajo de un sitio u otro habría salido, bien de alguna descarada que lo cató y luego se dedicó a airearlo por ahí, bien de alguno que lo vio orinando y se quedó *asombrao* por la talla que calzaba, o bien de él mismo que se hubiera *encargao* de contarle en cuanto tuviese ocasión, porque mudo bien mudo que era, de no decir ni pío, pero hablar a su manera bien que le gustaba, sobre *to* si era cosa de darse pisto, y entre gruñidos, aspavientos y silbidos, a la definitiva no había nadie que no se dase por *enterao* de lo *güenismo* que era con los cepos, de la mano que tenía *pa* entrenar a los perros de la trufa, de lo rebién que curtía las pieles y a lo que se ve, de un tiempo a esta parte, de la *cantidá* de *satisfaciones* que les daba a las mozas por las eras. Pues nada Mudico, tú te lo has *buscao*,

que como dice un refrán, cuando el río suena agua lleva, y como dice el otro, a lo hecho pecho, así que uno menos. Por más que me haga una miaja de duelo no volver a *vete* colocando los lazos por el altozano y *espeletando* zorras colgadas de un rebollo, ya tienes lo que te merecías por *alcagüete*.

Pero *pa* metomentodo el otro *alelao*, que hasta el más *inorante* sabe que los bureos son *na* más que *pa* la gente de las masadas y aún *asín*, en cuanto llegamos a la masía de la Giganta, allá que me veo al Cincojos *sentao* en un poyete al *ladico* la puerta, con el porrón de vino en una mano, el cigarro en la otra y sin quitarle ojo a la Chica Natividá, mientras ella le ofrecía rosquilletas y tortas de alma en una banasta. Hasta un gallo *me se* escapó de la impresión que me dio encontrármelo ahí. A mí, que jamás he *desafinao* una nota por mucho que *prete* el frío, ni por más que abuse del aguardiente, casi me escacha la copla el abanto del boticario.

–¿Q’hace ese ahí? –le pregunté al mayor de los hermanos de la Chica Natividá.

–¡Mia tú qué *me sé* yo! Cosas de la *agüela* –respondió señalando a la Purificación, que nos miraba asomada al ventanuco de la cocina.

La Marquesa de Mierdafrita, cómo no, metiendo las narices ande no la llaman, dale que dale en su empeño de arrejuntar a la nieta con algún pollo de la capital, porque se

piensa que un masovero no es bastante *pa* ella, y mucho menos si es de los Raideras, que no sé de ande le viene a la vieja la tirria que le tiene a mi familia.

Si no fuese porque la Chica Natividá me tiene *encelao* como un borrego en el mes de setiembre, se merecía la Marquesa que un señorito de esos que tanto admira le empreñase a la nieta *pa* luego dejarla plantada, a ver si escarmentaba, por enredadora. Que a lo peor era en eso en lo que podía haber *acabao* la gracia de invitar al Cincojos, porque el modorro del boticario ya estaba bien *informao* de lo que se cuece en los bureos. A ver si no, a santo de qué, íbamos a encargarle dos días antes que nos preparase unos *frasquicos* de calentaburras. Pero éste, como todos los de su profesión, primero hace como que no sabe de qué le están hablando y luego a negar la mayor diciendo que ese brebaje ni *existe* ni ha *esistido* nunca, que sólo son fantasías de los hombres fogosos, imaginaciones de mozos *escitaos*. Sí, claro, como somos de pueblo y no tenemos estudios se piensa que somos tontos. ¿Qué otra nos queda? ¿*Matalo*? *Asín* que, al final, volvemos a lo de siempre, a macerar ajedrea, perejil, hinojo y canela, haciendo mezclas hasta dar con la dosis *esata*, como en tiempos de nuestros *agüelos*, mientras ellos en la rebotica preparan las pócimas que de *verdá* ponen en calda a las mozas, *pa* su uso particular. Como si los demás nos chupásemos el dedo.

Ahora que *pa* un pillo otro, y por si se le hubiese *pasao* por la cabeza beneficiarse a la Chica Natividá mientras los demás

nos quedábamos de brazos cruzados, lo arreglé en un santiamén con una sartenada de champiñón silvestre, pero del malo, del amarillo, que este año vino temprano y abundante, como si lo *hubieran sembrado* por el prado. Los cogí la tarde anterior y los guardaba *pa* hacerle una judiada a alguno cuando *me se cruzase*, pero ni tiempo me dio.

¡Hay que *jodese* qué conversaciones más *rarísimas* sacan los señoritos *pa* festejar con las mozas! Cuando me acerqué a ellos, él le estaba calentando la cabeza a la Chica Natividad con cosas de la creación del Universo. Y lo más acojonante es que ella parecía hacerle caso y le preguntaba y le decía esto me *paice* bien y en aquello otro he de llévate la contraria, como si entendiese de qué estaban hablando. *Pa* reírte de las majaderías que soltaba el boticario aún valía la pena escuchar un ratico, pero si te lo tomabas en serio hacía falta cuajo *pa* aguantar semejante monserga, *asín* que me metí en la conversación a la brava, sin pedir permiso ni *ná* a ninguno de los dos.

–Cátelo *usté*, –le ofrecí la sartén con los hongos–, que de esto seguro que no hay en su tierra.

Que cómo no iba a haber, me contesto el cacho mego, si Cataluña entera era un vergel de hongos, lo que pasaba es que eran muy pocos los que apreciaban su valor culinario. Así me respondió, con estas mismas palabras, que yo supongo que venía a decir que había *muchísimas* setas y que a él sí que le gustaban aunque la mayoría de la gente no se

las comía. Tanto me da lo que dijera como lo que *sinificara*, porque la cuestión es que se los zampó y al momentico se le estaba escapando hasta el alma por todos los bujeros del cuerpo.

*Pa* entonces la Chica Natividá ya se había metido en la cocina, no sé si porque aprovechó mi llegada *pa* librarse del tostón que le estaba metiendo el señorito, o por lo que yo me barrunto, que últimamente da la impresión de que me esquiva y se pone nerviosa si se queda a solas conmigo. A lo mejor es que ya se ha *percatao* de que la estoy rondando y le entran los pudores.

Cuando doña Purificación empezó a preocuparse, porque hacía un rato largo que veía a su nieta sola y ya empezaba a pasar apuro pensando que el boticario podía haber corrido la misma suerte que el otro al que le decían Román, con intención de calmarla improvisé una jota, *pa* que le quedara claro en qué menesteres andaba el hombre:

*Los ojos del boticario  
cunden más que los del puente,  
con cuatro mira a las mozas  
y el quinto le alivia el vientre.*

La *coplica* cayó en gracia. Los mozos me dijeron de repetirla un par de veces *pa* cogerle el tono y al momento todos la estaban cantando. A la que no le gustó miaja fue a la Marquesa de Mierdafrita, que no paró de dar la murga

hasta que alguien se condolió del Cincojos, que así empecemos a llamarlo desde ese momento, y la ayudó a cargarlo en una carreta y lo bajó al pueblo hecho un guiñapo, con la piel enrojecida y *plagadica* de sarpullido, la camisa *gomitada* y los calzones *cagaus*, dando *q'hablar* allí por ande pasaba, que al entrar en Villarluengo hasta los zagalicos iban detrás de la burra y el carro gritando: «¡El boticario está borracho! ¡El boticario va *mamao!*» Eso a lo primero, que *deseguida* el dueño de la carreta les puso al corriente de la jota y decían meándose de la risa: «¡El Cincojos está borracho! ¡El Cincojos va *mamao!*».

### XIII. BOTICARIO Y ESCRIBIENTE

EL OLOR INCONFUNDIBLE de fritanga, conserva rancia y ventosidad reciente invadía la rebotica, donde Francesc Casals leía la prensa retrasada que el párroco de Villarluengo hacía llegar a doña Purificación y sus huéspedes, previa aplicación de su particular censura eclesiástica. La cintura de brigadier asomó por la puerta precediendo al rostro de su propietaria, que entró arrastrando su letanía de achaques, en aquella ocasión compartidos con el boticario:

–¡Ay, don *Pedre*, don *Pedre*, que tampoco yo pude pegar ojo en toda la noche! Se lo digo para su tranquilidad, para que sepa que la gente en la calle podrá decir lo que quiera, pero de puertas *adrento* usted y yo tenemos claro que su mal no lo provocó el vino ni la cazalla, sino algo en mal estado que nos dieron en el almuerzo, que si no, a santo de qué iba a pasar yo la noche que he pasado, ensoñando cosas raras y

con una acidez en las entrañas que parecía que el mismísimo ejército de Pedro Botero anduviese desfilando por mis tripas. Pero no se apure, que esto han de saberlo todos los vecinos de *Villalruenglo*, y pienso pregonarlo a los cuatro vientos para restituir la buena imagen de usted y para que sepan qué tipo de gente son esos masoveros, sin un mínimo de higiene ni educación, que a poco nos mandan al cementerio envenenados y para colmo se reían como si hubiesen hecho una gracia.

Doña Purificación se sulfuraba mientras hablaba y un rastro de saliva blanca y pastosa se le iba fijando en las comisuras de los labios, haciendo contraste con el extremo oscuro de los pelos largos y recios de su mostacho. Las manos regordetas se perdieron en el bolsillo del delantal para salir provistas de pluma, tintero y papel:

–¡Pues nada, que vamos a mandarle una carta a mi Cosme!  
–dijo súbitamente recuperada, al tiempo que colocaba los útiles de escritura sobre la mesa y se acercaba una silla.

No preguntó al convaleciente si era un buen momento para interrumpirle, o si se encontraba en condiciones de ejercer como escribano a pesar de su debilidad. Pere Munar, el Cincojos, plegó el periódico, lo arrojó sobre el montón que esperaba el momento de alimentar el fuego bajo, encajó la plumilla, la limpió pasándole los dedos humedecidos con saliva y desenroscó la tapa del tintero. En una España sumida en el analfabetismo, consideraba una obligación, más que

una obra de caridad, poner sus conocimientos al servicio de aquellos que no tuvieron acceso a la enseñanza por culpa de una sucesión de gobernantes corruptos, preocupados en mantener sus privilegios aunque fuese a costa de negar servicios básicos al pueblo.

Un diligente Francesc Casals escribía al dictado.

Mi muy queridísimo hijo de mi alma y de mis entrañas, dos puntos, comienza doña Purificación. Querido hijo, escribió el boticario. Dios misericordioso, nuestra Madre Celestial la Santísima Virgen María, San Bartolomé, nuestro patrón, San Marcos y todos los santos del cielo te guarden y te asistan, continuó la mujer. El boticario simuló garabatear sobre el papel sin llegar a trazar una letra.

En la misiva la madre iba dando cuenta, con largos circunloquios y profusión de detalles, de los últimos acontecimientos ocurridos en el pueblo y de todo aquello que había afectado, aunque fuese remotamente, a su vida y a las de sus familiares. También incluía anécdotas y chismes de otras personas acerca de las que, por algún motivo, consideraba imprescindible mantener informado a su hijo, o quizá al propio escribiente.

Así Francesc Casals conoció las intenciones de la abuela respecto a la Chica Natividad, a la que pretendía mandar a Barcelona para que su tío le buscase un buen empleo que le permitiera darse a conocer entre los jóvenes de la alta

sociedad y, con el tiempo, poder contraer matrimonio con alguien acorde a las virtudes y formación intelectual de la niña. El mayor obstáculo para sus fines estaba en vencer la postura egoísta de su propia familia, que de ningún modo quería desprenderse de aquella a quien, por su naturaleza y condición, correspondía limpiar la ropa y preparar la comida a sus hermanos hasta que abandonasen la casa y, el día de mañana, hacerse cargo de sus padres cuando ya no pudieran valerse por si mismos. Lo más doloroso para doña Purificación era que la peor de todos los que propiciaban tal situación resultaba ser su propia hija. Como te lo digo, Cosme, la muy cateta de tu hermana –concretaba doña Purificación–, se empeña en hacer lo imposible por mantener a la Chica a su lado por puro egoísmo, por lo que su presencia le supone de desahogo en el trabajo diario que, conforme va entrando en años, se le hace más pesado. Si tú te vas y yo falto algún día, qué será de tus hermanos, acostumbra a lamentarse Irene, chantajeando a su única hija, aunque a continuación, como si la asaltase un súbito remordimiento, suaviza su postura abriendo una puerta a la esperanza para más adelante, para cuando los chicos tengan su propia familia y cada uno de ellos cuente con una mujer que los atienda, que es como decir para cutio –concluía doña Purificación–, para cuando la flor se haya marchitado y ya no haya quien la quiera.

Con esta confesión a Pere Munar, el Cincojos, debían quedarle claras las razones y el empeño de la abuela en

educar y enseñar buenos modales a la Chica Natividad, para marcar distancias entre ella y las otras mozas del contorno, con el fin de mantener alejados a los gañanes que la pretendían, en especial al Raidera, un analfabeto muerto de hambre, al que aún le apestaba el aliento a las placentas de las ovejas recién paridas que sus abuelos se habían disputado con los perros cuando el hambre de las guerras carlistas, porque no tenían mejor cosa que echarse a la boca, matizaba doña Purificación, quien había llegado a suponer que de aquella práctica de sus antepasados le vino a Aurora, la sacristana, la malsana costumbre de comer cosas raras, pero sobre esto no quiso que quedase constancia escrita, sino que simplemente se lo dijo al boticario a modo de comentario, por si él con sus estudios pudiera ratificar su teoría, pero ya podía entender que no era eso lo que le preocupaba, sino que lo que más le dolía era que el padre de la Chica no viese con malos ojos la posibilidad de un arreglo con ese zafio, porque en los pueblos, al final, todos estaban emparentados y a él, mire usted por dónde, algo de familia le tocaba con los Raideras. A más, a más, que el zagal es muy trabajador, repetía el zote de su yerno siempre que tenía ocasión, restando importancia a su analfabetismo, a su desaliño, a su escaso atractivo físico, a la mirada torva enrojecida por el vino, al carácter huraño y a toda la colección de defectos que lo envilecían. A la vista está que no es tan hacendoso –corregía doña Purificación la versión del padre de la Chica Natividad– pues de serlo ya debería tener alguna finca en propiedad, o ser dueño de un hatajo

de animales, pero no, que ahí seguía, lo mismo que sus padres y sus abuelos, trabajando como mediero cuatro palmos de tierra que no daban pasto suficiente ni para cebar a un par de terneros tiñosos.

Así Pere Munar, en aquel momento el mejor partido posible a los ojos de doña Purificación, se dio por enterado de que la casera soñaba con una hipotética unión entre alguien como él y su nieta. No es tanto pedir –recalcaba la mujer– que alguien con formación y una holgada situación económica entable algún día una relación formal con la Chica, para que ella consiga tener la vida que se merece y a mí me permita abandonar este mundo en paz y satisfecha conmigo misma. Un caballero tan inteligente y educado como el pobre don Román –retomaba doña Purificación una de obsesiones favoritas–pero a ser posible más joven y, que Dios le perdonase por lo que iba a decir, pero también más viril, que en la capital las buenas formas, el habla afectada y la mesura en exceso puede ser signo de distinción, pero en estos pueblos no gustan y se consideran extravagancias de afeminados que dan pie a la burla y el abuso. Por eso, por más que usted me diga que no me ponga en lo peor, yo pienso en que alguien pudo entenderlo así y me pongo, ¡vaya que si me pongo! ¡En el peor de los peores! Así que punto y seguido, ordenaba, antes de pasar a referirle a su hijo la llegada del nuevo boticario. Se llama *Pedre* Munar, es muy joven, atento, de buena planta, muy inteligente, que eso se nota tanto en lo que dice como en lo que calla y es de

Barcelona, donde estuvo trabajando en una botica que tiene un tío suyo en la Avenida del Paralelo, antes de tomar plaza en *Villalruenglo*. Te doy estas referencias, Cosme, por si pudieras conocerlo, que aunque bien sé lo grandísima que es la capital y los miles y miles de personas que allí viven, no habrá tantas farmacias, que no es como hablar de una tasca o un colmado, pongo por caso. Además, mayores casualidades se han dado en esta vida.

El boticario escribiente redactaba de prisa, plasmando en el papel un resumen de la incansable verborrea de su patrona. Obviaba unas frases, matizaba otras, eludía circunloquios, esquivaba reiteraciones, pero cuando la mujer se refería a él sólo corregía el nombre de pila, sin modificar del resto ni siquiera un acento. No le desagradaba la idea de que su alter ego, Pere Munar, y la Chica Natividad se entrelazasen, aunque sólo fuese sobre el papel, compartiendo tinta y naciendo de la misma plumilla. Sangre y cuerpo, pensaba. Metáforas ingenuas de joven enamorado.

Doña Purificación siguió hablando, a pesar de que las manos y el pensamiento del boticario ya no obedecían a su dictado, hasta que regresó de sus ensoñaciones, un instante antes de que la mujer reclamase la pluma para estampar su firma debajo del último párrafo: «Recibe un fuerte abrazo con todo el inabarcable amor de tu madre, que te echa de menos a cada minuto. Dios te guarde, Cosme».

## **XIV. VILLARLUENGO, 19 DE AGOSTO DE 1909**

QUERIDO TÍO:

Día a día me voy adaptando a mi nueva situación. Frente al bullicio y el trasiego de las grandes avenidas de Barcelona, el silencio de las calles empedradas de Villarluengo y la quietud de los paisajes del Maestrazgo.

En la ciudad el tiempo vuela vertiginoso, escurriéndose entre los dedos, mientras aquí las agujas del reloj se recrean en cada segundo y las horas parecen rendirse a un sopor estival, despreocupadas por lo que pueda deparar el futuro.

No sé a qué atribuir esta sensación de lentitud, pues siempre consideré que la flexibilidad del tiempo dependía del predominio de la actividad o del tedio, sin embargo puede estar usted seguro de que desde mi llegada al pueblo

no he tenido ninguna posibilidad de sucumbir al aburrimiento. El trabajo en la farmacia y las horas dedicadas al estudio para cubrir mi falta de conocimientos en la materia me tienen suficientemente entretenido durante la mayor parte del día y en el momento en que abandono cualquiera de estas labores, aparece doña Purificación para entretenerme con su inagotable verborrea. Por ella sé de todo lo que acontece más allá de estas paredes sin necesidad de salir a la calle ni de preguntarle a nadie.

Por la noche, para robarme horas de sueño, está Natividad, la nieta de mi casera, una joven en la que destaca, más allá de su simpatía y el evidente atractivo físico, una insaciable curiosidad por cualquier tipo de conocimiento. El mismo interés presta a la ciencia que a la literatura, y con la misma soltura es capaz de resolver problemas matemáticos que de traducir textos latinos. Como podrá suponer, querido tío, para mí ha sido una grata sorpresa encontrar a una persona como Natividad en este lugar, pues además de permitirme mantener conversaciones alejadas de los rutinarios acontecimientos vecinales, me sirve de estímulo para persistir en mi actividad pedagógica, aunque no le negaré que mis expectativas van más allá de la relación profesional.

Pero entremos ya en materia, no vaya a pensar, por lo que ha podido leer hasta el momento, que el motivo de esta carta es relatarle mis quehaceres diarios en Villarluego, o mis estrategias para distraer el paso del tiempo. El verdadero fin que me lleva a escribirle es informarle de las

averiguaciones que he podido hacer respecto a la desaparición de su amigo Román Pitarch, y a las que han contribuido por igual los testimonios de la casera y de su nieta.

Según la versión de la primera, el boticario, a pesar de su madurez, conserva todavía una elegancia en el vestir y una distinción en sus ademanes suficientes para despertar el interés de buena parte de las jóvenes casaderas de este pueblo y sus barrios, en especial de las trabajadoras de las fábricas textiles, pues según doña Purificación corre el rumor de que don Román pudiera ser el responsable de la inesperada preñez de una de esas chicas y, en consecuencia, que su desaparición estuviese relacionada con cuestión de celos u honores mancillados.

Bien es cierto que la casera no da ninguna veracidad a estas murmuraciones, pues ella acostumbra a pregonar las virtudes de su nieta a todos los inquilinos que se alojan en su casa, siempre y cuando intuya la posibilidad de alcanzar un matrimonio ventajoso y, por lo que deduzco de los comentarios de doña Purificación, el señor Pitarch no estuvo muy receptivo a su oferta, a pesar de que es evidente, como ya le he anticipado, que no puede encontrarse otra joven de mayor belleza, con mejor educación y más formada intelectualmente en muchos kilómetros a la redonda.

En cuanto a la información que me ha transmitido Natividad, no permite hacer conjeturas sobre el paradero del

boticario, sin embargo sirve para corroborar que desde su marcha de Barcelona apenas ha variado su interés por el género femenino.

Don Román estaba encargado de elaborar los medicamentos que precisa Natividad para curar una febrícula recurrente que viene padeciendo desde la pasada primavera y él mismo se los llevaba hasta la masía donde vive, siguiendo las intencionadas recomendaciones de la casera, que pretendía estrechar las relaciones entre el inquilino y la nieta forzando estos encuentros regulares. Ahí pinchó en hueso la abuela, pues confundió despreocupación con prudencia y amaneramiento con elegancia, pero a pesar de todo, el boticario cumplió con su compromiso, en principio como agradecimiento a la hospitalidad de la casera y, más adelante, porque encontró su propia motivación al descubrir en la masía a Nicanor, el hermano menor de su paciente.

El pequeño de los siete hermanos varones es un crío vivaz, aunque reservado para su edad. Rondará los trece años y gusta de pasear solo por los campos buscando nidos, observando y dibujando plantas o investigando las costumbres de los insectos, lo que le llevó a sentirse atraído, inmediatamente, por los conocimientos sobre botánica del farmacéutico. En poco tiempo, las visitas de don Román a la masía de Natividad tuvieron como principal finalidad el intercambio de información con Nicanor, por encima del tratamiento de su hermana. El boticario llevaba libros con láminas de plantas medicinales o tóxicas y el muchacho se

encargaba de decirle si las había visto por los alrededores y dónde encontrarlas. Juntos salían a recolectarlas, mientras Natividad se quedaba en la casa desempeñando sus quehaceres domésticos, frustrando así, inconscientemente, los planes de doña Purificación. Sólo un consuelo le quedaba a mi casera y era escuchar los halagos que don Román dedicaba al menor de sus nietos. Nunca se cansaba de repetir que se trataba de un muchacho muy perspicaz y de una notable inteligencia que no debía ser desperdiciada. Si la familia estaba de acuerdo él mismo se encargaría de prepararlo para el acceso al bachillerato y, si todo iba como era de esperar, estaba dispuesto a ayudarlo tanto económica como formativamente hasta que consiguiera licenciarse en farmacia.

Con tal fin algunos días llevaba al chiquillo a la rebotica para enseñarle el oficio, o lo subía a su habitación para mostrarle sus libros y que, poco a poco, fuese familiarizándose con la materia.

La última ocurrencia del boticario, según me confesó Natividad, fue poner en práctica sus conocimientos sobre ciertas terapias consideradas naturales por quedar al margen de la medicina oficial, como sería el caso de la hidroterapia, que consiste en atribuir propiedades curativas al agua en cualquiera de sus estados, a través de su consumo pautado o de su aplicación en forma de baños, riegos, lavados o envolturas.

He tenido tiempo de hojear los libros relacionados con esa temática que Román Pitarch guarda en su habitación, obras originales del sacerdote alemán Sebastián Kneipp o traducciones y manuales escritos por sus discípulos, como el de Neuens, párroco y director del Instituto de Medicina Natural de la Villa Des Bois, en Bélgica, dedicado al sistema hidroterápico.

Lo más sorprendente de estas lecturas fue descubrir que los métodos usados por la medicina naturalista no están basados en la aplicación de conocimientos sobre fisiología o patología, sino que resultan de la observación de casos concretos en los que el empleo del agua supuestamente permitió o contribuyó a la curación de ciertas dolencias. La explicación médica a la eficacia del tratamiento se da a posteriori y de una forma intuitiva, sin corroborar las hipótesis con ensayos, tal y como marca el método científico. Pero claro, qué puede esperarse de aquel que sustenta la razón de ser del método Kneipp afirmando que las enfermedades son la forma más común de los azotes enviados o permitidos por Dios para castigar el pecado, y que el perverso carácter de los hombres perpetúa la presencia del mal en la tierra y las enfermedades, como frutos envenenados de un árbol podrido, multiplicándose entre nosotros.

Remata sus cavilaciones este párroco metido a curandero con una sentencia salomónica, neutralizando la maldición celestial con la bondad divina y atribuyendo a Dios los

remedios para retardar en lo posible nuestra última hora. Los mecanismos para curar están a nuestro alcance y son fáciles de aplicar, pues la sencillez es el sello de las obras divinas, nos dice, el problema se encuentra en los hombres que no los ven, no quieren verlos o se obstinan en no emplearlos, mientras dan preferencia a remedios peligrosos y aun a veces mortales.

Ya ve, tío, si el método de la hidroterapia se demuestra eficaz, los médicos terminarán prescribiendo agua y usted envasándola y etiquetándola en la rebotica.

Bromas aparte, en el *Manual del Sistema Hidroterápico Kneipp* o en el libro *Cómo habéis de vivir. Avisos y consejos para sanos y enfermos*, o reglas para vivir conforme a la sana razón y curar las enfermedades según los preceptos de la naturaleza, del mismo monseñor alemán, se describen minuciosamente los métodos de aplicación de riegos y baños con agua fría o caliente para tonificar el cuerpo, regularizar la circulación y disolver las materias morbosas, ilustrando las explicaciones con grabados en los que aparecen hombres semidesnudos sometiéndose a los tratamientos indicados. Intuyo que en estos dibujos se encuentra la explicación al interés de Román Pitarch por esta novedosa terapia y que, del mismo modo, su puesta en práctica tenga algo que ver con la inesperada y misteriosa desaparición del boticario, pues sé de buena tinta que el padre y los hermanos de Nicanor no veían con buenos ojos que el chaval anduviese a todas horas a solas con un hombre que podría ser su abuelo,

metiéndose en paños menores en el agua helada del río Palomita, o dejándose dar friegas de agua caliente en el pecho y en los muslos.

Hasta aquí han llegado mis investigaciones, pues como comprenderá seguir removiendo el asunto me pone en una situación harto comprometida, dada mi relación con los familiares del muchacho escogido por Román Pitarch para satisfacer sus fantasías, en especial con la abuela y con su hermana Natividad, de la que en próximas cartas le daré más detalles o incluso requiera su consejo, si es que continúa atormentándome la desazón que se acrecienta conforme va estrechándose nuestra amistad.

Por hoy no tengo nada más que contarle, si hubiese novedades se las transmitiría de inmediato, ya lo sabe. Reciba entre tanto un fuerte abrazo y otro de mi parte para tía Neus. Atentamente, su sobrino que les aprecia y admira,

Francesc Casals.

## XV. REGISTRO

REMIGI CASALS, A PESAR de estar machacando semillas en el almirez, diluyendo alcoholes en vasos de precipitado, pesando sales en la balanza, mezclando, hirviendo, filtrando y macerando sus fórmulas magistrales, tenía la mente muy lejos del trabajo en la rebotica. Desde la noche anterior sus pensamientos se habían quedado encerrados en el primer piso del portal número dos de la calle de las Cabras, cerca del Mercado de la Boquería, adonde se acercaba todos los jueves después de las reuniones ordinarias de la Junta de Gobierno del colegio de farmacéuticos, en la que ocupaba un puesto de vocal, y que le servían como excusa para terminar la jornada cenando con Angelina Forné, disfrutando de su compañía y de los favores que sólo ella era capaz de procurarle.

El alquiler del piso lo pagaba él, de su bolsillo, para que la

joven se imbuyese del ambiente artístico que florecía en los alrededores del Teatro España, el Liceo o el Apolo, de modo que gracias a sus propios méritos y a los contactos que su mentor le estaba proporcionando entre empresarios, músicos y directores de escena, pudiera llegar a abandonar el papel de cupletista en La Buena Sombra y pasar a formar parte de una compañía seria, aunque simplemente fuese como figurante, o en los coros de alguna zarzuela; cualquier papel que la alejase del ambiente sórdido y los personajes depravados del local de la calle Ginjol. Por todo ello, porque no podía dejar a su protegida rodeada de una caterva de indeseables y viciosos al acecho, a pesar de su insistencia en repetirle que aquella era su casa, Remigi Casals seguía considerándose el verdadero propietario legal y había vedado la entrada de cualquier otro hombre que no contase con su consentimiento.

Supo que no era el único varón que pisaba la vivienda de la calle de las Cabras cuando descubrió las colillas de tabaco en el suelo del balcón, pero en aquella ocasión Angelina consiguió convencerle de que pertenecían a su primo Blas, el empleado de un puesto de verduras en el Mercado de Sant Josep que la había animado a trasladarse a Barcelona junto a sus hermanos en busca de las oportunidades que nunca iban a encontrar en su pueblo.

Algunas tardes pasaba a visitarla para saber de ella y para darle noticias de su familia y sus amistades de Úbeda. Después de lo que había hecho por ella y por sus hermanos

no podía negarle la entrada, algo de conversación, un bocadillo y un vaso de vino.

De dar por cierta la versión de la joven sobre su primo, el famoso Blas habría pasado las últimas noches bajo la luna de África, sin embargo continuaban apareciendo nuevos restos de tabaco, esta vez a los pies de la cama. ¿Cómo explicas esto? Le hubiese gustado forzarla a mentir nuevamente, pero ser hombre también tiene sus inconvenientes. Desde el 23 de julio los enfrentamientos en la calle y los toques de queda no le habían permitido volver a aquella casa, demasiado tiempo para arruinar el ansiado encuentro iniciando una discusión que, previsiblemente, terminaría impidiéndole aplacar el fuego que llevaba retenido en las entrañas.

Su esposa, cada día más mojigata y frígida, hacía tiempo que dejó de servirle de alivio carnal. Su determinación a desatender las obligaciones conyugales había quedado patente desde el día en que instaló camas separadas en el dormitorio del matrimonio, sin darle una explicación convincente más allá de una imprecisa referencia a los ronquidos de él y el sueño ligero de ella. Esta renuncia unilateral fue interpretada por el boticario como una autorización a buscar relaciones supletorias fuera del hogar y empezó a frecuentar a amas de mancebía, si bien los escrúpulos higiénicos derivados del trato cotidiano con gonocócicos, sifilíticos y otros enfermos venéreos, le llevaban a extremar sus precauciones. Acostumbraba a hacer una

minuciosa comprobación del control al que habían sido sometidas las pupilas, solicitando, como condición previa a la elección de la meretriz, la supervisión de las cartillas de reconocimiento sanitario y la verificación de que las dueñas de las casas satisfacían puntualmente el impuesto establecido a tal efecto.

Unas veces por evidente incumplimiento de la legalidad por parte de las amas, otras por dudas razonables sobre la salud de las pupilas y en alguna ocasión porque las candidatas no reunían, a su juicio, el suficiente atractivo físico imprescindible para animarle a consumir el acto, era frecuente que sus expectativas quedasen frustradas. En tal caso dejaba de lado el contacto físico y se consolaba deleitando la vista y el oído con el atrevido vestuario, los picaros bailes y el doble sentido de las canciones que interpretaban las vedetes de La Buena Sombra, donde una noche quedó definitivamente prendado de la inocente belleza, la enternecedora juventud y el delicado timbre de voz de Angelina Forné, cuando cantaba «La Tarántula», de la zarzuela *La Tempranica*, haciendo mohines mientras se contoneaba para curarse de tan *jondo doló*.

A partir de aquel momento, a la necesidad de saciar sus apetitos se sumó el interés por redimir a la joven del camino de perdición que había emprendido. Se hizo cargo de los costes de las clases de canto, acordó una asignación semanal para sus gastos, estuvo pendiente de satisfacer sus caprichos y terminó poniéndole un piso.

Ciertamente, Angelina Forné no tenía necesidad de seguir actuando en aquel local que en algunas malas noches tenía más de burdel que de teatro, pero las veces en que Remigi Casals le planteó abiertamente sus deseos de que abandonase ese trabajo, si es que merecía tal nombre la actividad que allí se ejercía, ella respondió con determinación, dejándole bien claro que, mientras no la contratasen en otro lugar, pensaba seguir subiendo al escenario a cantar, a bailar y a coquetear con los clientes si era necesario, porque su vocación era ser artista y una artista de verdad no puede vivir apartada de las bambalinas.

En la entrada de La Buena Sombra un cartel anunciaba como primicia, en caracteres Art Nouveau: «el exotismo y la gracia de Angelina Forné», pero en la imaginación de su amante las letras se transformaban, adquiriendo la apariencia de un anuncio de prostíbulo: «Casa Angelina. Máximo confort. Seriedad y discreción. Calle de las Cabras, 2».

–¿Francesc Casals Andreu?

La voz del policía uniformado sacó a empujones al boticario de los alrededores del Mercado de la Boquería.

–¿Es usted Francesc Casals Andreu?

–No.

–Identifíquese –exigió.

–Soy Remigi Casals, titular de esta farmacia.

–¿No es Francesc Casals?

–Soy su tío.

–El juez militar, comandante Llivina Fernández ha dictado orden de busca y captura contra el mencionado Casals Andreu –le cortó con brusquedad–. Tenemos que comprobar que no se encuentra en su domicilio.

El boticario tuvo que acompañar a la pareja de agentes por toda la casa para verificar la ausencia del interesado, hasta terminar en la habitación que éste ocupó años atrás, antes de independizarse. Allí, mientras uno de los policías se dedicaba a vaciar los cajones del armario, a rebuscar en los bolsillos de viejos trajes y gabanes colgados en las perchas, a manosear el colchón de lana y la almohada y a desordenar libros y papeles del escritorio, el otro agente, que parecía estar al mando de la operación, lo sometió a un exhaustivo interrogatorio, forzándole a reconocer el verdadero motivo de la huida de su sobrino y a mentir sobre el desconocimiento de su paradero. En cuanto al resto de la vida y movimientos del desertor, los investigadores dieron muestras de estar mejor informados que cualquier miembro de su familia. Sabían que años atrás había publicado artículos en *La Revista Blanca*, fundada por el maestro anarquista Juan Montseny, y en el diario *El Rebelde*, de idéntica tendencia ácrata. Conocían su participación en La Escuela

Moderna de la calle Bailén, donde impartió clases durante el mismo periodo en el que el regicida Mateo Morral estuvo trabajando como bibliotecario. Estaban al corriente de su colaboración en algunas de las actividades culturales promovidas por Albano Rosell, director de la Escuela Integral de Sabadell, a quien junto al periodista Cristóbal Litrán, el anarquista Juan Bautista Esteve y la sindicalista textil Teresa Claramunt, se les atribuía una implicación directa en la organización de la reciente huelga general y la revuelta popular que provocó, entre otros desmanes, la quema de conventos y parroquias y la profanación de tumbas de religiosos. Pero la acusación más grave no partía de una evidencia, sino de la sospecha de que Francesc Casals, junto a los anteriores acusados, estuviesen encubriendo a Francisco Ferrer y Guardia, el antiguo director de la clausurada Escuela Moderna de Barcelona, manifiesto anarquista, anticlerical y revolucionario, sospechoso de estar involucrado en la preparación del atentado llevado a cabo en Madrid contra Sus Majestades Alfonso XIII y la reina Victoria Eugenia de Battemberg el día de su boda, y al que, en último término, las autoridades responsabilizaban de todos los hechos acontecidos en la Semana Trágica.

## XVI. CONFIDENCIAS

TÚ ESPERA AQUÍ, ordenó doña Purificación a la Chica Natividad al entrar en la farmacia, y ella obedeció sentándose en la silla baja que quedaba frente al mostrador, mientras la abuela se perdía tras la puerta de la rebotica.

Francesc Casals removía los frascos de la estantería aparentando encontrarse muy atareado y ni siquiera respondió a la patrona cuando ésta le anunció que iba a recoger el frasquito con el remedio para las fiebres de la Chica.

Sin embargo, el pulso se le aceleró y sus manos se tornaron torpes al quedarse a solas con la joven. Creyó sentir unos ojos de cielo clavados en la nuca y, aunque ya desapareció la tiña y un pelo crespo y negro empezaba a cubrir de nuevo su

cabeza, se sentía tan azorado como cuando tenía que ocultar las ronchas bajo el cochambroso sombrero de paño.

¿Le importa que le hable mientras usted trabaja, Pere? Un susurro grato y suave se abrió paso hasta sus oídos, como la brisa del atardecer se filtra entre las agujas de los pinos. Él asintió sin llegar a girarse.

De haberlo hecho habría descubierto que se trataba de una pregunta retórica, ya que la Chica Natividad continuó hablando avergonzada, sin apartar los ojos del suelo. Quería disculparse por lo del otro día, por lo que le ocurrió en el bureo.

Los cristales de sus gafas todavía no habían llegado, por eso, para mejorar su aspecto y para poder contemplar a la joven sin las incómodas líneas de cristal que multiplicaban las imágenes, se quitó las lentes y las guardó en el bolsillo de la bata blanca antes de darse la vuelta y preguntar extrañado las razones de aquella confesión. ¿Disculpas por qué?

Ella se levantó de la silla y todavía sin atreverse a mirarle se autoinculpó como causante de su repentina indisposición, porque desde un principio fue consciente de que nada bueno podía ocurrirle aquel día a su invitado entre tantos mozos solteros, sobre todo esperando la visita del Raidera. Sin embargo, por algún motivo que no sabría explicar, quién sabe si por no condicionar el comportamiento natural del boticario, o tal vez por no atreverse a romper con la tradición

que marca que las bromas y las burlas vayan a parar al recién llegado, no le advirtió nada cuando llegó a la masía acompañado de su abuela. El mismo día en que doña Purificación insistió en que lo invitara a la fiesta, ya debió prevenirle de que no era buena idea siendo forastero, pero temió que malinterpretase sus palabras y llegase a pensar que rechazaba su compañía cuando realmente deseaba lo contrario, deseaba tenerlo a su lado para poder mantener una conversación más amena y edificante que la propiciada por los consabidos chascarrillos, las bromas picaras y las frases con doble sentido que prodigaba el energúmeno del Raidera y los cuatro ignorantes que le reían las gracias.

Doña Purificación, desde la rebotica, se esforzaba por escuchar las palabras de su nieta que la reconfortaban cada vez que trataba de maleducado y salvaje al Raidera, mientras le iba refiriendo al boticario el episodio de los champiñones venenosos. ¿Pero qué mal le hice yo a ese hombre?, preguntaba Francesc conforme iba conociendo la auténtica causa del vergonzante cólico.

Pudorosa, pero decidida, la Chica le habló de la obsesión del Raidera por hacerla su esposa. A ella no le había declarado jamás sus sentimientos, ni siquiera le prestaba más atención ni la trataba de un modo más delicado que al resto de las chicas en edad de contraer matrimonio, pero ya había dado el paso que, desde su punto de vista, era prioritario: confesarle sus intenciones al padre de Natividad. ¿Y su padre qué dice? La curiosidad del falso boticario tenía

un tono alarmado. Nada, respondió la Chica, que habrá que tenerlo en cuenta, pero ni sí ni no, ni bueno ni malo. Le explicó que le iba dando largas al pretendiente argumentando que ella todavía era muy joven, que en casa había mucho trabajo y con ocho hombres bajo el mismo techo ya podía suponer que una mujer de menos se tenía que notar.

¿Y... y usted qué...? Un inoportuno tartamudeo se enredó en la lengua del boticario. ¿Yo? La chica Natividad se sonrojaba y se santiguaba instintivamente, lo mismo que al escuchar un trueno en mitad de la tormenta o al cruzarse con una comitiva fúnebre camino del cementerio. ¡Dios me libre! ¿No lo dirá en serio? Yo con ese...

Los ojos miopes del boticario le devolvieron una mirada inquisitiva. A mí ese hombre sólo me inspira angustia y miedo, reconoció por fin la Chica Natividad y, como si estuviese obligada a justificar sus sentimientos, relató el episodio que los había provocado.

Se trataba de una sensación reciente. Antes no era así, antes le daba lástima y en alguna ocasión, al escucharle hablar, un poco de vergüenza ajena, pero miedo no. Miedo nunca. Un pobre hombre, en el más amplio sentido de la palabra, viviendo solo y rozando la miseria, movía más a la compasión que al temor. Hasta esa tarde, a mediados de julio, en la que para atajar el camino de vuelta a casa tomó el sendero que pasaba por la masada del Raidera y de

repente, sin saber cómo ni de dónde, apareció en mitad del camino, todo sudoroso, con el pelo revuelto y la camisa ensangrentada. En una mano llevaba un saco de arpillera rezumando sangre y en la otra un hacha oxidada, con el filo deformado por los coágulos secos. Andaría apañando un jabalí, despellejando una zorra, o en cualquiera de esas faenas con las que se entretiene. Entonces, sin darle importancia a su aspecto, como si fuese lo más normal del mundo andar por el monte de esa traza, le preguntó. ¿A tí no te da miedo ir por ahí *solica*, siendo tan *requetemaja*? Y ella pensó que nada podría asustarla más que cruzarse en el camino con alguien como él, pero no le respondió, se hizo a un lado y salió corriendo. De fondo sonaba su risa y era como un aullido de bestia capaz de aterrorizar al mismo sol, que corrió a buscar refugio tras las nubes.

Lo crea o no, Pere, para mí fue como si en ese preciso instante se hiciese de noche, a pesar de que las campanas de la iglesia todavía no habían dado siquiera el toque del Ángelus. Desde entonces, cada vez que veo a ese hombre me entra una angustia y un no sé qué, que me impide mirarle a la cara sin echarme a temblar. La Chica Natividad se pasó la mano por la frente, espantando al incómodo moscardón de aquel recuerdo. ¡Vamos, vamos, ni soñarlo! ¿Yo con ese? ¡Por Dios, qué cosas! ¡Por Dios!

Pues haga algo, dígame a su padre lo que piensa, se exaltó el boticario. Usted es libre para decidir con quién quiere compartir su futuro. Rebélese contra el yugo patriarcal,

conviértase de una vez en una persona independiente y trace a su antojo el camino de su propia vida. Sea dueña de su cuerpo y de sus acciones. Vaya a Barcelona, si es eso lo que quiere. Estudie, trabaje, conozca otros ambientes, otros hombres con inquietudes intelectuales y sociales, otras mujeres comprometidas y luchadoras... El veneno anarquista destilaba por la boca de Francesc Casals escandalizando a la joven, se filtraba por las vigas y atravesaba los tabiques hasta pasar a la rebotica, donde doña Purificación también se persignaba ante la sarta de atrocidades que estaba escuchando sin atreverse a intervenir porque, a pesar de que en nada coincidía con los argumentos de don *Pedre*, tenían el mismo fin que ella pretendía: sacar a su nieta del ambiente modesto y campesino en el que estaba secuestrada. Entonces, tras un breve silencio, llegó casi imperceptible la respuesta de su nieta y entre susurros y bisbiseos adivinó que estaba hablando de ella.

De sacarme de aquí ya se encargará mi abuela, decía la Chica Natividad. De sus padres no cabía esperar ninguna ayuda, pero ella tenía claro lo que quería para su nieta y estaba dispuesta a redimirla mediante un matrimonio propio de novela romántica, con un pretendiente elegante, culto y con una buena renta, nada de zafios sin oficio, sin educación y sin un lugar donde caerse muertos. Para ello doña Purificación se había ocupado personalmente, como si de una nueva Jane Austen se tratase, de redactar el guión de su

vida, dándole la formación y los estudios propios de una dama de la burguesía y orgullosa del resultado de sus desvelos la presentaba como un dulce apetecible, elaborado con sus propias manos, a los golosos solteros que se habían hospedado en la casa, desde un secretario de ayuntamiento viudo, cincuentón y meapilas, cuando ella apenas había cumplido los doce años, a un joven veterinario primo de los Artola, propietarios de la industria textil del barrio de Las Fábricas, que poco tiempo después de empezar a cortejarla, inesperadamente, decidió marcharse a Castellón, donde cambió las vacas y las caballerías por su propia fábrica de mantas en Villafranca. Cualquiera de ellos más recomendables que el boticario anterior, el sexagenario don Román Pitarch, que tenía más clase que ganas de trabajar, más ganas de trabajar que fortuna y más fortuna que interés por el género femenino, a juzgar por la atención que le prestaba al margen de lo estrictamente profesional, pues los días que iba a llevarle los medicamentos a la masada prefería la compañía de Nicanor, el menor de sus hermanos, que se interesaba por las plantas medicinales y siempre estaba dispuesto a acompañarlo por cualquier barranco para recolectar muérdago, salvia o diente de león, lo que se diese en cada época.

La Chica Natividad reconocía soportar las intromisiones de la abuela en su vida con la esperanza de que, en algún momento, llegara a hacerse realidad alguna de las opciones más atractivas que barajaba, como la de mandarla a

Barcelona, a ser posible sin un compromiso matrimonial concertado, aunque fuese para entrar a servir en la casa de un industrial o de un próspero comerciante, porque si algo tenía claro era que su tío Cosme no sería quien pudiera colocarla dignamente, cuando él mismo llevaba más de quince años allí trampeando en los más diversos negocios para ir malviviendo. El boticario se sorprendió al conocer la versión de la muchacha. ¿Pero su tío no se dedicaba al comercio?

¿Cosme? Ahogó un grito doña Purificación. ¡Estaban hablando del queridísimo hijo de sus entrañas y ella sin enterarse de lo que decían! La casera alargaba el cuello inexistente que surgía entre sus hombros como la cabeza de una tortuga asoma del caparazón. Se puso de puntillas apoyándose sobre la mesa en la que Pere Munar preparaba los remedios para las fiebres de su nieta junto a otras fórmulas magistrales, dejando que la cintura elíptica de brigadier en la reserva se acercase peligrosamente al material de laboratorio. Contuvo la respiración para no aspirar los intensos efluvios que ascendían desde el almirez y las redomas hasta su nariz, al tiempo que cerraba los ojos para que ningún otro sentido despistase al oído.

Lo del comercio era la versión que contaba el propio Cosme y la única que la abuela de la Chica daba por cierta, pero según se decía por el pueblo, cuando llegó a la ciudad, no encontró a nadie que quisiera contratarlo. Todavía estaban recientes las secuelas del accidente que sufrió podando

chopos para sacar vigas, cuando una rama le golpeó la cara y casi lo desgracia definitivamente, apuntó Natividad. No es que las cicatrices le imposibilitaran para trabajar, pero era normal que los patrones, pudiendo elegir entre hombres jóvenes y sanos, lo dejaran a un lado, así que no le quedó más remedio que buscarse la vida como malamente pudo. Era inteligente, bravo y temerario, se mezcló con gente de toda calaña y, según contaban los que habían estado con él, acabó dedicándose a facilitar la entrada de mercancías en la capital catalana burlando el fielato y a cualquier tipo de trapicheo que le reportase algún beneficio. Si no había acabado con los huesos en la cárcel era porque a la policía le venía bien contar con alguien que les tuviera informados de lo que entraba y salía de la ciudad.

Un estrépito de madera partida, metales chocando contra el suelo y vidrios rotos llegó desde la rebotica. La balanza, el mortero, los matraces, el alambique y el mechero de alcohol saltaron por los aires cuando doña Purificación, en un último intento por acercar su oído a la puerta, se desplomó sobre la mesa.

El boticario y la Chica Natividad corrieron a la habitación contigua, descubrieron el desaguado y se apresuraron a socorrer a la abuela, pero sus fuerzas eran insuficientes para incorporar a la mujer que se agitaba bocarriba en el suelo, como una cucaracha moribunda, jadeando y aliviando de gases el intestino.

Salieron a la calle a buscar ayuda y dos vecinos acudieron a los gritos de auxilio. También Aurora, la sacristana, que siempre estaba donde menos falta hacía, se acercó a la puerta de la farmacia y sin llegar a saber qué había ocurrido se sumó a los gritos de socorro reclamando un médico, hasta que se quedó sola y corrigió la petición de ayuda por otra más acorde con su fe: ¡Un cura! ¡Que veiga el cura, por Dios! Y se anticipó a cualquier resultado con un llanto fúnebre y murmurando letanías.

Francesc Casals regresó a la rebotica, levantó las piernas de doña Purificación y palmeó sus carrillos rechonchos, mientras la nieta invocaba entre sollozos el nombre de la abuela.

Un vecino ahogaba con su camisa las llamas del alcohol que se extendían por el suelo y otro abría la ventana. ¡Que corra el aire!, decía. ¡Aquí apesta a medicamento, a humedad, a pedo o qué sé yo!

El boticario desabotonó la blusa de la mujer y la abanicaba con un periódico mientras su nieta le ofrecía un vaso de agua fresca. ¡Ya parece que despierta!, suspiró aliviada la Chica Natividad. ¡Ya ha abierto un ojo! ¡Ya respira mejor! ¡Ya le vuelve el color a las mejillas! ¿Te encuentras bien, abuela?

Cuando volvió en sí, las primeras palabras de doña Purificación fueron para el causante de todas sus desgracias y obsesiones:

–¡Demonio de Raidera! Aún me está dando murga el veneno que me metió en el cuerpo.

Como si quisiera corroborarlo, la sacristana entró en la estancia y descubrió el caos de cristales y maderas desparramados por el suelo junto a doña Purificación sudorosa, con el torso semidesnudo, resoplando mientras el aprendiz de boticario la abanicaba con unas hojas de periódico y otro hombre le secaba la frente con un paño. Un tercero, descamisado, golpeaba el suelo con su ropa para sofocar las llamas y la Chica Natividad, llorosa, con un vaso de agua en las manos, dudaba entre dárselo a su abuela o contribuir a apagar el fuego.

Quién sabe cómo interpretaría Aurora la escena que se representaba ante sus ojos, pero llevándose una mano a la boca ahogó un grito, mientras con la otra se apoderaba de un frasco de sulfato de cobre colocado en una vitrina. Dio media vuelta y se marchó calle abajo sin parar de persignarse, lanzando espumarajos azules provocados por los puñados del compuesto químico que se llevaba a la boca, mientras repetía una vez tras otra: ¡Que San Cristóbal os perdone! ¡Que San Cristóbal se apiade de vosotros!

## **XVII. BARCELONA, 21 DE AGOSTO DE 1909**

QUERIDÍSIMO SOBRINO:

Me pongo en contacto contigo, con tanta urgencia como cautela, para darte detalles de los últimos acontecimientos registrados en Barcelona e instarte a que no salgas de Villarluengo y mantengas, a pesar de la distancia, la máxima prudencia no sólo en tus manifestaciones ideológicas sino también en las referencias a cualquier cuestión personal, ya que las cosas no pintan nada bien para tus amigos anarquistas y mucho menos para aquellos que, de un modo u otro, mantuvisteis en algún momento cualquier relación personal o laboral con el profesor Francisco Ferrer y Guardia.

En la carta anterior no quise decirte nada de la visita que realizaron los militares a la farmacia y a la casa para conocer tu paradero, por considerarla una consecuencia previsible de

tu deserción. Sin embargo, lo que ya no encontré tan normal fue el registro que la policía llevó a cabo ayer, mucho peor que el de hace tres años, a mediados de junio, tras el atentado a Alfonso XIII en el día de su boda. Al menos en aquella ocasión tenían claro qué estaban buscando y desde el primer momento sus preguntas se limitaron a conocer el origen del dichoso mercurio empleado, según su teoría, para detonar la bomba Orsini que tu compañero Morral, el bibliotecario de la Escuela Moderna, lanzó a la comitiva nupcial desde el balcón de una pensión de la calle Mayor, en Madrid.

Nadie sabe lo que me costó convencer a los inspectores de que todo el mercurio almacenado en la botica se encontraba en forma de cloruro y se empleaba con fines terapéuticos, como tratamiento purgante, antihelmíntico, diurético y otros ya en desuso, incluido el que le aplicaste al magnicida frustrado para tratar su enfermedad venérea. Tuve que presentar en la comisaría las facturas de compra que conservaba, las recetas de dispensación y las fórmulas magistrales elaboradas refiriendo los gramos empleados, pero por más información y detalles que les facilitaba no había forma de cuadrar las entradas y salidas del dichoso principio activo a esta farmacia, hasta que al verme completamente acorralado te decidiste a confesar tu particular terapia para el bibliotecario, de la que no dejaste constancia alguna por haber actuado a mis espaldas.

Todavía recuerdo la discusión que mantuvimos al enterarme de dónde había ido a parar el metal que faltaba. Te llamé ignorante y torturador, entre otras muchas lindezas, por seguir utilizando las aplicaciones tópicas e inhalaciones de unguento napolitano como remedio contra la sífilis, con todos los efectos secundarios que su uso ha evidenciado a lo largo del tiempo, hasta recibir el nombre de «martirio del mercurio». Un auténtico crimen en estos tiempos en que disponemos de nuevos tratamientos, como los derivados de arsénico elaborados en Alemania y que yo te habría podido facilitar sin ningún inconveniente, de no haberme ocultado tus artimañas con el mojigato propósito de salvaguardar el buen nombre de tu pudoroso amigo, que prefería ver cómo se le caía la hombría a cachos antes que confesar la vida depravada que había llevado hasta contraer la vergonzante enfermedad.

A saber si el arrebatado regicida de ese Morral no obedeció al fanatismo anarquista, sino a algún delirio provocado por la intoxicación del metal que enturbió su cerebro, como ya hizo antes con otros hombres de mentes complejas y espíritus atormentados. Prestigiosos escritores de la talla de Shakespeare, Poe o Baudelaire, artistas como Goya y Manet, filósofos como Nietzsche y personajes históricos, entre los que destacan Hernán Cortés, Enrique VIII, Pedro I de Rusia y buena parte de la nobleza europea, sin olvidar al Papa Alejandro VI, de la casa de los Borgia, sufrieron las consecuencias físicas y psicológicas del mal del vicio o de su

inadecuado tratamiento. Tan frecuente ha sido la sífilis entre los notables a lo largo de la historia que el humanista Juan Erasmo de Rotterdam llegó a decir que «un noble sin sífilis o no era demasiado noble o no era demasiado hombre».

Sirva todo este recordatorio sobre la enfermedad no para hacer alarde de mis conocimientos sino para demostrarte, una vez más, que una consulta tuya a tiempo nos hubiese ahorrado muchos quebraderos de cabeza, incluidas las suspicacias de los policías que a partir de aquel primer registro y a pesar de que investigaciones posteriores parecían responsabilizar de la consecución de la carga explosiva al intrigante republicano Nicolás Estévanez, ya habían sumado tu nombre a su lista de sospechosos de conspiración anarquista, por más que los detallados informes aportados por numerosos colegas del Colegio de Farmacéuticos demostrasen que el cloruro de mercurio dispensado a Mateo Morral sólo tenía fines terapéuticos, diferenciando claramente esta sal, estable y segura en su manejo, del fulminato de mercurio, tremendamente inestable y explosivo.

Como ves, en aquella ocasión conseguimos dar explicaciones convincentes a la policía, sin embargo, en este último registro no tenía ninguna prueba para aportar en tu descargo. Buscaban cualquier documento que pudiera involucrarte con los sucesos del veintiséis de julio y los días posteriores, hablaban de convocatorias y actas de reuniones, manifiestos, libelos o propaganda, asociando tu

nombre al del mencionado Ferrer y Guardia, junto a otros activistas ya detenidos y cuyo incierto futuro se está dirimiendo en los tribunales de justicia, sin que nadie se atreva a descartar la aplicación de la pena capital para algunos de ellos.

Querido sobrino, desconozco si participaste de algún modo en la planificación de la protesta que tuvo lugar durante el embarque de las tropas o de la posterior huelga general, pero es indudable que no tuviste nada que ver en la violencia que se derivó de aquella jornada, puesto que para entonces ya habías salido de Barcelona; sin embargo los militares y el gobernador civil están empeñados en buscar culpables para responsabilizarlos de los desmanes y, para nuestra desgracia, tu nombre figura en su lista de candidatos.

Pensarás que soy un viejo pesado si vuelvo a repetirte la misma cantinela de siempre, pero es que no puedo quitarme de la cabeza que tu padre, antes de morir, me dejó encomendada la tarea de cuidar de ti y, hasta la fecha, he procurado hacerlo de la mejor manera posible. Con tal fin pagué con agrado tus estudios en la Escuela Normal de Magisterio, sin sospechar que tu interés por la pedagogía y los nuevos sistemas educativos marcaría el sendero que te llevó a frecuentar los ambientes anarquistas y a imbuirte de sus ideas.

Desde entonces desconfías de la formación reglada, ves curas acechando detrás de cada cátedra y sólo crees en las

instituciones libres de enseñanza que, hasta la fecha, no te han otorgado ningún doctorado y sí más de un quebradero de cabeza.

Puedo comprender que gentes sin formación ni esperanza, obreros rencorosos, desharrapados o maleantes, abracen con entusiasmo unos postulados proletarios que convierten la revolución en medio y fin de sus actos, porque, más allá de derrocar toda forma de poder económico y social establecido, ¿qué propósitos persigue el anarquismo? Supongo que el francés Malato, el italiano Malatesta o el ruso Kropotkin, tendrán claros los objetivos de soliviantar a los obreros, y sospecho que en su caso no será para ofrecerles los puestos principales del nuevo orden resultante, pues por más que hablen en sus discursos de igualdad y solidaridad, todos conocemos sus ascendencia noble o sus orígenes aristocráticos. ¡Y qué decir de tu admirado Ferrer y Guardia! Un burgués mujeriego, masón y acaudalado, convertido según rumores fundados en fortuito heredero de una antigua alumna, Ernestine Meunier, diez años mayor que él y poco agraciada físicamente, a la que sedujo con su palabrería y fantasías ácratas, hasta el punto de recibir un millón de francos como legado con el que poder llevar a cabo el sueño de crear una escuela racionalista. Fue su docta aportación a la causa revolucionaria.

Lo que no me entra en la cabeza es que alguien como tú, inteligente y bien formado, que puede disfrutar de una posición económica desahogada, se preste a seguirles el

juego a esos diletantes de la sublevación, cuando por ese camino es evidente que hay mucho riesgo que asumir y poco o ningún beneficio a obtener.

Sin embargo, a pesar de ese pensamiento que tantas veces te he repetido –que menos disgustos me habría dado tener una hija puta que un sobrino anarquista–, seguiré siendo fiel a la promesa que le hice a mi hermano, mucho más en estas circunstancias en las que tu libertad e incluso tu propia vida están en juego.

Considerando el riesgo y con el fin de evitar que la policía llegue a descubrir tu paradero, no volveré a escribirte hasta que esté seguro de que puedes regresar a la ciudad sin temor a ser detenido y procesado, ya sea porque Maura y su ministro de la Gobernación, Juan de la Cierva, hayan saciado su sed de venganza o, lo que es más probable, por un nuevo cambio de Gobierno.

Si por algún motivo de especial urgencia tuviera que contactar contigo dirigiré mis mensajes, como ya he hecho en este caso, al Sr. D. Román Pitarch, boticario titular de la farmacia de Villarluengo, indicando a continuación «a la atención de su sustituto», sin que tu nombre y apellidos, reales o ficticios, figuren en ninguna parte, ni en el sobre ni en el interior y reseñando en el remite el nombre y la dirección que puedes ver en la solapa de este sobre, correspondientes a Angelina Forné, domiciliada en el primer piso del número 2 de la calle las Cabras, que son las señas de

una clienta habitual de la farmacia en la que confío plenamente.

En consecuencia, si eres tú quien va a escribirme, utiliza el nombre de Angelina como destinatario y el de Román como remitente, que yo, con cierta regularidad, me pasaré por el domicilio de esta señorita para recoger tus cartas.

Recuerda que toda precaución es poca y no descarto que tanto mi correspondencia personal como la de la botica, pudiera ser intervenida por la policía antes de ser entregada.

Atentamente, tu tío que no te olvida.

Remigi Casals.

## XVIII. VILLARLUENGO, 16 DE OCTUBRE DE 1909

QUERIDO TÍO:

Siguiendo sus indicaciones he mantenido la cautela en todo lo posible, tarea más compleja de lo que pudiera parecer en un principio teniendo en cuenta que convivo gran parte del día con mi patrona, doña Purificación, una mujer de curiosidad insaciable con ganas de saber de todo y aprender de nada. Es por eso que había decidido no escribirle hasta final de año, sin embargo, hace unos días, la lectura de una noticia publicada en el *Heraldo de Aragón* que nos proporciona el cura del pueblo, previa censura eclesiástica en forma de atinados tijeretazos, me forzó a cambiar de planes.

En ese periódico, fechado el 28 de agosto, su corresponsal

informaba de cómo, en la madrugada del día anterior, el tren mixto procedente de Barcelona había dejado en la estación de La Puebla de Híjar a seis personas acompañadas por doce guardias civiles al mando de un sargento. El diario destacaba a una mujer entre estos viajeros, de la que decía textualmente: *Ha llamado* la atención por su *belleza* y su porte señorial una *mujer elegantemente* vestida; Soledad Villafranca, la compañera de Francisco Ferrer Guardia, director de la Escuela Moderna de la ciudad condal.

Según la misma información, estas personas pasaron cinco horas en la estación bajo la vigilancia de la benemérita, hasta la llegada del tren correo de Alcañiz, ciudad a la que fueron confinadas como consecuencia de los sucesos de Barcelona, siguiendo las instrucciones del gobernador civil de la capital catalana. Al parecer los desplazados gozarán en Alcañiz de libertad personal, pero no podrán salir más allá de un radio de cinco kilómetros alrededor del casco de la ciudad.

En el mismo periódico el corresponsal de Alcañiz ampliaba detalles, indicando que los seis viajeros se hospedarían en la fonda de D. Isidro Morera y dando sus nombres. En primer lugar se mencionaba a Soledad Villafranca, a la que señalaba como testigo en la causa de Morral, junto a su compañero Ferrer y Guardia, a continuación nombraba a D. José Casasola y D. Anselmo Lorenzo, profesores de la Escuela Moderna de Barcelona, el primero de ellos presidente de la Liga Internacional para la Educación Racional de la Infancia, y el último propagador del anarquismo de Bakunin en

España y fundador de la Sección Federal Española de la A.I.T. y del periódico *Solidaridad*; les seguían en la lista José Ferrer y María Foncuberta, hermano y cuñada, respectivamente, del director de la Escuela Moderna. Por último, aparecía un tal Mariano Bitiori, que es el único con el que no he mantenido ningún tipo de relación.

Ya sé, porque bien claro me lo expuso en su última carta, que a su juicio todos ellos son burgueses ociosos jugando a la revolución, pero le advierto que cualquier planteamiento crítico a la injusticia social institucionalizada deberá nacer, irremediablemente, de personas provistas de una mínima sensibilidad social y espíritu caritativo, ya que los estómagos vacíos, los cuerpos agotados y las mentes desnutridas de conocimientos no propenden al razonamiento y la dialéctica, bien al contrario aborrecen de ella considerándola un entretenimiento de personas indolentes. Si a ello añadimos otros condicionantes como una justicia desigual, la fuerza de las armas o la sumisión y mansedumbre que propugnan las ideas religiosas, es evidente que el obrero nunca llegará a ser consciente de su auténtico poder, por lo que la solución a los problemas de la clase obrera tendrán que venir de fuera. Será preciso que surjan voces externas animando a los proletarios a llevar a la práctica los supuestos teóricos que plantean la insubordinación de los engranajes como el mecanismo más eficaz para bloquear la maquinaria del sistema productivo, abocando a la muerte al monstruo que alimentan. Por todo ello, sin pretender iniciar un debate

ideológico y a la vista de los hechos, yo le planteo las siguientes preguntas: ¿Qué sentido tendría poner en riesgo una vida cómoda y sin sobresaltos por mantener una simple farsa? ¿Quién puede negar, a la vista de los hechos, la existencia de una corriente ideológica solidaria y humanista que busca el progreso y la libertad colectiva aun a costa de renunciar al beneficio propio?

Independientemente de las convicciones políticas de los desterrados, en el periódico se decía que todos ellos reiteraron ante las autoridades su inocencia con relación a lo acontecido en Barcelona, incluso José Ferrer y su esposa, María Foncuberta, se lamentaban de que las medidas tomadas contra ellos tuviesen como único fundamento el hecho de que aquél fuese hermano de Francisco Ferrer, puesto que cuando se iniciaron las revueltas ellos se encontraban en su finca de Mongat, a once kilómetros de la capital, dedicados a sus tareas agrícolas, y aseguraron que nunca mantuvieron actividades políticas.

Parece ser que, a pesar de las declaraciones de los desterrados, la población alcañizana los recibió con hostilidad, como se deduce del hecho de que los catalanes hayan tenido que redactar una carta pública justificando su situación y alegando diversas excusas que los eximen de cualquier relación con los trágicos sucesos de Barcelona, así como comprometiéndose a poner especial empeño en merecer la franca y noble hospitalidad aragonesa. Unas declaraciones que no parecen haber sido atendidas a juzgar

por el editorial publicado en la primera página de *El Noticiero de Zaragoza* titulado «Malos huéspedes», en el que se especula con una perversión de la convivencia pacífica y los sentimientos cristianos de los vecinos de Alcañiz vinculada a la presencia de los anarquistas en su ciudad.

Al saber de la llegada de estos correligionarios a la capital del Bajo Aragón, mi primera intención fue desplazarme hasta allí para ponerme a su disposición pues, si bien en las declaraciones a la prensa renegaban de sus ideas, no hay duda de que lo hacían para librarse de las duras represalias que está aplicando el Gobierno a todos los que luchamos por la libertad. Tenía el convencimiento de que, a pesar de las dificultades impuestas por el destierro y la vigilancia policial, los partidarios de Ferrer y Guardia no iban a esperar de brazos cruzados la sentencia judicial sin alentar el rechazo popular a una condena injusta y probablemente desmesurada.

Me sentía en la obligación de servir a sus intereses, pero entonces recordé lo que usted mencionaba en su última carta, que no sólo el ejército sino también la policía andan buscándome, de lo que deduje que mi presencia en Alcañiz además de suponer un riesgo personal, probablemente aportaría más problemas que soluciones a los familiares y amigos de Ferrer, puesto que vincularlos a mi persona sería la mejor forma de corroborar todas las suposiciones de sus perseguidores.

Ese pensamiento fue el único motivo que me retuvo en Villarluengo en un primer momento. Pero ayer, al caer en mis manos un ejemplar del *ABC* con un mínimo retraso para lo que acostumbra el párroco de este pueblo, ya que correspondía al trece de octubre, me arrepentí de haber tomado una decisión tan cobarde. La página 10 del diario estaba colocada en primer lugar, quedando a la vista un artículo encabezado por un funesto titular anunciando «La sentencia de Ferrer», que en esta ocasión no había sido cercenado por las tijeras del cura sino enmarcado con un lapicero rojo, como pretendiendo evitar que la noticia pasase inadvertida para nadie en cuyas manos pudiera caer el diario. El texto resaltado por el párroco decía así:

Durante el día de ayer había interés grandísimo por conocer de modo cierto la sentencia recaída en el consejo de *guerra* celebrado contra Francisco Ferrer, por más que los rumores circulados desde la terminación del Consejo hacían creer que el fallo era de *muerte*.

Se dijo ayer que existían discrepancias entre el fallo del Consejo y el informe del auditor, y que por esto habría de intervenir el Supremo de la Guerra.

Otros negaron que esto hubiera ocurrido y lo único que supimos ciertamente anoche fue, cuando terminó el Consejo de ministros «que el Gobierno había examinado el testimonio de la sentencia, despachándola con un enterado».

Este terrible laconismo nos hizo comprender que la sentencia había sido de pena de muerte y que el Gobierno había acordado no aconsejar el indulto.

Ya de madrugada logramos averiguar que la terrible pena será cumplida en el día de hoy.

Ferrer será fusilado a las seis de esta mañana si antes no surge un acto de clemencia. ¡Que Dios se apiade de su alma!

Dadas las circunstancias y aunque salvo un milagro –de cuya intercesión, por razones obvias, no guardo ninguna esperanza– la sentencia ya se habrá ejecutado en el momento en que le escribo estas líneas, considero llegada la hora de tomar una decisión valiente, aunque sea poniendo en riesgo mi propia vida, de modo que estoy decidido a desplazarme a Alcañiz para presentarle mis condolencias a la compañera del ajusticiado y ofrecerle mi total colaboración en cualquier acción que pretendan emprender ella o sus allegados como respuesta a la despiadada injusticia del Gobierno, ya sea aquí o en el extranjero, donde a decir de la prensa, en este caso tachada por el cura censor, se multiplican las protestas por las condenas a los anarquistas.

Desconozco si Soledad Villafranca y sus acompañantes permanecerán todavía en su destierro o si se les habrá autorizado a regresar a Cataluña tras la ejecución de Ferrer; pero de un modo u otro mi viaje no será inútil ya que ponerme a su servicio no es el único objetivo, pues estoy

decidido a buscar partidarios de nuestra causa en el Maestrazgo y el Bajo Aragón, con los que crear nuevas células anarquistas activas que lleven a cabo acciones violentas para demostrarles a Maura y sus ministros lo inútil de las condenas y la imposibilidad de terminar con la respuesta popular sin que haya previamente una negociación de nuestras demandas.

No se preocupe por mí, querido tío, pues a pesar de la determinación de mis intenciones, o precisamente por el interés que me mueve a lograr tales propósitos, mantendré la cautela necesaria y nadie en Villarluengo conocerá los verdaderos motivos del viaje a Alcañiz que voy a emprender.

Sólo una última cosa quisiera añadir antes de despedirme. Algo en referencia a la discreción que debemos guardar en nuestras comunicaciones.

Me pide que dirija mis cartas a la calle de las Cabras, número 2, y me pregunto si usted está seguro de lo que hace. Yo, por mi parte, no he parado de darle vueltas a su propuesta mientras escribo esta carta que, el azar no lo quiera, pudiera ser la última y no encuentro la forma de decírselo sin resultar insolente, maleducado, o sencillamente moralista.

Algunos asuntos siempre resultan embarazosos, sobre todo entre familiares, y mucho más en nuestro caso, pues hacerle esta declaración a usted es como hacérsela a mi

propio padre, que como tal le he considerado siempre a pesar de que en ocasiones pudiera mostrarme distante e incluso reacio a cualquier manifestación de afecto.

Lo que trato de decirle es que la Angelina Forné que usted menciona no es ninguna desconocida, al menos para mí, ya que he tenido la oportunidad de atenderla en la farmacia más de tres o cuatro veces, en esas ocasiones en las que usted tenía que salir a resolver algún asunto y me dejaba al cargo del negocio por unas horas. Era difícil no fijarse en ella, en su rostro aniñado, en su voz dulce, pero sobre todo en la frecuencia de sus visitas a la botica en busca de algunas grajeas para cuidar la voz o de cualquier tipo de cosméticos, así como en la pregunta que precedía siempre a su encargo: «¿Que no está el señor Casals?». Dejando en evidencia que no eran los fármacos el único o fundamental motivo que la llevaba hasta allí, pero eso no era asunto mío y nunca hubiese indagado acerca de su persona de no ser porque una noche de sábado del pasado invierno, después de cenar con mis amigos, alguien tuvo la ocurrencia de entrar en La Buena Sombra. No hace falta que le aclare quién estaba actuando en el escenario.

Cuando bajó a las mesas y se acercó a agradecer los desproporcionados aplausos y los ingeniosos piropos que le habían brindado mis ruidosos amigos, yo ya había salido a la calle y no regresé al interior del local hasta que ella hubo vaciado su copa de chinchón y volvió al camerino. Seguimos la juerga por las tascas y bares del Raval, hasta que a última

hora, cuando tuvimos la certeza de que no quedaba ningún local abierto, un noctámbulo tarambana que se había unido al grupo, aprendiz de periodista, escritor de libelos incendiarios y poemas pedantes, se despidió informándonos de que había dejado un asunto pendiente en la calle de las Cabras. Su guiño y las carcajadas de los demás fueron suficientemente elocuentes, aún así, con la discreción propia de los borrachos, me aclararon a voz en grito el ofrecimiento de la corista.

En otras circunstancias el comentario hubiese resultado intrascendente, pero considerando el interés que la muchacha mostraba por usted cada vez que iba a la farmacia, quise confirmar mis sospechas y así puedo asegurarle, sin temor a equivocarme, que en el domicilio de Angelina Forné hay un permanente trasiego de hombres de toda edad y condición, no sólo de aquellos que pudieran reportarle ayuda económica con la que hacer frente a su manutención y sus caprichos, sino que también es frecuentada por maleantes y pelagatos incapaces de ofrecerle otra cosa distinta que placer y consuelo a su espíritu insatisfecho.

Siempre he sospechado que nada bueno puede resultar de prolongar por más tiempo su trato con esa mujer, aunque nunca antes encontré el momento ni el modo apropiado para decírselo, pero en las actuales circunstancias, considero que mi seguridad podría verse seriamente comprometida si nuestra correspondencia cayese en manos de alguno de los

individuos poco recomendables que entran en la casa de la Forné. Eso en lo que a mí respecta, ya que por otro lado están las consecuencias que tal relación terminará provocando en su familia, que es la mía, si de algún modo la tía Neus llegase a saber dónde va usted los jueves por la noche, al salir de las reuniones en el Colegio de Farmacéuticos.

En esta ocasión no tengo más remedio que hacer llegar mis noticias a las señas indicadas en el remite de su sobre, confiando en que ni la cupletista, ni ninguno de los hombres que pasan por su casa sepan leer con suficiente soltura y desistan de su empeño antes de llegar a este punto de la carta, pero le sugiero que busque una dirección más segura para próximas comunicaciones.

Atentamente, su sobrino que, a pesar de lo que pueda deducir de estas letras, todavía le aprecia y le admira,

Francesc Casals.

## **XIX. CALLE DE LAS CABRAS, N°2**

ANGELINA FORNÉ ABRIÓ la puerta de la casa y el tenue resplandor de la luz de un candil le dio la bienvenida desde su cuarto. No se sobresaltó, sabía de quién se trataba y avanzó por el pasillo en penumbra anticipando sus protestas:

–¿A ti cómo como hay que decirte las cosas, chiquillo? –la voz de Angelina sonaba completamente distinta fuera de La Buena Sombra y lejos de su benefactor Remigi Casals–. Te he dicho por activa y por la otra cosa que cuando vayas a venir a casa mandes aviso al teatro, o que me esperes en la calle hasta que llegue. Algún día me presento aquí con otro y entonces qué.

–¿Qué de qué? Estoy en mi casa y sanseacabó –respondió una voz masculina sin inmutarse.

-Te recuerdo que esta no es tu casa, julay.

-Como si lo fuera, que si la tienes a mí me lo debes.

No le faltaba razón al hombre que fumaba tumbado en su cama, sobre la colcha de encaje, vestido y sin quitarse los zapatos. Gracias a él María de los Ángeles Martos y sus hermanos Ramón y Leandro consiguieron trabajo cuando llegaron a Barcelona, sin un real en el bolsillo ni un sitio donde caerse muertos.

Eran muchos los que, en las mismas circunstancias, recurrían al Tuerto, del que las malas lenguas decían que su trabajo consistía en hacer lo posible por no trabajar, pero que sabía cómo encontrar faena para todo aquel que se lo pidiera, a cambio de un porcentaje de su primer salario.

En el caso de los hermanos Martos fue su primo Blas, dependiente de un comercio de verduras en el mercado de Sant Josep, quien se ocupó de hablar con el Tuerto y éste, a su vez, con el encargado de las Tenerías Barcelonesas que pudo ofertar para los hombres un puesto de peones, no del todo mal pagado, en el almacén de pieles. Ni a Blas ni a los hermanos de María de los Ángeles se les escapaba que el Tuerto ponía más interés en labrar el futuro de la chiquilla debilucha y sin experiencia laboral que los acompañaba, que en buscar un empleo acorde con las posibilidades de dos hombres fuertes y bregados, pero no era momento de andarse con remilgos, que los nuevos inventos aplicados a la

industria estaban provocando una bajada de los salarios y dejando a muchos buenos obreros en la calle.

A María de los Ángeles se encargó de ponerla sobre aviso su hermano mayor, Ramón, el día que Leandro y él se incorporaron al almacén de las Tenerías y ella se quedó sola, arreglando el cuchitril que habían alquilado en una barraca cochambrosa del barrio del Somostorro. Le dijo que tuviera cuidado con lo que le ofrecía ese personaje y que no aceptase ningún trabajo, fuera de lo que fuese, sin comentarlo antes con él. Aunque no le hubiese dado motivos, no le parecía una persona de fiar ese tuerto malcarado.

Para Ramón y Leandro no hubo opción, curtidores o nada, el que quiera que lo coja y el que no que lo deje, pero otra cosa no hay, por eso se extrañó la muchacha cuando le planteó la posibilidad de escoger un oficio. ¿Y a ti qué te gustaría hacer, chiquilla? Pero ella nunca se había parado a pensar tal cosa. No sé, lo que usted vea, yo valgo para cocinar, limpiar, coser... lo que todas poco más o menos, aunque para las cuentas no soy muy buena, así que mejor servir en una casa que estar de dependienta, si le parece a usted bien. ¡Ay, chiquilla! Ponerte a servir con esa carga tan guapa que tienes sería un pecado mortal.

En un par de horas hablando con el Tuerto, María de los Ángeles Martos, a pesar de su juventud y su inocencia, tuvo claro que se trataba de un buscavidas, pero caía en gracia el

hombre. Se movía con soltura en los ambientes más diversos, alternaba con maleantes y empresarios, carteristas y policías, comerciantes y estafadores, amas de cría y prostitutas, obreros, seminaristas y militares. Allí donde entraba, todos lo conocían. Como en el cabaret de la calle Gínjol, al que se refería utilizando su antiguo nombre de Palais de Cristal, mucho más refinado y artístico que el impreciso La Buena Sombra actual. Mira a ver cuándo le hacen una prueba a la chica, que dice que se le da bien cantar, le espetó a un camarero que estaba barriendo la sala. Los jueves por la tarde, ya lo sabes, respondió sin apartar la vista de la escoba. De eso nada, replicó en tono de suficiencia el Tuerto, le dices a Marcial que a ésta se la haga a solas, que la chica lo merece. El camarero la miró de reojo, sin excesivo interés, al tiempo que preguntaba ¿cómo se llama la prenda? María de los Ángeles. ¡Parece nombre de monja! Angelina te he dicho, rectificó el Tuerto. ¿Angelina qué? Forné, Angelina Forné, ¿te parece? Por mí bien. ¿Y tú que dices?, quiso conocer el parecer de la muchacha. Angelina asintió con una sonrisa, despidiéndose para siempre de su María de los Ángeles Martos original.

En contra de lo esperado, el Tuerto no se cobró el favor. Eso se lo dejó al tal Marcial, que sabía cómo tratar con las aspirantes a artistas. Era un hombre elegante y educado, parecía un artista de cine, olía muy bien y la trató con más cariño que cualquiera de los ganapanes que se habían cruzado por su vida, o quizá fuese más exacto decir por su

vientre, desde que se quedó huérfana siendo todavía una niña, aunque no lo suficiente como para que su cuerpo pudiese ocultar el preludio del esplendor venidero. Junto al contrato le dio un anticipo y la excusa precisa: «Mira niña, hazte a la idea de que el arte exige sacrificio».

El buscavidas que le abrió las puertas del mundo del espectáculo nunca hizo ademán de abusar de Angelina, le gustaba demasiado el dinero como para malograr cualquier expectativa de negocio y estaba convencido de que esa chiquilla era su inversión más rentable.

La carta que agitaba en sus manos había venido a confirmar sus presentimientos.

–¿Qué es eso? –preguntó Angelina quitándose la ropa.

–Una carta –sonrió el Tuerto.

–¿Para mí?

–Eso dice.

–¿Y qué pone?

–¿Cómo quieres que lo sepa?

–Pues porque está abierto el sobre, maricón.

El Tuerto se rió a carcajadas.

–¿A ti no te han dicho que es de mala educación leer las cartas ajenas? –simuló enfadarse Angelina.

–¡Qué más te da! Si al final me ibas a pedir que te la leyera, ¿o no?

–Anda éste. ¿Y por qué te iba a pedir semejante cosa?

–Porque al paso que tú lees no llegarías a la función de mañana por la noche –agitó el puñado de cuartillas haciendo temblar la llama de la lámpara de queroseno.

–¡Pero *quílllo!* ¿Quién ha escrito semejante novela?

–Un admirador –respondió el Tuerto haciéndose a un lado y para que Angelina se tumbase junto a él.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo se llama?

El Tuerto volvió a mirar el remite, aunque recordaba perfectamente el nombre:

–Román Pitarch.

–¿Y ese quién es?

–¿A mí me lo preguntas? Tú sabrás qué manejos te traes con los boticarios –respondió encogiéndose de hombros.

–¿Un boticario? ¡Qué mala espina me da!

–De eso nada, que éste es el de mi pueblo y sospecho que su carta, si la jugamos bien, nos va a hacer ganar unos cuantos duros.

Angelina se giró hacia él con curiosidad:

–Pues siendo así... Anda, empieza a leer de una vez, Cosme.

## XX. LA NIEVE

DEBERÍA HABER ESCUCHADO a los que le aconsejaban no emprender viaje aquella mañana, al verlo salir del pueblo montado en su bicicleta, portando en bandolera un macuto de tela con sus pertenencias.

Nada hacía presagiar el repentino cambio de tiempo a mediados de octubre, por más que los viejos sentados en el carasol comentasen la elocuente disposición de las vacas agrupadas en la falda de la montaña mirando al poniente, o advirtiesen del vuelo rasante de las grajas sobre los tejados de la iglesia. Era una mañana calma, con el cielo prácticamente despejado, ligeramente manchado por pequeñas nubes hechas girones al paso de una brisa hiriente y fría que despertaba en todos los del pueblo el mismo comentario incomprensible para Francesc Casals: «¡Parece que recuece!».

Creyó haber entendido el significado de la expresión al experimentar una súbita sensación de calor acompañando a sus primeras pedaladas, al tiempo que se le iba perlando la frente con minúsculas gotas de sudor, mientras subía la cuesta que llevaba al camino de Tronchón.

Al coronar el repecho, el horizonte se fue difuminando tras una cortina de blanco ceniciento avanzando a su encuentro, acompañada de una corriente heladora que dañaba los ojos. Los primeros copos, redondos y duros como el granizo no tardaron en llegar. Parecía que el tiempo, al igual que los acontecimientos, habían decidido acelerarse desde el día en que conoció la noticia de la ejecución de Ferrer.

Antes de marchar a Alcañiz, Francesc Casals tuvo que dejar resueltos dos asuntos. Por una parte, redactar una carta informando de sus intenciones a su tío Remigi y por otra, afrontar una cuestión confusa, agradable e incómoda a partes iguales: propiciar una conversación definitiva entre Pere Munar y la Chica Natividad.

En los pocos momentos en que disfrutaron de una mínima intimidad, sin la vigilancia de doña Purificación, los padres o algún hermano de la Chica, no todo había sido ciencia, geografía y gramática. Hubo tiempo también para intercambiar información sobre sus respectivas vidas, la infancia, la familia, los planes de futuro, sus deseos y anhelos, lo que les agradaba y disgustaba del mundo en el que les había tocado vivir, intercalando sin orden

comentarios nimios y pudorosas reflexiones. En aquellas ocasiones siempre ganaban en elocuencia los silencios y las miradas frente a unas palabras medidas y cohibidas, tan recapacitadas antes de pronunciarse que carecían de cualquier atisbo de sinceridad. Frases a medias, sobreentendidos y suposiciones a las que los pensamientos de Francesc volvían, una y otra vez, para buscar detalles que descifrasen su verdadero significado. Definitivamente no podía irse de Villarluengo con aquella incertidumbre.

Al apremio por volver a encontrarse con Natividad, a la ineludible necesidad de organizar sus sentimientos, a la ansiosa curiosidad por conocer los de ella, se sumaba la tediosa obligación de encontrar un pretexto para justificar una nueva visita a la masía de la Chica, cuando sólo habían pasado dos días desde la última entrega del antipirético, a pesar de tener la certeza de que por peregrina y mal planificada que estuviese su excusa, doña Purificación no iba a poner ninguna objeción a un adelanto en su encuentro, sino que lo celebraría con agrado.

Pere Munar pasó la mañana removiendo los tarros y frascos de las estanterías de la farmacia, hasta despertar la curiosidad de su patrona. ¡Menuda escandalera, don *Pedre*! ¡Pero qué anda buscando, hombre de Dios! ¿Quiere que le ayude?, se ofreció la buena mujer. Y el boticario impostor, levantando con gesto triunfal una cajita de cartón, respondió que ya no era necesario. A continuación, le explicó que había estado estudiando tratamientos alternativos para la

enfermedad de su nieta y, a los ojos y los oídos de la mujer, el alcohol de menta Ricolés, un simple desinfectante para el agua usado como preventivo frente al cólera y las fiebres tifoideas, se transformó de inmediato en el medicamento milagroso que devolvería la salud a la Chica. ¿Ya se cansó de prepararle mixturas?, preguntó contrariada la mujer, temiendo que el boticario hubiese perdido el interés por su nieta. Él la tranquilizó haciéndole saber que no era ese el motivo, sino que ciertos asuntos personales le obligaban a regresar urgentemente a Barcelona y en su ausencia, para evitar que doña Purificación tuviese que estar pendiente de la elaboración de la mezcla de hierbas, sería más cómodo y probablemente más efectivo administrarle a su nieta el preparado farmacéutico que le estaba ofreciendo. Como a usted le parezca, don *Pedre*, suspiró aliviada la mujer al conocer los motivos del cambio de tratamiento, desviando inmediatamente su curiosidad hacia otros derroteros: entonces... ¿cómo es eso de que tiene que regresar a Barcelona?

La tarde que fue a visitar a Natividad, Pere Munar dejó junto a la medicina un nuevo libro, como ya era habitual, y al igual que en otras ocasiones la Chica se sintió más atraída por la letra impresa que por el remedio para su salud. Hablando de lecturas anteriores, del poder de la razón frente a los mitos y los ritos, o de la eficacia de la ciencia para dismantelar las supercherías, dieron un paseo hasta el río acompañados por Nicanor, el menor de los hermanos, que

pronto perdió el interés por la impenetrable conversación de los mayores y se fue quedando retrasado, entretenido en investigar las peculiaridades de plantas y flores silvestres, tal y como le enseñó su buen amigo Román Pitarch. El nuevo boticario aprovechó la ocasión y no se anduvo con rodeos:

–Creo que hemos aburrido a tu hermano –señaló al muchacho.

–Sí –sonrió Natividad–. Demasiada palabrería para un chiquillo.

–Será mejor que dejemos descansar la ciencia y la metafísica por un momento.

–De acuerdo. ¿De qué quiere que hablemos?

–Por favor, Natividad –aparentó enojarse– ¿Cuántas veces tengo que repetirte que me llames de tú?

–Tienes razón... perdona. ¿De qué quieres hablar?

–Ya conoces mi tema favorito: tú.

–¿Hablar de mí? Pero si ya sabes todo lo que se puede saber. Seguro que tú tienes cosas mucho más interesantes que contar.

–Desde luego –rio con desgana–, pero yo elegí primero, así que te toca. Háblame de cómo eres cuando no eres la Chica

Natividad. Cuando estás sola, fuera de casa, sin tus padres, tus hermanos ni tu abuela cerca.

–Me temo que este tema va a dar para poco –sonrió.

–¿No me digas? ¿No has salido nunca de aquí?

–Pocas veces.

–En alguna ciudad o en otro pueblo más grande habrás estado...

–Una vez fuimos a Morella, pero era muy pequeña y casi no me acuerdo... ¡Ah, y en Alcañiz! Hace dos años, para las fiestas. En la casa de una prima.

–¿Te gustó?

–Sí, claro.

–¿Qué te parecería volver allí?

–¿A dónde? ¿A Alcañiz? ¿Para qué? ¿Con quién? –lanzaba las preguntas riendo, como si la propuesta fuese un auténtico disparate.

–Conmigo.

La Chica Natividad ahogó su risa con un sobresalto y su gesto se tornó serio, quizá preocupado. El joven enamorado no sabía interpretar el significado de aquella mirada celeste,

indefinida entre el añil tempestuoso o el cerúleo amanecer. La inoportuna reflexión, a medio camino entre la ciencia y la poesía, se interpuso en su pensamiento forzando un silencio incómodo.

–¿Contigo...? –Natividad retomó la conversación.

–Conmigo.

–Eso es imposible –respondió con una determinación que no admitía réplica.

–¿Por qué no?

–Pues porque no. Porque tú eres un hombre, yo una mujer, no somos familia, no estamos casados, ni comprometidos y...

–¿Y?

–Que las cosas no se hacen así, ¡vaya!

Pere Munar sonrió divertido y ella le devolvió una mirada desconcertada:

–¿Qué te hace tanta gracia?

–¡Tú! Estás hablando igual que tu abuela.

Ella imitó su sonrisa, entre enojada y burlona, en un gesto infantil que desarmó a su pretendiente.

–Natividad... Pienso en ti muchas veces...

Un súbito rubor se extendió por las mejillas de la Chica y trató de ocultarlo agachando la cabeza, como si algo en el suelo reclamase todo su interés, pero no rehuyó la conversación.

–¿Ah, si? ¿Y qué piensas?

–Que tú y yo estamos juntos, lejos de aquí, en una ciudad grande, en Barcelona, en Madrid o en París, que los dos somos maestros y trabajamos en un colegio donde van juntos niños y niñas, y por las tardes, al terminar la jornada, se llena de obreros ansiosos por aprender y nosotros, desde las aulas, cambiamos el mundo mientras los de siempre nos critican, nos denuncian y nos persiguen, pero eso da igual. Todo nos da igual, porque estamos juntos tú y yo. Y nos amamos.

De los ojos del cielo brotó una lluvia mansa. Siguió mirando al suelo, pero una lágrima delatora mojó sus alpargatas.

–Es muy bonito, pero una locura –susurró.

–¿Y tú? ¿Piensas en mí alguna vez?

Ella asintió en silencio. Él esperó su respuesta. Instintivamente sus manos cogieron las de la chica, como un soporte que la ayudara a salvar el vado de su timidez.

–Es distinto –respondió al fin–. También estamos juntos, pero en el pueblo... También nos queremos, pero nos hemos casado... y no hay escuela, sino una casa con muchos hijos y eso... También somos felices, pero como todo el mundo es feliz aquí. Sin delirios.

Por un instante la mirada de Francesc Casals se oscureció, al constatar lo lejos que quedaban los anhelos de Natividad de las teorías malthusianistas que debatió en el pasado con su antiguo compañero Mateo Morral, quien argumentaba que el crecimiento de la población sin control fomentaba las desigualdades y debilitaba el poder de la mano de obra.

Sin embargo su respuesta dejó a un lado esos pensamientos.

–No es ningún delirio, Natividad. Yo te quiero y podemos hacerlo. Escúchame, mañana mismo me marcho a Alcañiz... Ya sé que es muy precipitado, pero no puedo demorar el viaje. Tampoco puedo ofrecerte nada si decides acompañarme, ni siquiera puedo asegurarte qué va a ser de mi vida a partir de ahora, pero sea lo que sea, pase lo que pase, quiero vivirla contigo.

Ella levantó la cabeza. Se miraron. Nada hizo para impedir que sus labios se juntasen en un beso inexperto, pudoroso y breve. Su primer beso.

Nicanor seguía la escena con el rabillo del ojo, acariciando

las hojas del tomillo para impregnarse de su olor.

–Tengo que volver –musitó Natividad.

–Pasaré por aquí mañana –insistió él.

–¡Nicanor! ¡Corre, que nos vamos!

–Antes del mediodía. ¿Estarás?

–Adiós

La Chica dio media vuelta y fue al encuentro de su hermano, con la cabeza agachada para ocultar su rubor.

–Antes del mediodía –repitió el anarquista enamorado.

Aquella conversación quedó grabada en su mente y volvió a rememorarla, una vez tras otra, durante el resto de la tarde, y por la noche en su inquieto duermevela, y a la mañana siguiente mientras doña Purificación se hacía cruces por su empeño en emprender viaje con semejante día, ni siquiera pudo olvidarla cuando llegó al cruce de Tronchón, donde la nieve teñía de blanco el camino.

La misma distancia le separaba del pueblo y de la masía de Natividad. Podía regresar a la farmacia, sentarse junto a la estufa y esperar a que escampase. Podía regresar y seguir alimentando la duda sobre la decisión de Natividad. Podía regresar y volver a sentirse un cobarde, incapaz de apoyar la

causa de Ferrer. Podía volver a seguir fingiendo que era quien no era. O podía seguir.

Los copos se fueron haciendo más grandes y pesados, enlenteciendo la marcha de la bicicleta hasta que la cadena, forzada a cada pedalada, saltó en cien pedazos manchando de negro la nieve inmaculada con sus salpicaduras de grasa y eslabones.

Francesc Casals maldijo su ocurrencia de haber seguido avanzando. Era una locura tratar de convencer a Natividad de que le acompañase en esas condiciones, con ese frío y con sus fiebres. Nadie en su sano juicio habría emprendido el viaje cuando todos le advertían del temporal y ahora estaba solo, en mitad de la borrasca, abriéndose paso entre las ráfagas de copos gruesos que se deshacían al contacto con su cuerpo.

Entre la ventisca pudo atisbar una masada con una casucha vieja y destartalada de pequeñas dimensiones. El humo gris de la chimenea, ascendiendo denso y lento mientras trataba de abrirse un hueco en el aire congelado, delataba la presencia de alguien en su interior. Pensó en refugiarse allí hasta que amainara el temporal y pudiera reparar la bicicleta. Corrió hacia la casa hundiendo los pasos en la nieve virgen. La puerta estaba entreabierta y pasó sin llamar.

## XXI. LA CHICA NATIVIDAD

CESÓ EL VIENTO, LOS copos se recreaban en su descenso flotando dóciles hasta posarse suavemente en las copas de los árboles y en los arbustos, en los haces de paja y en los montones de estiércol, en el tejado de la masía y en las losas de la era, en los hombros de la Chica Natividad y en el hatillo que descansaba a sus pies.

–¿Se puede saber qué haces ahí fuera? –la llamó su madre desde el ventanuco de la cocina–. ¡Entra, deprisa, que estás tú como para coger frío!

La Chica Natividad no respondió, siguió mirando al camino como si no la hubiese oído. En los días claros la vista alcanzaba hasta la vieja fortificación de Torre Sancho en el cruce de Tronchón, pero aquella mañana era imposible adivinar qué se escondía tras la cortina de niebla.

Aguzaba la vista con la esperanza de ver surgir de la nada una silueta desgarbada, avanzando con pasos torpes por el camino mientras empujaba una bicicleta vieja y pesada que marcaba sobre la nieve la cicatriz de sus ruedas. La misma imagen azorada y grotesca que a punto estuvo de provocarle una carcajada al verla por primera vez, en lo alto de una escalera, trajinando con los tarros de cerámica entre las estanterías de la farmacia. La figura desvalida que tiritaba con sudores fríos intoxicada por las setas, los ojos miopes que la miraban turbados, las manos suaves que preparaban con mimo sus medicinas, los dedos manchados de tinta que corregían sus ejercicios, la voz pausada y persuasiva que leía textos desconocidos, los labios que la besaron.

Nada entre la niebla.

Nadie en el camino.

Su cuerpo se estremeció cuando una toquilla le cubrió la cabeza y los hombros. Ahogó un sollozo mientras una mano cálida asía la suya y unos labios tibios besaban su mejilla.

–Entra en casa –dijo Nicanor.

## XXII. DESHIELO

ME DESPERTÓ LA AGUA de las canaleras con su chipichape contra el suelo. Corrí la cortina de la alcoba y la luz entró con fuerza por el ventanuco. El sol ya estaba *muchísimo* alto, aunque no podía distinguirse con *claridá* detrás de los nubarrones. A buen seguro que ya brincaba del mediodía y yo, con el trajín de la noche anterior, *m'había* quedao dormido.

Cogí el paraguas y salí afuera. A lo lejos, de mitá de la muela Monchén *pa'bajo* las copas de los árboles empezaban a verse limpias. Estaba regalando que daba gozo y por todas partes se abrían *reguericos d'agua* que iban a parar al valle.

Dicen los viejos que la nieve de *otubre* siete lunas cubre, pero esta vez se habían *equivocao*. Llovía como nunca y pronto no quedaría ni miaja de la nevada, *to* lo más un

cenagal de mil pares de cojones, como *pa* no dar un paso sin clavarte hasta las corvas.

Miré al cielo buscando algún claro entre las nubes pero ni rastro, sólo se veía un par de buitres hambrientos que planeaban a lo lejos convocando a la bandada. Esos avechuchos habían *golido* la carroña antes de empezar a pudrirse, *asín* que me giré hacia ande clavé los estacos la noche anterior, no fuera caso de que ya se hubiesen emprendido con el Mudico y el otro. Media docena de pájaros negros rondaban dando *salticos*, graznando y riñendo por hacerse un sitio al *lao* de los cachos de carne helada *envolvidos* en la ropa que iban asomando debajo de la nieve al fundirse.

Cogí una piedra y de un cantazo con el tirachinas dejé seca a la puta urraca que llevaba la voz cantante en la bandada. Los cuervos y las grajas pillaron la *indireta* y salieron volando, pero los *descaraos* no se alejaron mucho, se posaron en el *tejao* de la masada y en las ramas cercanas esperando a que me cansase y les dejara el camino *despejao*. Sus vais a joder, les grité, y me quedé de plantón al *lao* de los dos mataos, como si estuviera de velorio, hasta que las tripas empezaron a rugirme porque, entre unas cosas y otras, llevaba desde el día anterior sin meterle nada al cuerpo.

Fui al montón de leña, cogí dos *brazaos* de tarugos y los amontoné encima de los muertos, no fuera cosa que mientras yo echaba un *bocao* los pájaros hicieran lo mismo.

Luego, con la panza llena, ya *me se* ocurriría algo *pa* deshacerme de ellos.

Entré a la casa *caladico* por el aguacero. Adentro hacía más fresco que en la calle, pero aún *asín* y todo las moscas habían *buscao* refugio *pa* no ahogase y volaban *atontadicas* dando murga. Agarré el porrón y lo vacié de un trago. Metí mano a la tinaja de la conserva y mientras rosigaba las costillas y espantaba las moscas, estuve pensando en qué hacer con el Mudico y el Cincojos.

Lo primero que *me se* vino a la cabeza fue quemarlos, pero con *tantísima humedá* costaría prender la lumbre y después se había de preparar una zorrera que se vería en toda la contornada. *Tamién* podía hacerlos *piazos*, como al otro, pero mucha carne iba a ser ya *pa* tenerla por ahí a revueltas con la de la matanza y lo que yo digo, que un cabrito entre dos puercos aún se disimula, pero tres... A más a más, que aunque se la *dara* de comer a los perros no se la habían de acabar en una semana y lo peor de todo, que si *aluego* le cogen el gusto ya no puede estar uno tranquilo, que cuando menos te lo esperas se *ajuntan* en jauría *pa* atacar a los paisanos y te buscas un disgusto. Porque en esto los animales se comportan lo mismo que las personas, les costará más o menos devorar al primero, pero una vez que lo han *probao* ya no hay quien los pare. O de qué me iba a ver yo en esta, *rodeao* de muertos a todas las caras, si no hubiera sido por el cabrón del otro boticario. ¡Cómo gritaba el cacho mego!

Estaba echándoles a las gallinas los restos del puchero cuando oí los aullidos. De más allá de la balsa venían unos berridos que te helaban la sangre. No *paicían* de persona pero tampoco de ningún animal que yo conociese. Iba a buscar la escopeta cuando entendí algo, como si pidieran *ausilio* y ya me lo pensé. Ni más ni menos, cuando llegué a la balsa lo vi *tumbao* en el suelo, revolviéndose y gritando, con el cepo de las zorras mordiéndole la mano derecha. ¡Qué andaría buscando el tonto *l'haba* entre las zarzas! Ya me tenía harto con lo de rondar a la Chica Natividá, aunque ella no le hiciera caso y él, *pa* tenerla cerca se buscó la *escusa* de *recoletar* plantas medicinales con el *hermanico* pequeño, el Nicanor, que parece que tiene *curiosidá* por esas cosas. Le dije al viejo que se estuviera quieto, que le iba a quitar la mordaza, pero en vez de agradecérmelo me llamó de todo. ¿*Asín* que has sido tú, sinvergüenza? Verás cuando se lo diga a los *ceviles*, me amenazaba. Y yo, ni caso. ¿Es que no tienes conocimiento, mendrugo? Y yo, ni caso. ¿No sabes que con este *artefato* puedes matar a una *presona*, mala bestia? Y yo, ni caso, que todo se lo aguanté porque maldita la gracia que debe tener pillarte los dedos con un chisme de esos, pero con lo que ya no pude fue con los alaridos que daba cuando traté de abrirlo. Se retorció como una culebra, el maricón, y cuanto más le decía que parase, más se movía. ¿Se *quié* estar quieto de una puta vez? ¿No ve que cuanto más tira más le *preta*? Nada, ni caso, que aún me había de joder un dedo a mí, pero él a lo suyo, a patalear y a lloriquear como un crío de teta. En vista de que no paraba, saqué la navaja *pa* ver si

podía aflojar los engranajes, y vete a saber si se pensó que iba a cortarle la mano o algo peor, porque entonces se levantó y arrancó a correr, gritando como un gorrino cuando le han *echao* el gancho. Se había de desgraciar él solo y me había de *estrozar* el cepo, y eso sí que no, que ya lo heredé de mi padre y mi padre de mi *agüelo*, el tío Raidera, y a saber si no vendría ya de más antiguo. Me lancé sobre él agarrándolo de las piernas y no sé de ande sacaría las fuerzas, porque *pa* librarse de la trampa no había movido ni un dedo, pero *pa* quitarme a mí de encima le faltaban manos. Se lió a dar manotazos y tan pronto me daba con el puño como con el cepo y con la cadena que llevaba colgando.

Aún no sé si fue *pa* defenderme o porque estaba hasta los mismos *güevos* de jugar al gato y al ratón, el caso es que le clavé la navaja hasta la empuñadura. Entonces sí que gritaba, con unos chillidos que se habían de oír hasta Villarluengo. Traté de taparle la boca con la mano, pero me metió tal *bocao* que casi me arranca un dedo y yo le respondí con otra cuchillada entre la pechera y el cuello, adonde se degüellan los marranos, miaja más o menos, y debí acertarle de lleno, porque me puso de sangre como un *santocristo*. Resollaba y babeaba sin parar de sacudir el cuerpo, *embarrao* de sangre y tierra. Tan sucio estaba que no parecía humano, será por eso que me lié a aviarlo como si fuese un jabalí. Le saqué las tripas y los livianos y los tiré a la balsa, me eché a los hombros el cuerpo vacío y lo escondí entre las zarzas, donde se pilló con el cepo, que por cierto estaba como si nada a pesar

de los golpes que había *llevao*, y es que como lo de antes no hay nada, lo limpié una miaja y me fui a la masada a guardarlo y a buscar un *hachuelo*, luego volví a la balsa y fui descuartizando al viejo como a un gorrino y metiendo los trozos en un saco. Supongo que visto *asín*, en frío, podría parecer una *atrocidá*, pero cosas peores contaba mi *agüelo*, el tío Raidera, que les hacían a los franchutes *pa* cuando la guerra, a la vista de todos *pa* que les sirviera de escarmiento. No fue el caso, que yo lo hice a escondidas y sin ensañarme, de manera que no se enteró ni dios. Lo malo es que subiendo con el saco auestas, *pa* guardarlo en la masada, *me se cruzó* en el camino la Chica Natividá, que puso una cara de espanto como no he visto otra y creo que desde entonces me mira como con resquemor, o como si me tuviera miedo.

Los costillares, las piernas y las paletillas del boticario las salé durante una semana y luego las colgué a secar. Como era verano podía haberles *cagao* la mosca, *asín* que tuve que ahumar las piezas, pero no les fue mal el *experimento*, porque cogieron un color *oscurico* que en nada se diferenciaban de las de caza. Lo que más por saco me dio fue la cabeza, los *pieses* y las manos, que no sabía qué hacer con ellas, hasta que me decidí a meterlas en una tinaja de aceite y ahí están todavía. La cabeza por lo menos, porque los dedos de arriba y de abajo se los he ido dando a la Aurora cuando se ha quedao a comer, que a esa, desde que se le fue la cabeza, lo mismo le da paja que trigo.

Lo malo de las cosas es que uno sabe cómo empiezan, pero

nunca cómo acaban y después de haber quitao *denmedio* al boticario me di cuenta de que tampoco pasa nada del otro mundo cuando matas a uno. Bien *mirao* hasta es la mejor forma de evitarte *poblemas*. La complicación viene luego, cuando los demás quieren saber qué ha *pasao* con éste o con aquél, que si no te has *esmerao* un *poquico* y lo tienes todo bien organizao, se puede dar el caso de que encuentren al fiambre y detrás vas tú. Y en mi caso, a falta de uno, dos, porque al del cepo ya no lo cuento, que si en tanto tiempo nadie ha venido preguntando por él, a estas alturas ya menos que menos.

Podía enterrar al Mudico y al Cincojos bien hondo, por más que me jodiese convertir la masada en un cementerio, pero cuasi era lo más *acertao*, estando la tierra blanda como estaba y *habiendo* tiempo por delante, porque hasta que no se secase el barrizal, en dos o tres días, no había de acercarse nadie por aquí.

Salí a la calle *cargao* con la pala y la legona. En la boca llevaba dando *gueltas* el *tito* de un melocotón y al escupirlo fue a caer a un regacho de agua que nacía de las canaleras. Me entretuve viendo como lo arrastraba la corriente loma abajo, hasta encauzarlo en la torrentera. La fuerza de la *agua* bajando me hizo cambiar de idea.

En una corrida me acerqué al río Palomita. Venía crecido, como en primavera después de las tormentas. No era mala idea y de paso me ahorraría la paliza de cavar. Volví a la

masada, embasté a la mula, quité la leña *q'había amontonao* junto a los estacos, envolví al Mudico en una manta y al Cioncojos en otra y los eché encima de la albarda. Flojucha como estaba la caballería, entre el peso de la carga y la blandura del terreno cuasi no podía dar un paso, como *pa* cargarle al otro boticario. Subí a la falsa, rebusqué entre los jamones y los lomos que colgaban de las vigas, descolgué las piernas y las eché a un saco. Hice lo mismo con los costillares. Vacié el aceite de la tinaja y saqué la cabeza y lo que quedaba de las manos *pa metélas* en otro fardo. En un rincón, tapada con una sábana vieja estaba la bicicleta rota, iba a ser *demasio pa* un mismo viaje. Cargué los talegos a la espalda y volví a bajar al patio.

Entonces fue la primera vez que *me se* presentó en la entrada del zaguán, de pie, con la boca retorcida y el bujero de las tripas humeando en medio de un *jaspeao* de sangre y perdigones que le va del pecho a sus partes. Sólo de verlo me vino tal flojera de piernas que a pocas me caigo. Solté los sacos y me puse a gritar como un *endemoniao*, de *acojonao* que estaba. Al rato, viendo que el *espetro* ese no se movía, me armé de valor y pasé a su *lao*, sin rozarlo, hasta alcanzar la puerta. No sabía que se iba a quedar *pa* cutio y que un día dejaría de imponerme respeto.

Agarré a la mula del ronzal y *pasico a pasico* bajemos todos en cuadrilla, los muertos y yo, hasta la orilla del río.

## XXIII. INTERROGATORIO

DOÑA PURIFICACIÓN NO podía dar crédito a lo que estaba escuchando. *Pedre* Munar la había engañado haciéndose pasar por lo que no era.

A pesar de su educación, de su prudencia y buenas formas, a pesar de la notable inteligencia, los sabios consejos y los remedios eficaces que preparaba a los vecinos de Villalruenglo, don *Pedre* no era lo que aparentaba. No era un pacífico y honrado ciudadano. No era un catalán aburguesado. Ni siquiera se llamaba *Pedre* Munar, sino Francesc Casals. Y lo peor de todo, no era el hombre de economía desahogada que todos creían, sino un maestro de escuela sin oficio ni beneficio. No era boticario.

Pero el intrusismo profesional resultó ser el delito menos grave en la caterva de acusaciones que acumulaba su

inquilino y que la pareja de guardias civiles le fue enumerando con gesto grave y sin la menor delicadeza, como si ella tuviese alguna responsabilidad en las andanzas de aquel Satanás redivivo, desertor del ejército, turbulento anarquista, subversivo agitador de la clase obrera, amigo de proletarios y librepensadores, furibundo anticlerical, ateo practicante, incendiario de conventos, dinamitero de catedrales, violador de monjas, profanador de tumbas, propagador de sífilis y gonorreas, asesino frustrado de monarcas... ¡Dios mío! Y yo poniéndole a la Chica en bandeja, se sofoca doña Purificación, mientras la cabeza le da vueltas al ritmo de palpitaciones que empujan fuera de su guarida a migrañas, eritemas y tabardillos, constipaciones, ansias y torozones, sin que los guardias se apiaden de su estado suavizando la impertinencia del interrogatorio: ¿Cuándo fue la última vez que vio al señor Casals? ¿Dónde le dijo que iba? ¿Manténía encuentros frecuentes con algún vecino del pueblo? ¿Con qué personas se reunió la noche anterior a su desaparición? ¿Dónde guardaba su correspondencia? Vamos, señora, déjese de lamentos y acompáñenos al cuarto del fugitivo, que vamos a proceder al registro.

Las pesquisas de los civiles se extendieron por todo el pueblo, calle por calle y casa por casa. El cura les dijo que sospechó desde el primer día, que en tres meses que llevaba allí no lo vio pisar la iglesia ni una sola vez. El alcalde, todo lo contrario, que si hubiese descubierto el menor indicio de la

catadura moral del individuo lo habría notificado inmediatamente a la comandancia de Cantavieja, porque él era un hombre de orden, fiel al Gobierno y el más leal súbdito de su Majestad el Rey. El resto de los interrogados evitaron pronunciarse sobre la impresión que les causó el falso boticario y se limitaron a repetir la misma versión de los hechos, que lo vieron salir temprano montado en su bicicleta, con un hatillo a las espaldas, sin hacer caso a los que le advertían que el tiempo estaba de mudanza y no tardaría en nevar.

Aurora, la sacristana, fue la única que dio una pista fiable. Cuando regresaba de limpiar la ermita de San Cristóbal se cruzó con el fugitivo, se saludaron sin detenerse ninguno de los dos, a pesar de que ella le advirtió que no era buena idea salir del pueblo con la bicicleta. No vaya muy lejos que está recociendo, le dijo, pero el hombre siguió pedaleando como si no la hubiese oído o no la hubiese entendido. La testigo aseguraba que vio por última vez a Francesc Casals, alias Pere Munar, en una revuelta del camino, tomando la dirección a Tronchón, en la entrada al valle de Palomitas.

Allí se perdían las pistas del anarquista y allí se dirigieron los guardias civiles.

## XXIV. RAIDERA

DE HABERME *PLANTEAO* la pregunta de otra forma a lo mejor les hubiera respondido de otra manera. O no, ¡qué *me sé yo!* Pero presentando las cosas como las presentaron me dije que lo mejor sería hacerme el tonto y estarme *calladico*. A ver, que cualquiera se asusta si *te se* presenta la pareja de *ceviles* en la puerta de la masada, *asín*, sin avisar, envueltos en los capotes, tapaos hasta los ojos, con el fusil asomando por detrás del hombro y te preguntan que si has visto a *nosequién nose cuántos* y te plantifican en los morros un retrato que, mal que bien, guardaba cierto parecido con el espantajo que *me se* aparece en la puerta de entrada a todas horas desde el día en que le abrí el boquete en la barriga.

A puntico estuve de soltar un juramento, ¡rediós, el Cincojos! Pero me guardé de decir nada y negué con la cabeza. Como los *ceviles* son de natural desconfiaos no me

quisieron creer. ¡Fíjate bien! Y yo dale que dale a la *cabecica*, que no, que no, que no. ¡Qué pasa!, *m'arreó* un sopapo el que llevaba galones, ¿es que no te pones nunca malo ni bajas al pueblo? De uvas a peras, respondí, con el carrillo ardiendo. Pues ahora tocan uvas, dijo, y agarrándome de la nuca *m'acercó* al retrato hasta ponerme el papel en la punta de las narices. ¿Tan *despistao* eres que no reconoces al boticario?, volvió a levantar la mano amenazando. ¡Ah, el boticario! Es que no se le *paice* mucho al del retrato, me escusé. ¡Mira el Sorolla de los cojones! Volvió a estamparme la mano en el mismo *lao* de la cara ¡A ver si lo haces tú mejor!

Se ve que el dibujo lo había *pintao* un tal Sorolla que les debía caer bien a los guardias, *asín* que *pa* no ofender les dije que no era *poblema* del retrato, sino de que ahora estaba *muchismo cambiao* el boticario. Ahora lleva las gafas con los cristales *rajaos* y el pelo más corto, la barba sin arreglar y como a *espelunchones* y está más flaco, se lo describí lo mejor que supe.

Como *pa reconocelo*, pensé, teniendo como tiene los ojos en blanco y la boca retorcida y abierta con una baba blanca que le descuelga hasta el pecho y un bujero en las tripas que no para de humear. Me *daron* ganas de decirles que entraran al zaguán a ver quién tenía razón, si ellos o yo: Pasen y verán que no les miento; ahí lo tienen, *plantao* en *mitá* la entrada, sin moverse ni *pa'lante ni pa'tras*. ¿Tengo o no tengo razón en lo del parecido? Aún me hice a un *lao*, despejando la entrada *pa dejáselo* a la vista, pero *na de na*. Está claro que

sólo *me se* aparece a mí, *pa* recordarme el tiro que le metí y *pa* amargarme la *existencia*.

Estate atento, Sorolla, me arreó un capón el hijoputa de los galones, y si lo ves por aquí o de alguna manera te enteras de *ande* anda nos lo dices, que a lo mejor terminas agradeciéndole al anarquista que te saque de la miseria.

Entonces me contaron lo de la recompensa que ofrecían por localizarlo, vivo o muerto. Cuando ya era tarde *pa* volverme atrás y confesar lo del disparo de la escopeta el día de la nevada.

Casi mejor, que estos cabrones de los *ceviles aluego se* lían a tirar de la manta y termina saliendo lo del Mudico y lo del otro boticario, todo con tal de no soltar las perras de la recompensa, o me descuentan las perras que le cogí del petate al Cincojos. ¿No te *paice* a ti?, me pregunto en voz alta cuando la pareja se pierde camino *alante*. Y el *espetro* de la entrada me clava los ojos en blanco, grandes y pulidos como *güevos* de oca, por detrás de las gafas, como diciendo que sí, que es mejor no contarles nada.

## XXV. LA CARTA

–EL SOBRE VA DIRIGIDO a la atención del suplente del boticario titular de la farmacia de Villarluengo, Sr. D. Román Pitarch –anunció el cartero al entregarle el correo a Doña Purificación.

La casera guarda la carta en el bolsillo de su delantal, de donde entra y sale una y otra vez para llevársela a los ojos sin conseguir saciar su curiosidad. Doña Purificación no sabe leer.

Como el vergonzante sesenta por ciento de la población española, le habría recordado su último escribiente, don *Pedre*, el falso boticario.

Doña Purificación no sabe leer, pero al menos es capaz de distinguir la forma de las letras y el dibujo que dejan sobre el papel ciertas palabras, así que mirando el sobre puede saber

que la carta no la remite Cosme, el hijo de sus entrañas, aunque también viene de Barcelona.

Doña Purificación dice a los vecinos del pueblo que no lee porque ve mal de cerca aunque, casualidades de la vida, a la hora de enhebrar la aguja o de limpiar las lentes nunca le falla la vista.

Doña Purificación no sabe leer y se avergüenza por ello. Que no sepan de letras las otras mujeres del pueblo entra dentro de lo normal, pero qué dirían si se enterasen de su analfabetismo las chismosas que la llaman a sus espaldas Marquesa de *Mierdafrita* e Infanta del *Quieroy no puedo*.

Doña Purificación no sabe leer y tiene que esperar a la llegada de la Chica para descifrar el enigma.

–Es para Pere... o para Francesc, como se llame –confirma la Chica Natividad cuando su abuela le entrega la carta–. Se la manda una señora

–¿Qué señora?

–No sé. Tiene un nombre muy bonito, Angelina Forné –dice mirando el remite–. A lo mejor es su novia –supone sin poder ocultar un mohín de decepción, mientras sus mejillas se tiñen de envidia y vergüenza.

–¿A qué esperas? –la anima doña Purificación.

Pero como su nieta no se decide es ella misma quien acerca el sobre al vapor del puchero y separa las solapas con la uña del dedo meñique. Los nervios la traicionan y el sobre se desgarró silencioso ante la mirada sobresaltada de Natividad.

–No te preocupes –la tranquiliza la abuela–. Si éste no ha de volver por aquí, lo mismo que don Román. ¿Qué pone?

Ya no hay nada que hacer, la curiosidad venció a la prudencia. La Chica despliega la cuartilla y lee con voz temblorosa, tratando de ahogar la angustia que le provoca el presagio de su abuela:

Barcelona, 20 de octubre de 1909

Queridísimo sobrino:

Como no he tenido noticias tuyas desde mediados de agosto, después de la carta en la que me referías el resultado de tus pesquisas sobre el paradero de mi colega Román Pitarch, doy por supuesto que has seguido las recomendaciones de mi última carta, en la que te proponía interrumpir nuestra correspondencia hasta que mejorase la situación en Barcelona o hubiese un cambio de gobierno. Sin embargo, he conocido una noticia que me obliga a rogarte que incumplas este compromiso.

Ayer publicaron en *La Vanguardia* una breve reseña informando de que un hortelano había descubierto los cadáveres de dos hombres y restos de un tercero flotando en el río Guadalupe, a su paso por una población llamada Abenfigo. En la noticia no se daban más detalles, pero se decía que la policía especulaba con la posibilidad de que los hechos estuviesen relacionados con la desaparición del boticario de Villarluengo, del que no se tienen noticias desde el mes de julio.

Esta carta tiene una doble intención. Por una parte pedirte que me aportes la información de la que dispones en cuanto al suceso mencionado en *La Vanguardia*, sobre todo si se confirma que alguno de los cadáveres correspondía a mi colega y amigo. El otro fin de la carta es hacerte partícipe de mis sospechas de que estos acontecimientos, aunque nada tengan que ver contigo, suponen un riesgo a tu seguridad ya que la investigación policial llegará, si es que no lo ha hecho ya, a la botica de Villarluengo, por lo que tu identidad terminará viéndose comprometida.

En mi opinión sería bueno que desaparecieses del pueblo durante una temporada. Dile a tu patrona que te ha surgido un viaje ineludible a Barcelona y que estarás fuera un par de semanas. Durante ese tiempo puedes alojarte en Morella, en Castellón o en algún otro núcleo de población grande que se localice en las proximidades. No te recomiendo Alcañiz porque el gobernador civil de Barcelona ha desterrado allí a un importante grupo de familiares y colaboradores de Ferrer

y Guardia, todos ellos sospechosos de compartir tus ideas, por lo que la ciudad debe estar tomada por policías y guardias civiles.

Haz el favor de seguir estas recomendaciones que te doy y, en cuanto tengas un momento libre, respóndeme a la dirección del remite.

Atentamente, tu tío que no te olvida.

*Remigi Casals.*

La Chica Natividad vuelve a doblar la carta, la guarda en el sobre y se la devuelve a doña Purificación.

–¡Qué raro! –resopla la abuela al tiempo que se abanica con el sobre–. En el remite figura una mujer y sin embargo la carta la firma un hombre que dice que es amigo de don Román. Raro. Muy raro –repite al levantarse de la silla.

–¿Qué va a hacer? –la Chica Natividad descubre las intenciones de su abuela antes de que llegue al fuego donde bulle la cazuela desprendiendo vapores de col cocida.

–No conviene que los guardias encuentren esta carta en casa si vuelven a interrogarnos –afirma la mujer dejando que las llamas laman una esquina del sobre–. Son cosas de anarquistas, de gente clandestina. Incluso pudiera tratarse de un mensaje en clave.

Doña Purificación remueve las brasas con el atizador mientras cambia de tema:

–Mañana es Todos los Santos ¿Te parece bien que encargue una misa por don Román?

El papel se retuerce sobre sí mismo envuelto en llamas azules, hasta convertirse en una lámina parda que se deshace en cenizas. El humo blanco de la carta asciende rodeando el puchero en busca de la salida. En la calle el viento golpea los cristales de las ventanas, agita las cortinas de las puertas y arrastra el humo de las chimeneas por los callejones de Villarluengo, hasta llevarlo fuera del pueblo, al camino de Tronchón, a la entrada del valle del Palomitas, a la pista donde descansan dispersos los eslabones de una cadena de bicicleta y a la entrada de la masía donde un espectro inmóvil aguarda.

## XXVI. EPÍLOGO

EL 13 DE OCTUBRE de 1909 fue fusilado en la fortaleza de Montjuïc, en Barcelona, el pedagogo anarquista Francisco Ferrer y Guardia. Renunció al auxilio espiritual que le fue ofrecido por un jesuita y por un capellán de la Casa de la Caridad. Se negó a que le vendaran los ojos y a que lo colocaran de espaldas al pelotón de ejecución. Quiso morir de frente, de pie y con los ojos libres, al grito de: «¡Viva la Escuela Moderna!». Fue enterrado con urgencia en el cementerio del Sudoeste. La noticia de su muerte provocó protestas en toda Europa: París, Burdeos, Nimes, Roma, Nápoles, Florencia, Pisa, Génova, Bruselas, Londres, Berlín, Ginebra, Zúrich, Atenas, San Petersburgo... La represión del Gobierno y las discrepancias de socialistas y republicanos respecto a la figura de Ferrer dificultaron cualquier manifestación de apoyo al pedagogo en España.

El 21 de octubre de 1909 el conservador Antonio Maura Montaner cesó como Presidente del Gobierno de España. Alfonso XIII aceptó el acta de dimisión que le presentaba de forma protocolaria, como un golpe efectista, pero con la convicción de que el Rey avalaría su actuación frente a los recientes sucesos que habían despertado las protestas ciudadanas dentro y fuera de nuestras fronteras. Fue sucedido por el liberal Segismundo Moret, que se mantuvo en el poder durante poco más de tres meses, siendo derrocado por sus propios compañeros de partido.

El 22 de octubre de 1909, viernes, después de su última noche con Angelina Forné, don Remigi Casals, acuciado por unos celos enfermizos, salió de su casa a las tres de la madrugada sin justificar el motivo a su esposa, Neus Espona. Pasó en primer lugar por el cabaret La Buena Sombra para asegurarse de que el local estaba cerrado y a continuación, con su propia llave, entró sigilosamente en el primer piso del portal número 2 de la calle las Cabras, donde encontró durmiendo a su amante Angelina Forné, de espaldas a otro hombre al que, a pesar de la penumbra, pudo reconocer como Cosme, el Tuerto.

El 3 de noviembre de 1909, Angelina Forné se vio obligada a abandonar el piso de la calle de las Cabras, número 2, al ser informada por su casero de que una semana antes fue rescindido el contrato de alquiler. Del mismo modo, días después, le advirtieron en la academia de canto que todavía no había sido satisfecha la mensualidad correspondiente.

Cuando fue a la botica de la Avenida del Paralelo en busca de alguna explicación le contestaron que don Remigi Casals había marchado a un pueblo llamado Villarluengo y que estaría ausente durante un mes, aproximadamente. Desde allí marchó a la barraca del Somostorro, donde sus hermanos Ramón y Leandro le negaron la entrada por haber deshonrado el apellido de los Martos.

El 24 de octubre doña Purificación dio alojamiento en su casa de Villarluengo a un joven policía desplazado desde Zaragoza para investigar el caso de los cadáveres localizados en el río Guadalope, a su paso por el municipio de Abenfigo, dos de los cuales habían podido ser identificados, correspondiendo los restos descuartizados al farmacéutico don Román Pitarch, titular de la farmacia de Villarluengo y cuya desaparición fue denunciada en el mes de agosto, y a Rafael Conesa, conocido como el Mudico de la Serna. La identificación del primer cadáver fue posible gracias al buen estado de conservación de su cabeza, frente al evidente deterioro del resto del cuerpo. El segundo fue identificado por sus propios familiares al reconocer las ropas con que vestía, ciertas cicatrices en las manos y la falta de varios molares.

El 27 de octubre la Chica Natividad conoció personalmente al policía zaragozano alojado en la casa de su abuela, de acuerdo con los planes de ésta, una vez que se hubo cerciorado de que se trataba de un joven soltero, sin compromiso, conservador y católico practicante.

El 4 de noviembre, transcurridos catorce días desde la localización del tercer cadáver en el cauce del río Guadalope, considerando el juez instructor del caso que había pasado tiempo suficiente para que los investigadores tomaran las pruebas pertinentes para su identificación, y dado que nadie reclamó el cuerpo, ni se había cursado en las comisarías o cuarteles de la guardia civil de la provincia ninguna denuncia por desaparición, se procedió a dar cristiana sepultura al cuerpo de Francesc Casals, en el cementerio de Abenfigo, colocando sobre la tierra una cruz de madera en la que podía leerse: «Q.E.P.D. DESCONOCIDO. MCMIX».

El 4 de noviembre, a las siete de la tarde, regresó el Raidera a su masía, cargando con una zorra que había caído en la trampa colocada junto a la balsa. Antes de entrar se santiguó como venía haciendo, por recomendación de su hermana Aurora, desde el día en que el espectro del Cincojos decidió instalarse en el zaguán. Pensaba que lo mejor de la jornada fue que el cepo hubiese funcionado a la perfección a pesar de los golpes que recibió en el incidente del boticario, pero al abrir la puerta cambió de opinión. Lo más sorprendente fue no encontrar allí al espantajo con la boca retorcida y el agujero de las tripas humeando en medio de un jaspeado de sangre y perdigones.

Bajó a la bodega y lo celebró descorchando una botella de cazalla. La que tenía guardada para el día en que la Chica Natividad le dijese que sí.



## ELIFIO FELIZ DE VARGAS

El nombre de Elifio me otorgó un toque anacrónico o exótico, por lo que a nadie sorprendió mi temprana y frecuente inclinación a la fantasía. El apellido Feliz-de-Vargas puede conducir a engaño, pues a pesar de remitir a un pasado de hidalguía y distinción, en la mesa de mi familia eran más frecuentes las lentejas que el lenguado Meunière.

Aunque me gano el sustento como veterinario siempre he querido vivir del cuento y empeñado en tal empresa me he plantado en 54 primaveras, aunque un otoño menos, sin haberlo conseguido. El *viaje del anarquista* es un nuevo ladrillo (qué mal suena esto hablando de libros) en el muro que trato de trepar para alcanzar la cima del Parnaso.

«Lo que la humanidad observa en el hombre verdaderamente moral es su energía plena de vida, que le empuja a dar su inteligencia, sus sentimientos, sus actos, sin pedir nada a cambio»

Piotr Kropotkin

*Este libro se gestó en febrero de 2018, noventa y siete años después de la muerte de Piotr Kropotkin, uno de los principales teóricos del anarquismo, defensor del apoyo mutuo como factor de evolución.*